

Nº 12
REV.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
Colegio de Letras Hispánicas

UN ACERCAMIENTO AL LENGUAJE
A PARTIR DE LA EXPRESION CORPORAL

T E S I S

Que para optar por el Grado de
LICENCIADA EN LETRAS Y
LITERATURA HISPANICAS

p r e s e n t a

LUCIA MARTINEZ ESPINOZA



México, D. F.

1992

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

<i>Agradecimientos</i>	5
<i>Dedicatorias</i>	7
<i>Introducción</i>	9
 Primera parte. Sobre la cultura, la expresión corporal y el lenguaje	
<i>Una definición de cultura</i>	17
<i>Expresión corporal. Breve historia de la quinésica</i>	27
<i>Lenguaje. Hipótesis de su origen a partir de la expresión corporal</i>	38
 Segunda parte. Sobre el lenguaje y la lengua	
<i>Generalidades acerca del circuito de la comunicación humana desde el punto de vista lingüístico</i>	59
<i>Interacción entre una cultura y una lengua</i>	72
<i>Algunas teorías sobre las expresiones idiomáticas</i>	84
 Tercera parte. Sobre la expresión corporal	
<i>Generalidades acerca del circuito de la comunicación humana desde el punto de vista de la expresión corporal</i>	97
<i>Interacción entre una cultura y la expresión corporal</i>	110
<i>Bases para una codificación de la expresión corporal</i>	120
<i>Conclusiones</i>	139
<i>Bibliografía</i>	143

INTRODUCCION

Las páginas siguientes son, en su mayoría, indagaciones —aunque también observaciones, opiniones y reflexiones propias— sobre las similitudes y diferencias, puntos en común y particularidades entre el código lingüístico y los códigos de la expresión corporal. Contienen argumentos que contribuyen a fortalecer la tesis —planteada ya por otros aunque con enfoques diferentes— de que la capacidad del lenguaje es posterior a la capacidad de la expresión corporal, y que el contenido de una lengua revela con un alto grado de fidelidad las vivencias más ocultas y primitivas del individuo, las cuales han dejado inscrita su huella en la página del cuerpo.

El esquema del plan inicial de este trabajo tenía como objetivo un análisis más detallado y profundo de la terminología y empleo de expresiones idiomáticas basadas en funciones de los órganos de los sentidos; pretendía analizar un mayor número de tales expresiones en diversas lenguas dentro de un número más amplio de contextos culturales. Sin embargo, después de dos años y medio de investigación, nos rendimos ante un objetivo tan ambicioso. Comprendimos que superaba nuestros recursos materiales y emocionales. Así que redujimos el plan y lo reestructuramos, adecuando nuestra meta a la información recopilada y a la reserva de energía. De ahí que el largo título inicial **Un acercamiento al lenguaje a partir de la expresión corporal. Terminología y empleo de expresiones idiomáticas basadas en funciones de los órganos de los**

INTRODUCCION

Las páginas siguientes son, en su mayoría, indagaciones —aunque también observaciones, opiniones y reflexiones propias— sobre las similitudes y diferencias, puntos en común y particularidades entre el código lingüístico y los códigos de la expresión corporal. Contienen argumentos que contribuyen a fortalecer la tesis —planteada ya por otros aunque con enfoques diferentes— de que la capacidad del lenguaje es posterior a la capacidad de la expresión corporal, y que el contenido de una lengua revela con un alto grado de fidelidad las vivencias más ocultas y primitivas del individuo, las cuales han dejado inscrita su huella en la página del cuerpo.

El esquema del plan inicial de este trabajo tenía como objetivo un análisis más detallado y profundo de la terminología y empleo de expresiones idiomáticas basadas en funciones de los órganos de los sentidos; pretendía analizar un mayor número de tales expresiones en diversas lenguas dentro de un número más amplio de contextos culturales. Sin embargo, después de dos años y medio de investigación, nos rendimos ante un objetivo tan ambicioso. Comprendimos que superaba nuestros recursos materiales y emocionales. Así que redujimos el plan y lo reestructuramos, adecuando nuestra meta a la información recopilada y a la reserva de energía. De ahí que el largo título inicial **Un acercamiento al lenguaje a partir de la expresión corporal. Terminología y empleo de expresiones idiomáticas basadas en funciones de los órganos de los**

sentidos, haya cambiado a otro más sencillo. Un acercamiento al lenguaje a partir de la expresión corporal.

En el momento de iniciar la investigación teníamos una sola propuesta: la expresión corporal se manifiesta por medio de dos códigos: 1) el que comunica información mediante el aspecto exterior del individuo, es decir, la vestimenta, los accesorios, el estilo del peinado, las actitudes y las posturas físicas, y 2) el que comunica información mediante ciertas construcciones lingüísticas, es decir, las expresiones idiomáticas que hacen referencia a funciones del cuerpo y/u órganos de los sentidos. Y un postulado general básico para esa propuesta: la comunicación humana, independientemente del código que emplee, es participación de experiencias, y estas experiencias han sido vividas por el individuo de manera integral, con el cuerpo y con la mente. Al final, después de nuestras lecturas, observaciones y reflexiones, tenemos la certeza de que en los umbrales del lenguaje la expresión corporal era una forma altamente significativa de comunicar. Sabemos que a las sociedades actuales, poseedoras del lenguaje, les precedieron otras que emplearon sistemas de comunicación no lingüísticos, como la mímica y los gestos, los cuales desempeñaron un papel preponderante. Durante esa primera y larga etapa de convivencia sin palabras el empleo de los órganos de los sentidos: vista, oído, gusto, tacto y olfato —desarrollados y agudizados al máximo— fue de importancia fundamental. Por una parte, estaban el envío y la recepción de mensajes a través del aspecto físico, las actitudes y las posturas, y por la otra, la amplísima variedad y naturaleza de los contactos establecidos a través de miradas, sonrisas, llantos, caricias, golpes y silencios. A partir

de entonces la cabeza y la cara, donde residen todos los órganos de los sentidos —excepto el tacto que se extiende por todo el cuerpo— han ensayado miles de expresiones faciales, gesticulaciones y movimientos en la continua manifestación de la amplia gama de sentimientos, emociones y estados de ánimo que experimenta el ser humano. Asimismo, los brazos, por ser las extremidades con las que se toman, acercan y retiran sustancias vitales como los alimentos y los objetos de amor; y las piernas, por ser las extremidades con las que se establece contacto con la tierra y se anda, han practicado miles de flexiones en la infinita serie de acercamientos, distanciamientos y separaciones o huidas que forman parte de la interacción humana. Y, en general, todas las partes visibles del cuerpo: cuello, hombros, pecho, espalda, cintura, etc. han conjugado sus expresiones para comunicar sin palabras. Un amplio número de las lenguas que se conocen, independientemente de la familia lingüística a que pertenecen y del grado de desarrollo que han alcanzado, incluyen en su repertorio expresiones idiomáticas que hacen referencia a las funciones del cuerpo y/o a los órganos de los sentidos, ya sea externos o internos: irse de la lengua, ponerse de uñas, echar mano al asunto, luchar a brazo partido, ser muy cerebral, caer en el hígado, tener los nervios destrozados, etc. Y tal repertorio ha sido y es utilizado por todo tipo de hablantes al margen de su sexo, edad, clase social y grado de cultura.

Nuestras primeras lecturas fueron los trabajos de Alexander Lowen sobre expresión corporal, los cuales nos remitieron en primer término a la obra de Charles Darwin y, después, a los estudios de Ray Birdwhistell. Dado que los pilares de la quinésica de Birdwhistell se sostienen en algunas investigaciones sobre lingüística

descriptiva, para comprender sus planteamientos sentimos la necesidad de releer algunos trabajos de Ferdinand de Saussure, Edward Sapir y Leonard Bloomfield. Por el lado de la expresión corporal nos fue necesario conocer la obra de los colegas y seguidores de Birdwhistell, entre ellos Paul Ekman, W. V. Friesen y Julius Fast, y continuar leyendo a Lowen. La lingüística descriptiva y sus relaciones con el estructuralismo, así como el inevitable cuestionamiento sobre el origen del lenguaje y la clasificación de las lenguas, nos orientaron hacia los trabajos de Juan Cuatrecasas, G. Vendryes, Jean-Jacques Rousseau, Louis Hjelmslev y Pierre Guiraud, entre otros. Respecto al panorama de la expresión corporal, lo fuimos ampliando con las obras de Wilhelm Reich, Ted Polhemus y Walburga von Raffler-Engel. El contexto cultural en el que inscribimos la experiencia del lenguaje y de la expresión corporal nos exigió precisar nuestro concepto de cultura, lo cual conseguimos a través de una revisión de las propuestas de Sapir, Guiraud y Carlos Alvear. También nos fue necesario aclarar nuestro concepto de comunicación y las relaciones de ésta con la cultura, para lo cual nos sirvieron los trabajos de Brigitte Schlieben-Lange, Alfred Smith y Brian Steel. Las referencias de estos autores nos llevaron a descubrir estudios comparativos de lenguaje y expresión corporal hechos por antropólogos, psicólogos y sociólogos, así como a las recopilaciones de gestos hechas en hispanoamérica y una amplia región de Europa por Giovanni Meo-Zilio y Silvia Mejía, y Desmond Morris, respectivamente. Y, finalmente, revisamos algunos diccionarios que nos permitieron fundamentar nuestra idea sobre la estructura y contenido de las expresiones idiomáticas.

En la primera parte de la tesis definimos a grandes rasgos los conceptos de cultura, expresión corporal y lenguaje. Proponemos una definición de cultura en la que se toman en cuenta los elementos de la expresión corporal y lingüística, toda vez que éstas son formas de comunicación humana que ocurren necesariamente en el seno de una cultura. Considerando la innegable interacción entre estos tres elementos, difícilmente se concibe el desarrollo de alguno de ellos sin la presencia de los otros. En seguida hacemos una breve historia de la quinésica, ciencia que aborda algunas manifestaciones de la expresión corporal, y señalamos que la mayor parte de los argumentos de este trabajo se fundamenta en sus postulados. La expresión corporal a la que aludimos aquí es, básicamente, la quinésica y las demás manifestaciones de expresión corporal las mencionamos sólo en la medida en que resultan, en ocasiones, inseparables de la quinésica, y también en el grado en que nuestro conocimiento al respecto lo permite. En último término exponemos los argumentos sobre los cuales se sustenta la hipótesis de que el desarrollo del lenguaje tiene como antecedente el desarrollo de la expresión corporal. Tales argumentos toman en cuenta el aspecto psicobiológico del lenguaje, el cual, no obstante que es enfocado desde ángulos particulares —según la formación del investigador— convergen en conceder al lenguaje raíces emotivas, instintivas, afectivas y propioceptivas.

En la segunda parte del trabajo nos referimos a los elementos del circuito de la comunicación desde el punto de vista lingüístico. Destacamos la función del elemento código o sistema, así como el objeto de estudio de la Semiología o Semiótica. Señalamos la interrelación entre esta ciencia de los signos y el método estructuralista,

así como el papel que desempeña la semántica, y los diferentes tipos de contextos lingüísticos. Dedicamos un subapartado a mencionar las múltiples maneras en que interactúan la cultura, la lengua y la sociedad. Con base en este conocimiento, en la última parte hablamos de una de las muestras más evidentes de esta interacción: las expresiones idiomáticas, cuya estructura y significado reflejan la herencia cultural y la peculiaridad de la lengua que les ha dado vida. Hacemos referencia sólo a algunas expresiones idiomáticas que aluden a órganos de los sentidos o funciones fisiológicas, pues son las que, según los postulados de la quinésica, pueden explicarse a partir de la expresión corporal.

En la tercera y última parte de la tesis exponemos los elementos que intervienen en un circuito de comunicación mediante movimientos del cuerpo. Con base en el esquema clásico de la teoría de la comunicación propuesto por Roman Jakobson establecemos un paralelismo entre el circuito lingüístico y el de la expresión corporal. Aplicamos el método estructuralista a la expresión corporal, abordando ésta como un conjunto de relaciones y de elementos mutuamente solidarios. Hacemos referencia a los estudios quinésicos a partir de Birdwhistell y a los aportes más significativos al respecto hechos por estudiosos de disciplinas afines. En tales aportes vemos la dinámica interacción de la lengua y la cultura, tanto espacial como temporalmente. En el último subapartado exponemos los estudios que sugieren emplear un alfabeto para el movimiento, y establecer quines o unidades quinésicas que corresponden a posiciones, puntos y posturas del cuerpo.

El contenido de este trabajo, más que una recopilación de datos, una investigación o un aporte a los campos de la lingüística y la expresión corporal, es un descubrimiento personal —y por tanto, limitado y parcial— del horizonte expresivo humano, sus denotaciones y connotaciones, sus límites y alcances, su potencial apenas conocido.

PRIMERA PARTE

SOBRE LA CULTURA, LA EXPRESION CORPORAL Y EL LENGUAJE

Una definición de cultura

La cultura, como la vida, es cuestión de trama. Nuestro paso por y participación en ella estremecen la telaraña del mundo. Para comprenderla es necesario experimentarla. Y experimentar la cultura —retomando el paralelismo con la vida— no es sólo observar los hechos que la constituyen, sino participar en ellos, sentirlos y hacerlos nuestros. La cultura nos es dada, la asumimos, nos sumamos a ella y, de alguna forma, la damos, nos damos con ella. El ser no es producto de la cultura, pero sí lo es el cómo ser y, en cierta manera, el para qué ser. Casi nada —si acaso, los actos de nacer y de morir— escapan a ella.

La cultura, según el historiador Carlos Alvear (1983), es creación. Es la "suma de las creaciones humanas acumuladas en el transcurso de los años" (p.7). Implica todo lo que el ser humano es capaz de producir mediante algún tipo de trabajo en la dimensión infinita del tiempo y del espacio. Independientemente de los motivos que estimulen esa creación —la necesidad, el entusiasmo, la conveniencia, el dolor o la enfermedad— y de los resultados —el fuego, la escritura, las Bellas Artes o la bomba atómica—; y al margen de las categorías en que se clasifiquen tales resultados —quinésica, arte, técnica, brujería o magia— todo ello constituye la trama de la cultura. No importa el grupo humano del que hablemos, su cultura está

constituida por lo cuantificable (diez construcciones), lo cualificable (cualquiera de sus reliquias), lo material (sus caminos y transportes), lo espiritual (su filosofía o religión), lo concreto (su comida), lo intelectual (sus más rudimentarios métodos de estudio), lo abstracto (su matemática), en fin, por todo lo que el ser humano va produciendo en su quehacer cotidiano.

La cultura, de acuerdo con el lingüista y antropólogo Edward Sapir (1964), es herencia. Es "*any socially inherited element in the life of man, material and spiritual*" (p. 80). Dentro de lo material y de lo espiritual caben todos los elementos que hacen posible una sociedad, y ninguno de éstos resulta de un trabajo ni puramente material ni puramente espiritual. La elaboración de cualquier cosa conjuga diversas habilidades, técnicas y conocimientos, guiado todo ello por la inteligencia, el talento, la intuición, la creatividad y la sabiduría. Si, además, agregamos que estos elementos son bienes que se heredan socialmente, tenemos que suponer que tal herencia implica el legado de toda esa serie de actitudes y valores que constituyen las tradiciones de un grupo y que dejan huella en lo presente e influyen en lo futuro. La herencia, así —independientemente de que se ordene o no dentro del sistema del conocimiento universal— constituye la riqueza, ya sea artística, técnica o científica de un grupo y, en consecuencia, de la humanidad en general. "*From this standpoint of view [concluye Sapir, ibidem] all human beings or, at any rate, all human groups are cultured though in vastly manners and grades of complexity*".

La cultura, continuando con el punto de vista de Sapir, es también una forma de ser: "*It refers to a rather conventional ideal of individual refinement, built up on a*

certain modicum of assimilated knowledge and experience but made up chiefly of a set of typical reactions that have the sanction of a class and of a tradition of long standing". (p. 81). El comportamiento ideal de un individuo en una sociedad es siempre convencional. Independientemente del status de tal individuo —de acuerdo con su nivel económico y social— su comportamiento se rige por normas; el apego a las mismas es lo que le gana el título de bien o mal educado, de propio o inadecuado, de timorato o desenvuelto. La manera de conducirse se apoya en conocimientos (teoría) y experiencia (práctica); se aprende a actuar y a reaccionar según ejemplos observados y asimilados, pero también, según hábitos adquiridos. El medio refuerza ciertas conductas con estímulos o premios, e inhibe otras por medio de represiones y castigos. La sociedad —de acuerdo con intereses complejos— señala e impone las formas de ser que considera convenientes para mantenerse y condena lo que considera que amenaza o va en contra de esos intereses.

Pero, ¿dónde está en todo esto la expresión corporal y el lenguaje?, ¿subyacen a la cultura?, ¿se desarrollan al paso de ella? o ¿son su producto? El responder a estas preguntas, así como el clasificar la categoría del saber al que pertenecen la expresión corporal y el lenguaje, requiere identificar la naturaleza de cada uno, definir sus elementos y reconocer sus manifestaciones. Toda vez que en los apartados siguientes de este mismo capítulo explicamos ampliamente lo que, para propósitos de esta tesis se entiende por expresión corporal y lenguaje, ahora hacemos sólo un señalamiento general.

Expresión corporal (Pierre Guiraud, 1980) es todo aquello que se refiere a los movimientos físicos y espirituales que realiza el ser humano —a lo que los griegos llamaron *kinesis* (Cf. p. 67). Implica diversos códigos corporales: la *quinésica*, cuyos signos sustituyen al lenguaje; es decir, los gestos y la *mímica* que reemplazan a los sonidos, por ejemplo, los que emplean los sordomudos. La *quinésica* incluye también los auxiliares del lenguaje articulado; es decir, los gestos y movimientos que acompañan a la palabra y que sin ésta pierden casi todo su significado. Otro código corporal es la *proxemia*, cuyos signos consisten en las posiciones que adopta el cuerpo y las distancias que se establecen en la comunicación. Un tercer código es la *paraquinésica*, cuyos signos son las entonaciones, los acentos y los ritmos de la voz. Otros códigos son los perfumes, la vestimenta y los ornatos o accesorios. De este modo, dentro de la expresión corporal, caben hechos tales como las señales de los corredores de apuestas, la risa que acompaña a un chiste, la postura que se adopta frente a un desconcido, la voz alterada y el estilo y color del atuendo¹. Hace apenas unas décadas, como se desarrollará con amplitud más adelante, el antropólogo Ray L. Birdwhistell sistematizó gran parte de las investigaciones sobre gestos y *mímica* y las elevó a la categoría de una ciencia a la que llamó *quinésica*². A partir de su análisis (1979), Birdwhistell llegó a la conclusión de que la expresión corporal es una forma de comunicación aprendida, pautada por cada cultura y susceptible de ser analizada en forma de sistema ordenado de elementos diferenciables (Cf. p. 11). En la codificación empleó los patrones que el estructuralismo lingüístico propuso para la codificación del lenguaje.

Lenguaje, partiendo de las propuestas coincidentes de Ferdinand de Saussure (1916) y Edward Sapir (1954), es la capacidad humana —no instintiva— de expresarse a través de la lengua. Los hechos del lenguaje descansan en una facultad natural del ser humano que permite a éste constituir una lengua —adquirida y convencional— por medio de un sistema de signos distintos y producidos de manera deliberada para expresar emociones, ideas y deseos diferentes. (Cf. 1954, p.14). En el marco del lenguaje caben elementos físicos: los sonidos; elementos fisiológicos: el aparato vocal que permite emitir los sonidos; y elementos psíquicos: lo que se expresa a través de la lengua. Por otra parte, el lenguaje presenta siempre una cara individual y otra social. Y más aún, cada vez resulta una herencia, una institución actual y una evolución. (Cf. 1982, pp. 34-36). Ejercer la capacidad del lenguaje es dominar un instrumento sumamente fino y poderoso que permite al ser humano satisfacer amplias y múltiples necesidades. El estudio de todas sus manifestaciones corresponde a la lingüística. Sin embargo, el lenguaje se concreta en la lengua y es ésta —primera norma del lenguaje— la que debe abordarse si se desea un acercamiento ordenado a, y una clasificación coherente de, los hechos del lenguaje.

Podemos decir que la expresión corporal y el lenguaje son creaciones humanas en la medida en que se han desarrollado y perfeccionado al mismo ritmo del avance cultural del hombre, y porque son piezas significativas del proceso de la comunicación, el cual indudablemente es obra humana. El origen, el desarrollo y las funciones de una y otro —hasta cierto punto entremezclados en el tiempo y en el espacio— los han

transformado en dos de los canales más eficientes³ para la interacción en sociedad. Y dado que el impulso creador del hombre ha influido en la orientación de ese desarrollo y en las características de las funciones que les han sido asignadas, siguen siendo creaciones humanas. Aun cuando no cabe la menor duda de que la expresión corporal nació con el hombre⁴, y que respecto al lenguaje, la antigüedad de algunas lenguas sugiere que la humanidad se ha valido de ellas desde una edad muy temprana, el perfeccionamiento gradual de una y otro, el estado actual de ambos es el resultado de la mano y la mente del hombre⁵. Parafraseando a Birdwhistell (1979), dada la implicación del lenguaje y de la expresión corporal en el proceso comunicativo, ambos contribuyen a hacer posible la vida social, "lo cual constituye una necesidad adaptativa imprescindible para la existencia humana y, [al enriquecer a, y enriquecerse en, la cultura, esos elementos conllevan a reconsiderar que] no es útil interpretar la cultura —una invención humana— como el instrumento de refrenar y ordenar los apetitos 'animales', 'brutales', 'bestiales' o bien instintivos" (pp. 23 y 43).

Dado que algunos gestos y mímicas humanos son el resultado de un comportamiento aprendido —lo cual no niega la naturaleza innata de otros que son propios de la raza humana— la expresión corporal constituye ciertamente una herencia, pero no sólo biológica, psíquica y material, sino también del espíritu humano. Es parte de la herencia psicobiológica en la medida en que ciertos movimientos son reflejos, y estos son el resultado de un programa neuronal heredado. Es parte de la herencia material de la humanidad —aunque en menor escala— si se tiene en cuenta que los movimientos del cuerpo y del alma son regulados, en cierta medida,

por, y a la vez influyen en, aspectos externos tales como el atuendo y los accesorios personales. Por otra parte, toda vez que la expresión corporal forma parte del proceso comunicativo, el cual "no es una cosa inventada por nosotros sino, por el contrario, algo que interiorizamos a lo largo del proceso de convertirnos en hombres" (Ibid. p. 24), implica hábitos, actitudes, posturas y valores que constituyen la riqueza del espíritu. Respecto al lenguaje, dado que éste para concretarse en una lengua requiere del funcionamiento adecuado de un programa neuronal y, además, de un aparato vocal que permite emitir los sonidos, es la herencia de un alto desarrollo biológico. Es herencia del espíritu en cuanto implica un perfeccionamiento de la capacidad humana de comunicación y una amplia adaptación social. Gracias al ejercicio del lenguaje el hombre ha logrado sobrevivir en grupos y ha aprendido a participar eficientemente en el circuito de la comunicación, pues ello le permite no sólo comportarse de una manera adecuada, sino también reconocer y prever el comportamiento de los demás. El mismo Sapir (1964) se refiere a él en estos términos "*Of all aspects of culture, it is a fair guess that language was the first to receive a highly developed form and that its essential perfection is a prerequisite to the development of culture as a whole*" (p. 1). Una vez que el lenguaje se concreta en una lengua existe sólo en la medida en que ésta se haya asociada a los grupos humanos que la hablan y, entonces, tal lengua está caracterizada por las necesidades de cada uno de esos grupos y conformada por estructuras peculiares que responden a antecedentes históricos y sociales únicos.

La forma de ser humana implica, entre otras cosas, ciertas actitudes ante las circunstancias y los hechos, los cuales se manifiestan en forma de determinadas

posturas del cuerpo y en modales. En esta forma de ser desempeñan un papel importante la presencia física (en la que tienen peso el color de la piel y los rasgos fisonómicos); la vestimenta, los ornatos y los perfumes (aspectos en los que se aprecian estilo, gusto y personalidad); los gestos y la mímica (que descubren grados de disposición, seguridad y entereza); y la forma de hablar (que también revela el grado de conocimientos y el control sobre las distintas situaciones). Por un lado, los elementos de la expresión corporal, revelan, sin que la persona hable, su origen, educación y clase social, pero también, aspectos de su carácter y su sabiduría. En cuanto al lenguaje, la forma de hablar revela o confirma el grado de preparación y la experiencia en ciertas áreas de la vida. La forma de expresarnos con el movimiento dice lo que pensamos y sentimos. Pero lo que pensamos y sentimos está estrechamente relacionado con lo que decimos y cómo lo decimos. Independientemente de la lengua que hablemos, la sintaxis y la semántica que empleamos reflejan claramente rasgos del carácter y del espíritu humanos. Tanto la expresión corporal como la concreción del lenguaje son aspectos de nuestra forma de ser. En este planteamiento, el título de culto se otorga a quien posee ciertos bienes intelectuales, pero que, al mismo tiempo, se conduce con un cierto preciosismo acorde con su personalidad.

Si los hechos de la expresión corporal son tan amplios que para abordarlos es necesario recurrir a los varios campos de estudio sobre códigos corporales: quinésica, proxemia y paralenguaje, entre otros, y si los hechos del lenguaje —concretados en la lengua— están jerarquizados en las diversas ramas de la lingüística: fonética, fonología, semántica y gramática, entre otras, los hechos de la cultura en general no

pueden abordarse más que por cada una de las múltiples disciplinas que constituyen el saber universal. Ellas son el corpus de la historia de la cultura. Los investigadores que se dedican a conformarlo —parafraseando a Alvear (1983)— tienen la ardua tarea de considerar el marco en el que ocurren tales hechos, es decir, la época, el lugar, las circunstancias y los resultados. Sólo así les es posible exponer la suma de realizaciones logradas por un grupo humano específico en una etapa determinada, y hacerla comprensible a otro grupo humano en un momento presente (Cf. p. 10). La historia de la cultura consiste, por tanto, en la historia de todos los aspectos de la vida de los grupos humanos, tomando en cuenta que cada grupo —independientemente de su edad, tamaño y localización geográfica— desarrolla una cultura.

Otros autores han propuesto ya una definición de cultura que contempla la interacción entre ella, la expresión corporal y el lenguaje. En algunos casos la interacción se plantea de manera indirecta, como en el de Sapir (1964), quien estudia las relaciones entre la cultura, la lengua y la personalidad. Asimismo lo ha hecho Schlieben-Lange (1958), quien analiza el ensamblaje de la estructura social, la cultura y la lengua. Por cierto que respecto a tal ensamblaje dice que "ha sido acogido en las ciencias sociales empíricas como un mero axioma que sigue sin explicación. [...] pero aún está en sus inicios el conato de formular con precisión ese ensamblaje y de analizarlo explicando sus causas" (p.7). Pero también hay autores que han propuesto una definición en que la interacción se plantea de manera más directa, como Max Kirch (1979), quien dice que "*Language and culture form [...] a 'seamless web' [...]*.

To these two indissoluble elements, language and culture, must be added a third: non-verbal communication".⁸ (p. 416).

He aquí nuestra reflexión sobre lo anteriormente expuesto, y una propuesta de definición de cultura que implica la expresión corporal y el lenguaje. La expresión corporal se manifiesta en cada movimiento de cualquier trabajo físico, toda vez que en éste participan coordinada y armoniosamente todas las partes del cuerpo y cada uno de los órganos de los sentidos. El cuerpo, al trabajar en la creación de las obras materiales de la cultura, expresa la voz de su espíritu y plasma en tales obras la riqueza interior de éste. La expresión corporal es el resultado de ritmos y pulsos orgánicos, pero también es el resultado de estados anímicos. El lenguaje, al hacer posible la transmisión de ideas, se convierte en un finísimo medio que filtra, permea y da forma —en la estructura específica de una lengua— al caudal de experiencias individuales y de grupo que se van acumulando en el transcurso del tiempo. Podemos decir que se hereda la capacidad de ejercerlo, pero a partir de ahí, cada grupo en sociedad lo hace suyo, por medio de la adquisición de una lengua materna, y cada individuo se lo apropia a través del desarrollo de un habla particular. Y en este ejercicio entran en juego las fuerzas creadoras individuales —tales como la memoria, la comprensión, el ingenio— pero también, las fuerzas sociales que conservan o rompen la unidad de la lengua, que le confieren esplendor o bien ocasionan su decadencia —tales como el poderío económico y político, la extensión geográfica y la actitud de apertura o cerrazón del grupo ante las influencias externas.

La cultura se construye con cada una de las obras que resultan del trabajo físico y espiritual del ser humano; en dicha construcción la expresión corporal manifiesta de manera fundamental los instintos y las emociones más genuinas, y el lenguaje comunica con juicios e ideas la forma más elevada del pensamiento; ambos son las voces que revelan el sentir y el pensar; permiten recuperar y comprender las huellas de lo vivido y experimentado.

Expresión corporal. Breve historia de la quínésica

Los primeros estudios sobre la materia los hicieron los griegos (Guiraud, 1980), aproximadamente por el siglo IV a.C. Fueron ellos quienes designaron con el término *kinesis* a los movimientos, tanto del cuerpo como del alma. Con base en esos estudios se constituyó, desde entonces, la *fisiognomía*, rama del conocimiento que se ha seguido desarrollando hasta nuestros días por medio de estudios caracterológicos que relacionan la forma del cuerpo con la morfología del carácter⁷. Esta disciplina investiga el posible significado o sentido de las sensaciones en la estructura individual de un carácter determinado, y propone que las características físicas son signos de características psicológicas o, bien, que el cuerpo es el reflejo del alma. Así, se dice que un cuerpo de aspecto saludable y bien proporcionado, que existe y se manifiesta con gracia y armonía, revela que las emociones, los sentimientos y los pensamientos que anida son de naturaleza similar y que dicho cuerpo corresponde a alguien que se conduce con serenidad y equilibrio. Por el contrario, un cuerpo de aspecto enfermo o

deforme (por ejemplo, un epiléptico o un jorobado), que se mueve con dificultad o grotescamente», revela que los sentimientos y las emociones que lo animan son retorcidos o desordenados; que corresponden a alguien que sufre algún serio desequilibrio o carencia emocional. La aceptación, consciente o inconsciente de estos postulados a lo largo del tiempo puede comprobarse en la esfera del lenguaje, pues un buen número de lenguas cuenta con expresiones de uso cotidiano que aluden a tal correspondencia de facultades. Por ejemplo, cuando se dice que algunos hombres tienen barbilla enérgica, paso firme o mano dura; o que las mujeres poseen labios sensuales, u ojos soñadores (Cf. pp. 11-18).

Sobre las bases de estos códigos y postulados, que —según Guiraud— fueron perfeccionándose con el paso de los siglos, J. Casper Lavater⁸ expuso, a fines del siglo XVIII, los principios de la *patognomía*, rama que interpreta la forma en que el cuerpo registra y manifiesta las pasiones. Aun cuando el sentido primero que Lavater asignó a la patognomía estuvo relacionado con la terminología médica —un sinónimo del estudio de los signos patológicos— con el tiempo la palabra vino a entenderse como el conjunto de los movimientos del alma o, como mejor los conocemos ahora, de las emociones. Así, la patognomía se ocupa de la forma en que se expresan, por ejemplo, la ira, el miedo, el placer, el deseo o la vergüenza, ya sea a través de temblores, contracciones musculares y variaciones de temperatura o tono de la piel⁹. El lenguaje proporciona, también, la mejor muestra de que el postulado de la patognomía ha sido asimilado por la cultura de muy diversas sociedades, pues en un buen número de lenguas hay expresiones de uso coloquial

tales como temblar de ira, enrojecer de vergüenza, paralizarse de miedo, helarse del susto, y otras. (Cf. pp. 30-47).

Siguiendo a Guiraud, el *simbolismo* es otra rama del conocimiento que se relaciona con la expresión corporal. La teología y la filosofía antiguas y medievales —al designar ya facultades masculinas y femeninas— constituyen los primeros registros de este estudio, a partir del cual se ha desarrollado hasta nuestros días una analogía de causa y efecto entre el microcosmos (el ser humano) y el macrocosmos (el universo). Por otra parte, el simbolismo toma como modelo las formas y funciones del cuerpo para ilustrar y designar formas y funciones de objetos y, además, asocia dinámicamente aspectos biológicos con aspectos emocionales e intelectuales. Las expresiones lingüísticas que se construyen y generan a partir de estas analogías constituyen el mejor campo de estudio —en constante renovación— de esta disciplina, y la evidencia de que el conocimiento del mundo y las experiencias de la vida se inscriben, primero y fundamentalmente, en el cuerpo: éste las interioriza y las asimila —se conforma según ellas— y las incorpora y estructura en el lenguaje:

podemos preguntarnos si, desde el punto de vista etimológico, todas las palabras (y los conceptos correspondientes) no están relacionadas con imágenes del cuerpo. [...] toda palabra (y todo concepto) viene de otra palabra que viene de otra palabra que viene ... de tal modo que la etimología dirige consecutivamente cada palabra hacia experiencias cada vez más arcaicas y generales que no pueden ser otras que las de nuestros sentidos y las relaciones de nuestro cuerpo con los objetos. (*ibid.*, p. 49).

Así, con respecto a la analogía de causa y efecto entre el hombre y el universo, decimos que el día nace y muere, o que el sol se levanta; cuando tomamos las formas y modelos del cuerpo para aplicarlas a objetos del exterior decimos el pie de la

montaña, el brazo del sillón, o el ojo de la cámara; y cuando asociamos aspectos biológicos con aspectos emocionales o intelectuales decimos que concebimos una idea, digerimos un concepto, nos tragamos un coraje, aspiramos a un título u olemos un peligro. (Cf. pp. 48-64).

Al mencionar el *simbolismo* y la relación de éste con el lenguaje, tocamos el aspecto clave del símbolo y su significación en el proceso de la comunicación humana. Conviene, por tanto, tener presente que el hombre es el único ser que se involucra en una interacción simbólica y que es él mismo quien crea los símbolos que usa. Un símbolo (Pierre Guiraud, 1960), es un "signo artificial y convencional de factura humana que sirve para comunicarse con otro ser. Entre los sistemas de símbolos más significativos están el lenguaje, algunos ademanes de cortesía y ciertas señales, todos ellos <arbitrarios> y <no motivados>" (pp. 17 y ss.).

Los estudios sobre la expresión corporal —cimentados en los principios de las tres ramas mencionadas— siguieron abordándose a lo largo de los siglos por investigadores antropólogos, médicos y filósofos, quienes fueron haciendo un amplísimo acopio de datos al respecto. Sin embargo, no es hasta fines del siglo XIX que aparece una de las obras más sobresalientes sobre la materia: **The Expression of the Emotions in Man and Animals**, de Charles Darwin, publicada por primera vez en 1892. Esta obra es el primer estudio que organiza una extensa masa de observaciones sobre el comportamiento audible y visible de los animales y del hombre, así como de los estados emocionales que inducen a tal comportamiento. Su autor formula en ella la teoría biológica de que una parte considerable del repertorio de la expresión gestual

—tanto animal como humana— se adquiere por herencia y que, por lo tanto, es universal. "He pretendido demostrar, aportando considerables detalles, que todas las expresiones más importantes exhibidas por el hombre son iguales a lo largo de todo el mundo". (p. 359). Sin embargo, el autor admite que algunas acciones expresivas humanas se desarrollaron paralelamente a otras capacidades físicas y mentales. El análisis, tanto de la expresión corporal como del lenguaje, a la luz de los conocimientos actuales, permite encontrar en esos modos de expresión la esencia de la fisionomía, la patognomía y el simbolismo, con lo cual se confirma la validez de la teoría darwiniana respecto a la herencia y universalidad de ciertos gestos. Una muestra de los conocimientos actuales es el análisis de Ekman y Friesen (Fast, 1971) —investigadores del Instituto de neuropsiquiatría de California— realizado en la década de los sesenta. En el estudio que llevaron a cabo en cinco grupos culturales diferentes: Nueva Guinea, Borneo, los Estados Unidos, Brasil y Japón, estos investigadores descubrieron que los "observadores pertenecientes a estas culturas reconocían la expresión de algunas emociones cuando se les mostraba un juego *standard* de fotografías faciales" (Cf. p. 21). Por otra parte, estudios también actuales revelan que la manifestación de emociones y sentimientos, y, por lo tanto, la significación de los mismos —así como la significación de las palabras— varían según el contexto cultural. La expresión corporal (Reed H. Blake y Edwin O. Haroldson, 1975), "*is culture-bound [...], it is non instinctive human nature. Rather, [it] is learned behavior, acquired through the process of informal socialization. Consequently, it is markedly different behavior from culture to culture*" (p. 43). Así,

se tiene noticia, por ejemplo, de que el temblor del cuerpo puede tener connotaciones muy distintas, dependiendo del grupo social de que se trate, y que no sólo se tiembla de frío, de nervios o de coraje. Doris Heyden (1980), nos dice que entre los pieles rojas, durante algunas ceremonias de adivinación, es común que algunos sacerdotes se vean presos de profundos temblores para manifestar que están poseídos por espíritus divinos que les permiten augurar el futuro. (Cf. p. 2). El mismo Darwin, en su obra de 1892, apuntaba ya que en ciertos grupos humanos no es posible registrar el sonrojo, como en el caso de los aborígenes del Brasil expuestos por largo tiempo a grandes vicisitudes climáticas. Según Darwin, parece que la piel de estos indios no responde con mucha facilidad a las excitaciones de la mente, y que el cambio de color, como expresión de la emoción, llega a notarse en ellos sólo después de una larga interacción con los blancos y de recibir alguna educación (Cf. p. 323). Robert Pitte nger y Henry Lee Smith (1966), al referirse a algunas expresiones tales como la risa y el llanto, comentan que "*To be reminded that this is a quite arbitrary communication pattern of a particular culture, it is only necessary to recall that in Persia, men are allowed to weep all their lives and, in some cases, even expected to* —as in the case of Premier Mossadegh." (p. 179).

Después de *The Expression...* de Darwin, fue necesario que transcurrieran un poco más de 50 años para que apareciera otra obra de significación y trascendencia similares. En 1950, el antropólogo Ray L. Birdwhistel, junto con Henry L. Smith Jr., y George L. Trager de la Universidad de Buffalo, participa en una correlación multidisciplinaria entre el habla y el movimiento corporal. A partir de ese trabajo, al

que incorpora investigaciones anteriores propias y del *Foreign Service Institute* de los Estados Unidos, Birdwhistell inicia el ordenamiento y la sistematización del conjunto de investigaciones sobre la expresión corporal recopilado hasta entonces y sienta las bases de una ciencia a la que llama quinésica (*kinesics*). Con base en sus investigaciones, (1979), Birdwhistell señala que en la expresión corporal es "legítimo ver [...] una estructura comparable a la de la lengua hablada. El sistema quinésico estructura el movimiento hablado en 'sonidos', 'palabras', 'frases', 'oraciones' e, incluso, 'párrafos'" (p. 100). Siguiendo el modelo de la fonética (*phonetics*), propone para la expresión corporal un código similar al del lenguaje¹⁰.

Algunos elementos de la expresión corporal han sido clasificados por otros autores como elementos de la comunicación no verbal. Jürgen Ruesch (1966), por ejemplo, menciona que las formas de lenguaje no verbal se clasifican en tres categorías distintas: *Sign language* <lenguaje de señales>, *action language* <lenguaje de acción> y *object language* <lenguaje de objeto>. El primero —que es el único que nos interesa para este trabajo— "*includes all those forms of codification in which words, numbers, and punctuation signs have been supplanted by gestures; these vary from the "monosyllabic" gesture of the hitchhiker to such complete systems as the language of the deaf.*" (Cf. pp. 209 y 210). Blake y Haroldson (1975), por su parte, al referirse a esa forma de comunicación tan significativa que carece de símbolos verbales y visuales, emplean el nombre genérico de *non-verbal communication* <comunicación no verbal>, pero, también, el de *silent language* <lenguaje silencioso>. Ellos son quienes mayor número de elementos han

considerado dentro de este marco: *body motion or kinesic behavior* <movimiento del cuerpo o conducta quinésica> *paralanguage* <paralenguaje>, *proxemics* <proxémica>, *olfaction* <olfacción>, *skin sensitivity to touch and temperature* <sensibilidad de la piel al tacto y temperatura>, *use of artifacts* <uso de accesorios>. Según ellos, la conducta quinésica incluye gestos y otros movimientos del cuerpo tales como la expresión facial, los movimientos de los ojos y las posturas. El paralenguaje (que nosotros llamamos aquí paraquinésica), implica cualidades de la voz, tartamudeo en el discurso, risas, bostezos y gruñidos. La proxemia se refiere a la forma en que el ser humano emplea y percibe el espacio físico. (Cf. p. 43). Un tercer investigador, James Whittaker (1983), menciona que la exhibición facial, la cinesia, la proxemia y el paralenguaje son los tipos generales de comunicación no verbal que han estudiado los psicólogos. Para él, la exhibición facial es la expresión de la cara. El término cinesia se refiere a las posiciones del cuerpo y a los gestos¹¹. La proxemia incluye la distancia a la que se sitúan los participantes en una conversación, así como los contactos visuales que ocurren durante el proceso conversacional. El paralenguaje considera la calidad de la voz, la velocidad del lenguaje, las risas y los bostezos. (Cf. p. 396). El término paralenguaje requiere aquí de una explicación. Según Theodor Lewandowski (1982), es el conjunto de fenómenos fónicos que se observan en la realización de una lengua pero que no pertenecen al sistema de las oposiciones fonológicas distintivas; implica grado de intensidad, altura y amplitud tonal, tempo del habla, supresión de sílabas, respiración, y control de las cuerdas vocales, de la articulación y del ritmo (Cf., p. 257). De su estudio se ocupa la paralingüística, rama

de la lingüística, y sus resultados proporcionan datos muy valiosos sobre la función psíquico-expresiva de los fenómenos mencionados así como sobre el diagnóstico de enfermedades psíquicas. De acuerdo con los postulados de la quinésica, los fenómenos paralingüísticos corresponden al campo de la paraquinésica. Dada la naturaleza de esta tesis, los mencionaremos como fenómenos paraquinésicos y sólo en la medida en que a veces resultan inseparables de la quinésica.

En este trabajo empleamos el término genérico *expresión corporal* en vez del de *comunicación no verbal*, siguiendo el razonamiento de Birdwhistell (1979). El considera que la comunicación es un único proceso —Independientemente de que se realice a través de varios canales superpuestos, entre ellos, el lenguaje y la *expresión corporal*— y que, por lo tanto, el decir que ésta se lleva a cabo a través de una comunicación verbal modificada por otra no verbal es partir de

un error experimental exactamente igual al que se cometería al describir el sistema fisiológico como un comportamiento endocrino o circulatorio, considerando que los demás sistemas componentes se mantienen constantes o tienen una influencia trivial. Uno de los desgraciados resultados de este tipo de pensamiento ha sido la plétora de discusiones sobre la 'comunicación no verbal', que no es otra cosa que la inversión del modelo anterior. (p. 68)

Por otra parte, *expresión corporal* remite de manera más directa e inmediata a la función que desempeña el cuerpo humano como un todo, cuando participa en la emisión y recepción de mensajes que constituyen el proceso de comunicación y que hacen posible la interacción en sociedad. Bajo la denominación *expresión corporal* abordamos someramente sólo los códigos corporales que se emplean como auxiliares del lenguaje, es decir, los signos no lingüísticos que pueden reemplazar al lenguaje

articulado, o bien, acompañarlo, y que son el objeto de estudio de tres disciplinas específicas: 1) la quinésica, 2) la proxemia y 3) la paraquinésica¹².

La quinésica, según Birdwhistell (ibid), comprende el estudio de los gestos y la mímica de todo el cuerpo que se emplean para comunicar, ya sea por sí mismos o como acompañantes del lenguaje articulado. La observación y el análisis de tales gestos y mímicas ha llevado a los estudiosos de la expresión corporal a señalar que tales gestos se manifiestan a través del movimiento de todo el cuerpo. Sin embargo, para efectos de análisis y registro en laboratorio, los quinesiólogos sugieren la división del cuerpo en ocho partes o zonas específicas: 1) cabeza, 2) cara, 3) tronco, 4) hombro, brazo y muñeca, 5) mano y dedos, 6) cadera, pierna y rodilla, 7) pies y 8) cuello. A través de un sistema de notación parecido a la taquígrafía: la quinografía, ideada por los mismos quinesiólogos, es posible registrar con signos determinados la secuencia de movimientos de todas estas partes del cuerpo durante una conversación¹³. De esta suerte, es posible anotar con un alto grado de detalle los movimientos de la cabeza y las expresiones faciales —incluyendo los giros de los ojos, los levantamientos de las cejas y los gestos de la nariz—; respecto al tronco, se registran inclinaciones del pecho, estómago y espalda; la acción de la cadera, las piernas, las rodillas y los pies permite señalar flexiones y modos de andar; y los giros del cuello complementan las anotaciones sobre las inclinaciones de la cabeza¹⁴.

En el caso de las investigaciones de Birdwhistell, los resultados —logrados mediante el proceso de filmación y proyección en cámara lenta de conversaciones en distintos contextos, en los que a veces se prescinde del sonido— han permitido

identificar en el flujo de la expresión corporal los elementos que intervienen en ella, los contextos específicos en los que se emplea este canal de la comunicación y, aún más, las diversas funciones que este último desempeña. Respecto a las observaciones de Morris (1979) y su equipo —hechas mediante cuestionarios sobre el significado y empleo de veintidós gestos simbólicos a lo largo de cuarenta localidades en Europa y el Mediterráneo¹⁵— los resultados obtenidos ofrecen un panorama en cuanto al origen (algunas veces relacionado con cuestiones fisiológicas) los motivos que favorecen o restringen su difusión, y una propuesta de clasificación en siete categorías. (Cf. pp. xvii-xx). Por lo que se refiere al trabajo de Meo-Zilio y Mejía (1980), consiste en alrededor de dos millares de fotografías de gestos representativos (simbólicos e icásticos) y contextuales (expresivo-apelativos, pragmáticos e indicativos) tomados en veinte regiones de América Central y del Sur, así como en México y Cuba. A cada fotografía de gesto le acompaña el significado fundamental que se le atribuye en las diferentes regiones mencionadas, así como la descripción morfológica y semántica, con sus variantes. (Cf. p. 8 Vol., I). La identificación de todo este material propio del canal de la expresión corporal —en estrecha analogía con los elementos del canal lingüístico— ha ido constituyendo un corpus cada vez más detallado, preciso y riguroso. Guiraud (1980) habla, por ejemplo, de niveles micro y macroquinésicos, en los que se clasifican respectivamente quinemas y alóquinos, así como quinomorfemas (Cf. p. 80). Teun A. Van Dijk (1985), habla de segmentos micro y macroscópicos de la conversación, al referirse en el primer caso a incisos y terminaciones o cambios de tópico, y, en el segundo, a cambios de atención (Cf. p.

201). Por otra parte, Ekman y Friesen (1976), se han ocupado de establecer una clasificación general de expresiones corporales, tomando en cuenta su uso y origen (Cf. pp. 55-84), y el propio Birdwhistell (1979), ampliando todas estas contribuciones, propone nuevas clasificaciones y subclasificaciones en las que considera elementos tan sutiles como los señaladores y acentos quinésicos (Cf. pp. 104-117). Todo lo cual confiere a la expresión corporal un valor significativo, sobre todo, por su participación en el gran proceso de la comunicación humana.

Los estudios quinésicos comprueban la interdependencia que existe entre la expresión corporal y la expresión lingüística, al mismo tiempo que señalan la similitud entre la forma que operan uno y otro canal en el proceso único de la comunicación. La expresión corporal —anterior al lenguaje— no es suficiente para manifestar todo lo que el ser humano desea comunicar. Requiere de la lengua para ampliar cuantitativa y cualitativamente el canal de la comunicación. La capacidad lingüística, por su parte, matiza los movimientos, ya sea para complementar, corroborar o bien desmentir el mensaje de estos; enriquece y perfecciona el proceso de comunicación, el cual, toda vez que implica el sentir y el pensar humano no resulta fácil de definir; la expresión corporal y el lenguaje son sólo dos de sus múltiples canales.

Lenguaje. Hipótesis de su origen a partir de la expresión corporal.

El lenguaje es un fenómeno que resulta difícil de apresar rigurosamente en un solo marco de estudio. Sus componentes y manifestaciones corresponden a distintos

y amplios campos del conocimiento, cuyos límites, a menudo, se confunden. Así, tenemos que se constituye con elementos físicos, elementos fisiológicos y elementos psíquicos. Los primeros son los sonidos o impresiones acústicas que son percibidos por el oído, de cuyo estudio se encargan algunas ramas de la física. Los segundos son los órganos que permiten la articulación de los sonidos, y de su estudio se ocupan diversas ramas de la biología. Y los terceros son los pensamientos que se expresan como resultado de la relación simbólica entre los procesos de la conciencia y los procesos cerebrales y nerviosos; de ellos se ocupan la psicología y ramas auxiliares. No obstante la diversidad de estas manifestaciones, paradójicamente resultan interdependientes e inseparables. Además, poseen siempre un lado individual —las características correspondientes a cada ser humano que ejerce su capacidad lingüística de manera irrepetible— y un lado social —las características de la sociedad que elige un código determinado para regir la expresión lingüística de sus integrantes. Y todavía más, el lenguaje no es un fenómeno estático; posee todo el dinamismo de algo que es al mismo tiempo herencia, presencia y evolución. El lenguaje (Blake y Haraldsen, 1975), en primer lugar, *"is the primary vehicle for communication [en segundo], reflects both the personality of the individual and the culture of his society [y, en tercero], makes possible the growth and transmission of culture, the continuity of societies, and the effective functioning and control of social groups"* (Cf. p. 6). ¿Cómo así, entonces, la naturaleza del lenguaje?. ¿Cómo acercarnos a sus manifestaciones si éstas se diversifican de tal manera que desbordan el ámbito de la

lingüística?. La multiplicidad de sus hechos invade el campo de otras varias ciencias, física, biología, psicología, comunicación, etc.

Para acercarnos al lenguaje (Saussure, 1916) es necesario abordar la norma de todas sus demás manifestaciones: la lengua, a la cual debe asignársele el primer puesto entre los hechos del lenguaje. Se concede tal primacía a la lengua porque es un objeto de naturaleza concreta. Consiste en un sistema de signos, el cual, en virtud de una convención entre los integrantes de un grupo, permite asociar un sentido —significado— con una imagen acústica —significante. Toda vez que se adquiere a través de aprendizaje, debe subordinarse al lenguaje, cuya facultad para adquirirse es natural del ser humano. Sus signos son tangibles en la medida en que pueden fijarse a través de la escritura. (Cf. pp. 33 y ss.). A partir de esta triple clasificación de niveles: lenguaje, lengua y habla, hecha por Saussure, el concepto sistema, empleado hasta entonces en los estudios lingüísticos se sustituye por **estructura**, con lo cual se da un carácter formal a la corriente del estructuralismo lingüístico. La primera escuela estructuralista se establece alrededor de 1928 con las propuestas de lingüistas del Círculo de Praga¹⁶, quienes parten de la consideración básica de que toda lengua es un conjunto de elementos que adquieren significación sólo en virtud de sus relaciones mutuamente solidarias. En estas relaciones lo que destaca son las diferencias, es decir, el significado resulta de las diferencias entre uno y otro signo. El vocablo estructura (Jean-Marie Auzias, 1970) procede del latino **struere** que significa construir, y la finalidad de la escuela estructuralista es analizar el orden interno de las unidades que forman el sistema de la lengua, unificando éste

en su totalidad y relacionando aquéllas una con otra. (Cf.p. 15). Entre los aportes más significativos que el estructuralismo ha hecho al estudio lingüístico están (Terry Eagleton, 1983), por una parte, la demostración de que el significado humano es algo construido, el producto de ciertos sistemas comparativos de significación y no una experiencia privada ni un hecho de origen divino (Cf. p. 132). Por la otra (Auzias, *Ibid*), la evidencia de que la estructura lingüística es de naturaleza irracional e inconsciente, pues la lengua no es un discurso sobre el pensamiento sino el discurso mismo de la estructura porque pone en relación los elementos simbólicos de la conciencia. (Cf. p. 42).

Una persona habla porque ha aprendido una lengua, y la ha aprendido gracias a que ha desarrollado su capacidad lingüística. El ser humano nace con la capacidad para adquirir el lenguaje y desarrolla éste al convivir en sociedad, es decir, al aprender una lengua. La realización de esa lengua se concreta en el habla de cada individuo. A estas conclusiones se ha llegado apenas en este siglo, después de las aportaciones de Saussure, pero hay un amplio número de investigaciones que proponen que la adquisición del lenguaje sigue este proceso hoy, y lo siguió hace un siglo, y también al principio de nuestra era. La historia revela que culturas anteriores a la época cristiana —hindúes, griegos y romanos— y aún otras más antiguas —egipcios, chinos e hititas— se comunicaban ya por medio de una lengua¹⁷, la cual heredaron cuando menos en parte, de sus antepasados, y les sirvió, a la vez, como medio para asimilar su propia cultura. Respecto a la teoría de la capacidad innata humana para desarrollar el lenguaje, los estudios de Noam Chomsky¹⁸, publicados a partir de

1957, son los que mejor la exponen y validan. Este lingüista, versado además ampliamente en cuestiones de lógica, filosofía y matemática, señala que la adquisición del lenguaje nada tiene que ver con el condicionamiento, refuerzo, hábito o entrenamiento, pues los principios de éste, como los de la lógica natural, el individuo los sabe innata e inconscientemente. Para Chomsky el lenguaje no es un mero sistema de conceptos que pueda almacenarse con todos sus detalles sino, más bien, un "principio generador" que es activado por procesos generativos subyacentes. Propone que en el lenguaje existen ciertas estructuras universales que se derivan de funciones innatas del cerebro humano, lo cual explica la rapidez con que los niños aprenden cualquier lengua a la que estén expuestos, así como la similitud en el proceso de aprendizaje, independientemente de los niños y de las lenguas de que se trate. (Cf. pp. 9-28).

Investigaciones sobre el origen del lenguaje (Leonardo Manrique, 1982), que reconstruyen las formas de vida de especies antecesoras al hombre que vivieron hace dieciocho millones de años, sugieren que tales especies¹⁹ contaban ya con, cuando menos, una docena de expresiones lingüísticas o llamadas con significado preciso. Se ha supuesto que tales llamadas podrían comunicar, por ejemplo, el hallazgo de comida, la proximidad de un peligro, la necesidad de compañía, la petición de auxilio y la muestra de amistad o de enemistad. Tales llamadas estarían matizadas por la expresión emotiva; por ejemplo, serían agudas cuando las dictara la tensión y, graves, cuando denotaran sorpresa; habría llamadas neutras que comunicaran falta de emoción. Hacia el presente, las investigaciones de Manrique revelan que los grupos que existieron alrededor de hace seis millones de años²⁰ agregaron a las citadas

expresiones la imitación de voces de otras especies (aves, por ejemplo), de ruidos de fenómenos naturales (agua que fluye, trueno, viento, etc.) y de ruidos producidos por la manipulación de objetos (choque de piedras, rotura de rama, crujido de huesos). Esta nueva serie de llamadas imitativas tendría también una inflexión emotiva. Serían agudas —similares a nuestras *i* y *g*— cuando expresaran proximidad, brillantez—; serían graves —parecidas a nuestras *o* y *u*— cuando señalaran distancia, oscuridad. Se deduce que de estas inflexiones habrán surgido los primeros defectivos, antepasados de los pronombres y demostrativos, y también las primeras combinaciones simples de voces. La etapa siguiente de la humanidad, según Manrique, vivió hace aproximadamente trescientos mil años²¹. Y la característica más notable de sus vocalizaciones radica en que los sonidos imitativos habrían sufrido cambios fonéticos que ya no permitirían reconocer la fuente, es decir, habrían surgido los primeros signos lingüísticos, más o menos cincuenta, y con ello los primeros conceptos, establecidos por asociación, en el proceso de adquisición del lenguaje. Se sugiere que el empleo de vocales distintas *i*, *o*, *u*, entre las posibles consonantes *g*, *k*, distinguiría la categoría gramatical de la palabra. Si se decía *gik* se estaría haciendo referencia a algo pequeño, cercano, brillante; si se decía *guk*, el objeto aludido sería grande y estaría lejos; y si se decía *gok*, se estaría tratando de algo de tamaño regular o de algo no muy lejano. Es probable también que ya se marcara el cambio de consonantes *g/k*, *b/g* para marcar aspectos del verbo o de otras categorías (que, por supuesto, no se identificaban con esta terminología). También es probable que se usaran abundantemente las combinaciones simples de dos o tres palabras con

cierto orden. Para esta etapa, cuando el lenguaje tenía ya una historia tan larga, deben de haber existido varios idiomas extendidos por amplias regiones, y las inflexiones internas deben de haber sido ya bastante diversificadas (Cf. pp. 13-21).

Sin embargo, la investigación en retrospectiva de la historia —en lo que a la fuente de la primera lengua se refiere— llega a un punto tal en que no puede continuar, no tiene manera de seguir las huellas en retroceso. A pesar de los múltiples estudios y de las hipótesis precientíficas, científicas o acientíficas sobre su origen, no se sabe cuál fue la primera lengua que se habló, ni quiénes, ni dónde, ni cuándo la emplearon. El origen del lenguaje, así como el origen del hombre, sigue siendo desconocido. Sin embargo, estas mismas investigaciones coinciden, casi en su totalidad, en afirmar que los primeros grupos humanos se comunicaban con medios diferentes a los lingüísticos, es decir que no poseían una lengua —cuando menos, no una lengua como nosotros la concebimos ahora: con niveles estructurales y categorías gramaticales. Eran grupos que se comunicaban a través de la interpretación de otro tipo de signos, en los que la expresión corporal debió de haber sido preponderante.

Hemos mencionado los señalamientos de Manrique, sobre el posible origen y desarrollo del lenguaje, por las referencias que el autor hace a la forma probable en que los primeros hombres expresaron sus emociones, y por el papel tan significativo que éstas desempeñan en el desarrollo del lenguaje. Indudablemente la expresión corporal tuvo que haberse manifestado con una riquísima gama de movimientos que implicaron la participación de todo el cuerpo, por ser éste, a diferencia de una lengua,

un recurso completamente a disposición del hombre. El cuerpo del ser humano ha pertenecido a éste desde el primer momento, no así la palabra.

Si bien no son nuevas las investigaciones —dentro de las teorías biológicas y antropológicas— que sostienen (Luis López, 1982) que el origen del lenguaje se encuentra en el gesto²², tales teorías no habían encontrado tantos adeptos como ahora —sobre todo a partir de los trabajos de Birdwhistell acerca de la quinésica:

De acuerdo con ésta [base de origen], la primera manifestación comunicativa del hombre no fue la forma oral sino el gesto o la seña con la mano. Se han estudiado algunas lenguas indígenas o supuestamente "primitivas" en las que las señas desempeñan un importante papel. Se han contado anécdotas de pueblos "tan atrasados" que sólo se entendían con gestos, de tal forma que por las noches debían acercarse al fuego para poder "conversar" (p. 33).

El problema principal de esta teoría que, según el mismo López, consiste en explicar la transición del gesto a la forma hablada, se ha tratado de resolver con los aportes de investigadores de diversas disciplinas. El etnólogo francés Jacques van Ginneken (1939), por ejemplo, intenta demostrar que el puente entre el gesto y la palabra lo constituyen las escrituras ideográficas. Ginneken señala que los morfogramas chinos presinotibetanos constituyen la reproducción exacta de gestos o posiciones del cuerpo humano que sólo después en las grafías posteriores evolucionaron hacia formas más convencionales y abstractas. Lo mismo ocurre con los jeroglíficos aztecas. El lenguaje gestual que dio origen al jeroglífico —continúa Ginneken— lo confirma también la pictografía o petrografía de los indios de Norteamérica, la pictografía de los esquimales y la ideografía de algunos pueblos de Nigeria meridional (Cf. 98 a 128). Ginneken concluye:

tous les systèmes d'écriture, que nous connaissons dès leur commencement, suivent dans leurs trois premières périodes entièrement le modèle d'un langage par gestes, lequel est donc antérieur aux hiéroglyphes. Et ce n'est évidemment qu'avec l'aide, et par le soutien des langues hiéroglyphiques qui possédaient déjà un lexique, une grammaire et une syntaxe, que dans les civilisations avancées, moyennant les clics interjectionnels, les langues orales ont apparues, et se sont développées assez lentement, en se créant des clics lexicaux. (p. 129).

Jean-Jacques Rousseau (1984), el filósofo ginebrino, señala, por su parte, que la expresión —para consiguiente satisfacción— de puras necesidades físicas no justifica, ni en los hombres más primitivos ni en los actuales, el ejercicio de la capacidad lingüística. Para pedir comida, por ejemplo, bastan unos cuantos gestos, y el intercambio de bienes y utensilios bien puede llevarse a cabo sin necesidad de emitir una sola palabra. El mejor ejemplo lo constituyen los ciegos, sordos y mudos, quienes no por carecer de lengua dejan de comunicarse y entenderse²³. Es necesario sentir el deseo de expresar otro tipo de necesidades, es decir, emociones y pasiones (movimientos del cuerpo, en términos de la *patognomía*) para arrancar al hombre los sonidos del lenguaje:

No fue el hambre ni la sed, sino el amor, el odio, la piedad, la cólera, los que les arrancaron [a los humanos] las primeras voces. Los frutos no se sustraen a nuestras manos, puede uno nutrirse de ellos sin hablar; se persigue en silencio la presa con que quiere uno alimentarse, mas para conmovir un corazón joven, para rechazar a un agresor injusto, la naturaleza dicta acentos, gritos, quejas: he ahí las más antiguas palabras inventadas. (Ibid. p. 18)

Las primeras expresiones lingüísticas, entonces —siguiendo a Rousseau— tuvieron que ser tropos. Primero fue el sentido figurado, cuando la idea bajo los efectos de la pasión que fascinó los ojos no era verdadera; luego, el sentido propio, cuando a las cosas se les vio bajo su forma verdadera. Es probable que un hombre

primitivo, al encontrarse con otro, se haya espantado, pues su miedo pudo haberle hecho ver que el otro era más grande que él, o más salvaje y, por lo tanto, amenazador. Le habrá dado el nombre de gigante. Después de varios encuentros, la experiencia habrá suscitado otras emociones y los humanos se habrán reconocido semejantes; se darán mutuamente el nombre de hombre más cercano a la verdad, abandonando el de gigante, aplicado falsamente. (Cf. pp. 19 y 20). Esta debió de haber sido la característica más remota de la primera lengua, independientemente de su léxico y sintaxis: la construcción de todos sus giros en imágenes o figuras:

Con las primeras voces se formaron las primeras articulaciones o los primeros sonidos, según el género de la pasión que dictaba las unas o los otros. [...] De ese modo la cadencia y los sonidos nacen con las sílabas: la pasión hace hablar a todos los órganos, y adorna la voz con todo su esplendor; así los versos, los cantos, la palabra tienen un origen común. [...] así debió ser, ya que las pasiones hablaron antes que la razón. (Ibid. p. 61)

Otros investigadores en el área de la psicología, con base en la observación y análisis²⁴ de los recursos expresivos humanos, han ido recopilando información que fortalece la propuesta de que la base del habla es la expresión corporal. Uno de ellos, el psicólogo Alexander Lowen (1977) expresa el razonamiento sobre el cual apoya esta teoría:

el lenguaje tiene su raíz en la sensación propioceptiva [...] porque la comunicación es ante todo participación de experiencias que a su vez es reacción corporal a las situaciones y acontecimientos. (p. 79).

La idea de que el ser humano primero siente y luego razona, y de que inscribe sus experiencias primero en el cuerpo, y luego las describe con palabras —asu-

miendo que este luego puede distar de la experiencia, minutos, años e, incluso no darse, dependiendo del desarrollo psíquico del individuo que da a éste una determinada capacidad para que verbalice sus experiencias— ha sido expuesta y fundamentada en otros trabajos de Lowen, como por ejemplo, *The Betrayal of the Body* (1969) y *El lenguaje del cuerpo* (1988). En este último el autor comenta: "La conciencia presenta un doble aspecto. Primero está la conciencia de los sentimientos y las acciones; después, la del conocimiento [...] lo importante es que la conciencia como centro activo precede a la conciencia como centro cognitivo". (p. 88). Los estudios de este psicólogo sobre la forma en que el cuerpo humano vivo se expresa con movimientos y con el empleo de una lengua han sentado las bases de una nueva ciencia, la bioenergética, la cual en los últimos años ha arrojado grandes luces sobre la relación estrecha entre la expresión corporal y la lingüística. La bioenergética tiene como antecedente la terapia de Wilhelm Reich, quien describió tan ampliamente el papel fundamental que desempeña el cuerpo humano en cualquier teoría de la personalidad²⁵. Lowen es seguidor de Reich y uno de los estudiosos más apasionados de la bioenergética, establecida como tal apenas alrededor de 1960. Lowen (1988) emplea el término cinética para referirse a la disciplina que estudia la forma en que se manifiesta la cultura en la expresión del cuerpo. La bioenergética estudia precisamente el efecto de la cultura en el cuerpo. (Cf. p. 91).

En algunos otros campos, en los que se han estrechado las relaciones del saber lingüístico, psicológico y biológico, se han generado aportes a las distintas teorías de la génesis del lenguaje²⁶. Así, investigadores de la fisiopatología, psicobiología y

psicolingüística, al conciliar datos sobre el origen y clasificación de las lenguas, las relaciones afectivas entre el niño y su madre y la evolución psíquica humana en el manejo de la estructura gramatical de una lengua, han contribuido al conocimiento científico del proceso de adquisición del lenguaje en los infantes. Y, aún cuando los expertos se abstienen de afirmar que este proceso sea el único o exactamente igual al que permitió el desarrollo de la capacidad lingüística de los primeros seres humanos, coinciden en que es un proceso modelo sumamente útil que permite hacer algunas deducciones sobre el surgimiento de la palabra. Sin ignorar las observaciones de G. Vendryes (1939) quien, al respecto dice que los niños nos enseñan solamente cómo se adquiere un lenguaje que ya está organizado: "El niño devuelve sólo aquello que ya ha recibido, opera con los elementos que le han suministrado sus relaciones; y con tales elementos combina sus palabras y frases. El niño lleva a cabo un trabajo de imitación, no de creación; es decir, queda excluida toda espontaneidad". (Cf. p. 18), la moderna observación y la experimentación con infantes aporta datos acerca de la interdependencia entre el lenguaje y la expresión corporal. Y, lo que creemos más importante, amplía significativamente el panorama que asigna a la expresión corporal la función de base y soporte para el despegue y estructura de la obra del lenguaje, ya sea éste el de los primeros seres humanos o el de los niños actuales.

Entre las investigaciones que aportan datos sobre las circunstancias que favorecen, y muy probablemente favorecieron, la transición del gesto a la palabra, está la de Juan Cuatrecasas (1940), sobre la psicobiología del lenguaje. En ella Cuatrecasas

expone que los orígenes de la palabra se mezclan con la evolución de los instintos elementales del organismo:

Los orígenes ontogenéticos de la función expresiva los hallamos en la mímica que acompaña a los actos nutritivos del lactante. La necesidad de alimento le mueve al movimiento de los músculos del suelo de la boca. Movimiento instintivo de hambre elemental, que engendra pronto el grito del niño. La satisfacción de plenitud después de la toma de leche determina una relajación expresiva, la primera sonrisa, un evidente lenguaje mímico. Todo ello procede de la sensibilidad introceptiva, vegetativa. Y alrededor de ellos se organiza la sucesión de fenómenos complicados del lenguaje. (p. 73).

Respecto al mismo proceso, que Jurgen Ruesch (1966) llama cambio gradual de codificaciones no verbales a verbales, este investigador distingue tres etapas bien diferenciadas:

[a] las formas de codificación primaria implican señales de acción, en las que participa predominantemente la contracción de los músculos lisos, la cual se manifiesta en cambios de tono y temperatura de la piel, consistencia de movimientos de los intestinos, ritmo de la respiración y otras acciones como el chupar, que están subordinadas a esas funciones autónomas. Aun cuando puede decirse que estas señales no son intencionales por realizarse en la primera infancia, son lenguaje en el sentido de que resultan comprensibles para la madre y el niño. [b] Más tarde, cuando el niño aprende a moverse, el lenguaje somático es complementado por señales de acción en las que participa la contracción de los músculos estriados. Cesa la manifestación externa de experiencias internas a través de la reacción de los sistemas digestivo, respiratorio y vascular, y es reemplazada por movimientos de la cara y de las extremidades. [c] Por último, una vez que se ha aprendido a actuar socialmente, las formas de denotación simbólica verbales, gestuales y otras reemplazan los métodos de codificación de acción previamente empleados". (CF. pp. 210 y 211).

Charles Van Riper (1972), por su parte, afirma que el llanto y los balbuceos de que se vale el niño son un aspecto importante del aprendizaje de su lengua:

The concurring sounds are composed of grunts, gurgles, and sighs, and include most of the front vowels, the consonants k, l, g, and the glottal catch. These particular consonants involve contacts and tongue movements similar to those used in swallowing. All of these sounds are accompanied by movements of the arms, legs or trunk (p. 55).

Según Adam Kendon (1980), los estudios recientes sobre la gesticulación o expresión facial que ocurre durante el acto de hablar, sugieren muy firmemente que tales movimientos son controlados por la misma parte del cerebro que controla la producción del discurso. La observación del habla y movimientos de niños diestros de tres años, por ejemplo, revela que la mayor parte de gestos con la mano durante el habla, es realizada precisamente con la mano derecha. (Cf. pp. 207-208). Los aportes de Ruth Fridman, (1980) revelan que el desarrollo de la expresión corporal (el paralenguaje y la quinésica), es crucial en la adquisición del lenguaje. Se ha comprobado que los trastornos de comportamientos no verbales pueden ocasionar trastornos en la adquisición del lenguaje. "Hora tras hora, el niño practica las sílabas disparatadas de su propio discurso. De esta forma, inevitablemente establece en su cerebro un patrón de ciertos acontecimientos asociados, especialmente el sonido del fonema, las actividades motoras asociadas con su producción, y la inherente energía estética, propioceptiva y cinestética generada por su propio movimiento". (Cf.p. 86).

Respecto a la observación y experimentación con base en el análisis terapéutico, que analizan la relación entre expresiones —tanto corporales como lingüísticas— conscientes, inconscientes y subconscientes, tales trabajos ponen de manifiesto el papel fundamental que desempeña la expresión y la vida corporal en el desarrollo y ejercicio de la capacidad lingüística, Cuatrecasas (1940), ilustra la forma en que los traumas emotivos, sobre todo los que tienen que ver con la vida sexual, influyen en la elaboración de los sistemas ideatorios:

La mujer, al pasar de la pubertad a la madurez del ejercicio sexual, cambia a veces radical y rápidamente sus estructuraciones gramaticales e ideatorias, elaborándolas subconscientemente bajo la influencia de inundaciones hormonales mesocéfálicas, diencefálicas, en las que la huella de una nueva concepción del mundo deja sentirse pasivamente por trasmisión y por convivencia. En el hombre también, el mismo amor sexual, el hambre, la vejez, toda variación neurohumoral intensa, parece abrirle los cauces de un nuevo lenguaje a veces ininteligible para él mismo cuando se sitúa en su estadio pasado. (p. 61).

Beulah Parker (1962), partiendo de su amplia experiencia terapéutica con adolescentes comenta que las palabras son símbolos especiales que penetran primero en la vida psíquica del ser, arraigada y asociada con las partes, los productos y las necesidades del cuerpo. Tales palabras se unen gradualmente a objetos concretos fuera del ser y, más tarde, representan conceptos de objetos más abstractos. A medida que el lenguaje se desarrolla, por medio del uso de símbolos convencionales que son compartidos por otros, las conexiones primarias con la imagen y las funciones del cuerpo se reprimen, mientras que la asociación compartida entre el símbolo de la palabra y el objeto o las ideas simbolizadas permanece conscientes. (Cf. p. 46 y 47).

William T. Rogers (1978), concededor de las teorías en favor de la filogenia del

comportamiento del lenguaje, se pronuncia también a favor de la importancia de la expresión corporal para el desarrollo del lenguaje y para la interacción adecuada entre las diversas culturas:

This vestigial supportive status of gesticulation is very likely biologically predispositioned for speakers to learn within various culturally determined styles. In fact [it has been demonstrated] how the functioning or disruption of cognitive processes within the language hemisphere of the brain can affect the execution of speech related gestures". (p. 55).

El mismo Ruesch (1966), ahora con base en sus trabajos sobre genética y psicoterapia, hace otro aporte significativo: si se acepta que el origen de la psicopatología puede ser de naturaleza genética, de hecho se está aceptando que las tempranas experiencias no verbales [vividas sin embargo plenamente con el cuerpo] determinan el posterior comportamiento comunicativo general, incluyendo el lenguaje. (Cf. p. 210).

Si en la reconstrucción de la historia no es posible señalar con precisión cuándo ni cómo surgió el lenguaje humano ni, por tanto, el origen y la naturaleza de la primera lengua, las investigaciones coinciden en afirmar que la comunicación por medio de la expresión corporal antecede al lenguaje. El desarrollo de las capacidades biológicas y fisiológicas de los primeros seres humanos, durante un larguísimo período de generaciones, fue preparando el terreno de su desarrollo psíquico y mental que con el tiempo haría posible la génesis del lenguaje. Fuerzas instintivas, intrínsecas en las células nerviosas fueron fortaleciendo, de manera similar a como lo muestran los estudios del desarrollo preverbal de los niños, la estructura fisiológica y psíquica del ser humano primitivo; fueron generando la energía estética, propioceptiva y cinética

inherente al movimiento, hasta que toda esa evolución integral culminó en el lenguaje, producto de seres conscientes de sí mismos y de su entorno. El ser humano primitivo y el actual sienten antes de razonar, ambos viven las experiencias primero con el cuerpo: las expresan con movimientos o alteraciones fisiológicas, y después las viven con la mente: se hacen conscientes de la emoción y la expresan con palabras²⁷.

NOTAS

1. Considerando las disciplinas sobre las que se fundamenta la quinésica: fisiognomía, patognomía y simbología, la expresión corporal incluye relaciones entre el carácter y la forma del cuerpo: Así, unos ojos muy abiertos, una espalda encorvada o una frente despejada, son signos de expresión corporal.

2. Las obras básicas que contienen esta exposición son *Introduction to Kinesics* (1952) y *Kinesics and Context. Essays on Body-Motion Communication* (1970). Para este trabajo se consultó *El lenguaje de la expresión corporal* (1979) que resulta ser la traducción de la serie de ensayos que contiene la obra de 1970.

3. Según Birdwhistell (1979), hay tantos canales como modalidades sensoriales existen. Así se podría decir que el olfato y el gusto, por ejemplo, son otros canales de comunicación. (Cf. p. 68).

4. Sabemos que el feto se mueve libre e independientemente en la matriz desde las primeras semanas de existencia, estimulado, tanto por los movimientos de la madre, como por los acontecimientos del exterior. El primer recién nacido sobre la tierra, independientemente del "nido" en que se haya creado y de las condiciones que lo hayan rodeado, difícilmente pudo haber estado privado de movimiento.

5. Según Bloomfield (*Lenguaje*, [s.a.]), la lengua egipcia —conservada en inscripciones jeroglíficas que datan aproximadamente del año 4000 A.C.— es la más antigua de la que se tiene noticia (Cf. p. 77).

6. *Non-verbal communication* <Comunicación no verbal> es una denominación no admitida en la terminología ordenada y precisa de los estudios actualizados sobre quinésica. Sin embargo, es ampliamente utilizada por otros investigadores para referirse a la expresión corporal.

7. La *caracterología*, (1972), de Guy Palmade, muestra la trayectoria y los distintos criterios con que científicos de muy diversas épocas y nacionalidades han abordado las relaciones entre el cuerpo y la energía que anima a éste.

8. Científico alemán (1741-1801), quien además de haberse dedicado a la filosofía, poesía, oratoria y teología protestante, realizó aportes significativos a los estudios del carácter.

9. Con estos antecedentes (Guy Palmade, 1972), la medicina antigua elaboró la primera teoría sobre la clasificación de los temperamentos humanos, según la cual había cuatro tipos: nerviosos, sanguíneos, biliosos y linfáticos. Las clasificaciones posteriores han evolucionado con los avances de la medicina y ciencias auxiliares. Una de las más actuales, del propio Palmade, se ha elaborado con criterios psicoanalíticos, y propone ocho tipos: nerviosos, sentimentales, coléricos, apasionados, sanguíneos, flemáticos, amorfos y apáticos. (Cf. pp. 23, 24, 112 y 113).

10. Birdwhistel (Ibid) menciona que las investigaciones sobre lingüística descriptiva de Leonard Bloomfield, Edward Sapir y Ferdinand de Saussure, al demostrar de manera concluyente la naturaleza sistemática, aprendida y pautada del proceso lingüístico, han tenido una influencia predominante en el desarrollo de la quinésica. Los datos y modelos que le han proporcionado estos antropólogos lingüistas han sido los únicos que han logrado conmover sus ideas previas (Cf. p. 32).

11. Cinesia se trata, por lo tanto, de una variante de quinésica, como lo son: cinética, kinética, kinesis y kinesis, términos empleados indistintamente por los investigadores de la expresión corporal.

12. La proxemia y la paraquinésica son campos de estudio tan amplios como el de la quinésica, y los conocemos menos que a ésta. Sin embargo, como ya lo hemos mencionado, hacemos referencia a ellos en la medida en que en ciertos contextos y funciones resultan inseparables de la quinésica.

13. Birdwhistell ha realizado la mayor parte de sus investigaciones quinésicas en culturas norteamericanas. Sin embargo, cuenta con algunas en grupos de México y Canadá (Ibid. p. 214). Y otros investigadores de la expresión corporal, aún cuando no se nombren precisamente quinesiólogos, han llevado a cabo estudios recientes y amplios en un buen número de países europeos (Desmond Morris, 1979) y en América Latina (Giovanni Meo-Zilio y Silvia Mejía, 1980), lo cual puede disminuir el consiguiente etnocentrismo de las observaciones.

14. Cf. Birdwhistell (1979), Cap. III. Aproximación al comportamiento, pp. 85-127.

15. La red de localidades va de Noruega y Suecia en el Norte, de Túnez e Islas Canarias en el Sur, de Irlanda y Portugal en el Oeste, y de Grecia y Turquía, en el Este, así como algunos lugares de las zonas lingüísticas más amplias: cinco de habla

inglesa, cinco de francesa, cuatro de española, tres de alemana y diez de italiana (Ibid, p. xix).

16. La Proposición 22, presentada en el Primer Congreso Internacional de Lingüistas en La Haya, fue redactada por Roman Jakobson y contrafirmada por S. Karcevskij y N. S. Troubetzkoy.

17. Los hindúes (Bloomfield, Lenguaje, [s.a.]) emplearon los dialectos védico y sánscrito desde aproximadamente 1,200 a. C.; los griegos, los dialectos ático, jónico, dórico y eolio desde aproximadamente 800 a. C.; y los romanos, el antiguo latín, desde aproximadamente 300 a.C. (Cf. pp. 71-73, 74, 77, 79 y 80). Los egipcios (Hjemslev, 1971) y los hititas han dejado muestra de su escritura cuneiforme en jeroglíficos ininteligibles, desde 4,000 y 1,400 a. C. respectivamente. (Cf. pp. 92-93, 97).

18. Los cuales continúan la orientación lingüística de Descartes, Schlegel y W. Von Humboldt.

19. Pertenecientes a la rama de los driopitécidos, de la cual descienden el hombre y los grandes antropoides. (Ibid. p. 14).

20. Integrados por los australopitécidos, de los cuales se separó la rama del homo habilis que tenía ya una postura erguida. (Ibid. p. 17).

21. A ella perteneció la especie del homo erectus. (Ibid. p. 19).

22. Ambas teorías coinciden en proponer que el lenguaje humano tuvo su origen en la imitación que el hombre hizo de los ruidos de la naturaleza o gritos de los animales, es decir que el hombre se comunicó primitivamente con gritos, gruñidos y gestos. (Ibid. p. 31-33).

23. Otro buen ejemplo es el de los comerciantes de la India, quienes (Rousseau, Ibid.) "dándose la mano y modificando sus atuendos de un modo que nadie puede advertir, tratan en público, pero en secreto, todos sus asuntos sin decir una palabra". (p. 15)

24. En los que diversas técnicas terapéuticas ha desempeñado un papel muy importante por el manejo tan particular del lenguaje y la expresión corporal que en ellas se hace.

25. En sus obras: La función del orgasmo. El descubrimiento del orgón. Problemas económico-sexuales de la energía biológica (1974) y Análisis del carácter (1975).

26. De acuerdo con López (1982), aparte de las biológicas y antropológicas, existen otras que sostienen orígenes distintos: la teológica, la evolucionista, la filosófica y la lingüística. Mencionamos sólo las que interesan para este trabajo: la evolucionista plantea que el hombre desarrolló la habilidad de comunicarse oralmente y por escrito

al mismo tiempo que desarrolló sus demás capacidades físicas y mentales, es decir que adquirió el lenguaje después de cierto tiempo. La lingüística reconoce que hasta ahora no hay ninguna prueba que demuestre el origen del lenguaje, pues los datos lingüísticos más antiguos que se conocen corresponden aproximadamente al año 4,000 a. C., mientras que las noticias sobre la existencia humana se remontan a 300 mil años atrás. (Cf. pp. 28-36)

27. Estudios neurológicos actuales demuestran que la experiencia de las emociones involucra la totalidad del organismo, incluso cerebro y vísceras (Whitaker, 1983, p. 215). Por lo que se refiere al manejo del lenguaje, la teoría de la bilateralidad del cerebro (M. Jacobson, 1975, p.112) expone que a partir de la adolescencia las funciones de éste se restringen al hemisferio izquierdo.

SEGUNDA PARTE

SOBRE EL LENGUAJE Y LA LENGUA

Generalidades acerca del círculo de la comunicación humana desde el punto de vista lingüístico.

La capacidad humana para desarrollar el lenguaje se pone de manifiesto en la capacidad para comunicar con una lengua, y ello supone un proceso en el que los participantes intercambian mensajes por medio del canal lingüístico. Sin embargo, en términos generales, el empleo del canal lingüístico implica el de la expresión corporal. El proceso de la comunicación humana superpone dos o más canales, cuyos elementos incluyen (Albert Scheflen con Alice Scheflen, 1972) "todos aquellos procederes que fomentan, regulan, mantienen y hacen posible el orden comunal o social" (p. 25). De esta suerte, quienes participan en el proceso de la comunicación emplean simultáneamente diversos canales y procederes¹; sus mensajes tienen la finalidad no sólo de comunicar, también conllevan la finalidad —explícita o implícita— de informar, instruir, controlar y dominar, de acuerdo con lineamientos e intereses individuales y de grupo social. Sin embargo, como lo que interesa analizar en esta segunda parte del trabajo es la comunicación desde el punto de vista lingüístico y, en particular, el circuito del habla, nos ocuparemos del canal oral, de los elementos que intervienen en él, de las características de los contextos en los que ocurre y de las funciones que desempeña.

El esquema clásico de la teoría de la comunicación, propuesto por Jakobson², señala que los elementos básicos que intervienen en algunos modos de comunicar son los seis siguientes: 1) emisor (quien transmite el mensaje), 2) referente (el objeto o la cosa de que se habla), 3) código (el sistema de signos que se emplea), 4) medio (el circuito de transmisión), 5) mensaje (lo que se dice), y 6) receptor (quien recibe el mensaje). El ejercicio de la capacidad del lenguaje, vía el código de una lengua —cuando se elige el canal oral— da lugar a que se establezca el circuito del habla, es decir, a que se utilice de manera individual un código o sistema lingüístico para expresar pensamientos únicos y personales. El modelo del circuito del habla propuesto por Saussure (1916), y que se ajusta al esquema clásico, requiere mínimamente la participación de dos personas, quienes interactúan más o menos como sigue: en el cerebro de la persona que habla (emisor) se da primero un fenómeno psíquico. Este fenómeno consiste en asociar conceptos con representaciones de signos lingüísticos o imágenes acústicas correspondientes. Luego, en el mismo cerebro del emisor, se da el fenómeno fisiológico, que consiste en transmitir a los órganos de la fonación un impulso correlativo a la imagen. En tercer lugar, las ondas sonoras se propagan de la boca del emisor al oído de la persona que escucha (receptor) mediante un fenómeno físico. En el emisor se dan los fenómenos mencionados, sólo que en orden inverso: primero el físico, al captar su oído los sonidos; luego, el fisiológico, cuando su oído transmite al cerebro la imagen acústica; y después, el psíquico, cuando asocia la imagen con el concepto.

Si el receptor responde lingüísticamente, él se transforma en emisor y repite las mismas fases del circuito. (Cf. p. 38).

El circuito del habla, comparado no sólo con otros circuitos cuyo código es también lingüístico —como el de la escritura— sino comparado con otros canales que emplean códigos distintos —como el de la expresión corporal—, presenta dimensiones o características que le confieren un lugar definido en el amplio proceso de la comunicación. Es el canal (Blake y Haroldson, 1975) que más favorece la retroalimentación comunicativa, toda vez que permite que el receptor responda inmediata y plenamente al emisor, sobre todo, cuando el circuito se establece cara a cara. Es el canal que propicia un mayor compromiso entre el emisor y el receptor por el esfuerzo que exige a todos los sentidos de estos para que expresen y comprendan lo que piensan, sienten y perciben, tanto de sí mismos como del otro. El circuito del habla es un canal de comunicación altamente disponible, dado que no requiere de ningún accesorio externo la frecuencia y el grado con que puede emplearse es casi ilimitado. (Cf. p. 14-15). Por último, toda vez que sólo en casos de extrema limitación física o emocional la expresión lingüística se presenta aislada, ésta complementa significativamente la expresión por medio de otros canales, sobre todo el del movimiento.

La lengua, entendida como sistema de signos que permite expresar ideas, sentimientos y emociones, requiere el conocimiento y cumplimiento del código correspondiente, pero también, y esto es tan importante como lo primero, de su inserción en un contexto. Los signos lingüísticos adquieren significación sólo en

virtud de sus relaciones mutuamente solidarias. Y estas relaciones constituyen —en un primer nivel— la doble articulación del lenguaje³ y —en un segundo— los contextos. Raúl Avila (1977), señala que las palabras —signos lingüísticos— habladas o escritas se entienden según su colocación entre otros elementos, "el contexto es el marco de referencia con respecto al cual los signos adquieren un significado determinado" (Cf. p. 27). Y la lengua (Ibid) considera cuatro contextos específicos: el semántico, el situacional, el físico y el cultural. En esta segunda parte de la investigación nos ocupamos con mayor detalle del contexto semántico porque éste es considerado significativamente también en la expresión corporal, mientras que el situacional y el físico son propios de la lengua, y el contexto cultural lo abordamos a cada momento en este trabajo. Iniciamos con el contexto semántico.

De acuerdo con la propuesta de Saussure (1916), el análisis del código o sistema lingüístico corresponde a la semiología, toda vez que ésta se concibe como una ciencia general que estudia la vida de los signos en el seno de la vida social. (Cf. pp. 42 y 43). Y la semiología tiene estrechas y profundas implicaciones con la semiótica y con el estructuralismo. A partir de las propuestas del Círculo de Praga, (Terry Eagleton, 1983), el término estructuralismo llega a fundirse con el término semiótica:

'Semiótica' o 'semiología' significa estudio sistemático de los signos, [...]. El término "estructuralismo" se refiere a un método de investigación que puede aplicarse a toda una gama de objetos, desde partidos de fútbol hasta sistemas de producción en el terreno económico; "semiótica" se aplica más bien a un campo particular de estudio, el de los sistemas que en cierta forma ordinariamente se considerarían signos: poemas, cantos de pájaro, señales

de semáforos, síntomas médicos, etc. Pero ambos términos se traslapan, pues el estructuralismo estudia algo que quizá generalmente no puede ser considerado como un sistema de signos —por ejemplo, las relaciones de parentesco en las sociedades tribales—, mientras que la semiótica comúnmente aplica métodos estructuralistas. (p. 125).

Ahora bien, al admitir que la lengua es un sistema de signos que representan ideas —y no signos que representan cosas (Auzias, 1970)— se admite que la lengua "desarrolla dentro de sí misma su propia semiología: la semántica". (p. 57). Este vocablo proviene del griego *semaíno*, significar que, a su vez, proviene del sema signo; y aplicado a la lengua se refiere al sentido, acepción o valor de las palabras con referencia al sentido, acepción o valor de otras que le anteceden y preceden. El lingüista francés Michel Bréal (Guiraud, 1960), emplea el término *semántica* para referirse a la ciencia de los significados y a las leyes que rigen la transformación de los sentidos. Puede aplicarse, por lo tanto, a todos los demás signos en el seno de la vida social mediante los cuales se transmiten mensajes y se establece comunicación. Así, se habla, por ejemplo, del valor semántico del gesto, del grito, o de la función semántica de los colores del blasón o de los gallardetes de la marina. "Es semántico todo lo que refiere al sentido de un signo de comunicación, particularmente las palabras"⁴ (Cf. p. 9-11).

El objeto de estudio de la semántica: valor y sentido de los signos, y su aplicación en el campo de la lengua y de la psicología, plantean, en el área de la comunicación humana, por una parte, las sutiles y complejas cuestiones de los procesos psíquicos que asocian significantes con significados, imágenes con imágenes, y estímulos con estímulos; y, por la otra, ofrecen explicación de estas rela-

ciones de asociación. Los estudios semánticos permiten afirmar que cualquier tipo de significación es el proceso que asocia un objeto, un ser, una noción o un acontecimiento con un signo susceptible de evocarlos. Por ejemplo, en el plano de la lengua la palabra caballo significa el animal que conocemos como tal porque evoca el concepto de animal y lo asocia con la imagen acústica. Y en el plano de la expresión corporal, el ceño fruncido puede significar perplejidad porque es un gesto que evoca la imagen de otro ceño fruncido ya visto, y a la vez, evoca las imágenes, circunstancias o actitudes —en las que predomina la perplejidad— asociadas con ese gesto.

El contexto situacional (Avila, 1977), se refiere a la significación que adquieren ciertas palabras de acuerdo con la situación en el espacio, tiempo y diálogo de quienes participan en el proceso comunicativo. Así, el significado de términos de la categoría de los adverbios, tales como hoy, ayer, mañana, aquí, cerca, lejos, etc., y de la categoría de los pronombres, tales como éste, ése, aquél, yo, tú, él, etc., depende de la situación singular de quien habla en el espacio, tiempo y diálogo de ese momento. (Cf. pp. 30-32). En la frase mañana es mi cumpleaños, el mañana tiene validez porque se dice hoy, si se dice al día siguiente ya no será verdad. Su sentido no depende del contexto semántico, sino del situacional en el tiempo, y el tiempo es el hoy. En te quiero a tí, el tí tiene sentido si se le dice a alguien en particular, de lo contrario no alude a nadie; puede cambiarse por él o ella si el hablante cambia de situación. Puede decir, refiriéndose a la misma persona: lo quiero a él o la quiero a ella. Aquí tampoco interviene el contexto semántico, sino el situacional

en el diálogo. Una persona puede ser yo, tú, él, según el papel que desempeñe en la conversación.

El contexto físico (Avila, *Ibid*) tiene una gran aplicación en la lengua escrita, aunque se emplea también en la lengua hablada. Se refiere a las palabras o mensajes que se pronuncian en lugares específicos y que tienen significación precisamente por el mundo físico que los rodea (p. 33). Así, términos tales como peligro, información, silencio; y construcciones del estilo sala de operaciones, toque antes de entrar, hombres trabajando, dicen algo sólo donde se escriben y donde se pronuncian, y sólo para quienes las toman en cuenta o para quienes van dirigidas. Las oficinas de gobierno de algunos países occidentales que ofrecen servicio al público son un buen ejemplo de mensajes orales cuya validez depende del contexto físico. Es común que en estas oficinas los servidores públicos asignen a los usuarios un número o contraseña que les indique el turno en que tales usuarios serán atendidos. Tales números o contraseñas se pronuncian en voz alta o en altavoces en el orden correspondiente. De esta forma, el usuario a quien le haya sido asignado, en un caso como éste, por ejemplo el número "6", se sentirá aludido (sabrán que se dirigen a él), cuando escuche: ¡Seis!, ¡Número seis! o cualquier otra variante. El contexto físico confiere significado a este mensaje sólo en ese lugar, en ese momento y para esa persona. El mensaje no tiene sentido, aplicación ni significado para ninguna otra persona, aun cuando ésta lo escuche y comprenda que es un número.

Hemos dicho que la participación en el proceso de la comunicación no tiene sólo la finalidad de comunicar, aun cuando éste sea el objetivo básico. El empleo del canal lingüístico, según Guiraud (1985) y Avila (1977), cumple diversas funciones. Desde el momento en que la lengua hablada permite emitir juicios y expresarlos, concede a los hablantes la oportunidad de referirse a personas u objetos del exterior, de decir cosas de ellos, de proporcionar datos o información sobre la forma en que éstos se comportan. Cuando estas referencias al mundo exterior son objetivas, observables y verificables, la lengua cumple una función referencial. A través de ella es que existe, por ejemplo, la información científica, técnica y didáctica, pues ésta tiene como base la experimentación y la observación; se formula con base en el estudio, en la experiencia y en la verdad. Guiraud (Ibid), menciona que esta función es el objeto de la lógica y de diversas ciencias como la matemática, química y física, cuyos códigos tienen como tarea esencial "evitar toda confusión entre el signo y la cosa, entre el mensaje y la realidad codificada" (p. 12). Un ejemplo de función referencial sería decir: Así como no se puede afirmar que haya alguna palabra que transporte un significado único a todo lo largo y ancho del mundo, tampoco se puede afirmar que haya gestos o mímicas que tengan una significación única. Unos y otros signos son convencionales y para comprenderlos es necesario reducir su construcción a componentes estructurales⁵. En el terreno de la expresión corporal, los gestos ilustradores, cuyo objeto es evitar toda confusión entre el signo y la cosa, son muestras de la función referencial⁶.

La lengua también permite expresar emociones y sentimientos respecto a otros, actitudes frente a las cosas y los hechos. Además de la información objetiva sobre el mundo circundante, las personas también emiten juicios que no tienen relación necesaria con las características verificables y observables de lo que hablan, pero sí la tienen con las actitudes que establece el hablante ante aquello de lo cual habla. La lengua cumple una función emotiva cuando se emplea para dar este tipo de información afectiva y subjetiva. Un ejemplo de esta función sería decir: Le estoy muy agradecida al presidente actual del país. Le tengo simpatía, aunque la gente diga que sus actos contradicen sus palabras. La expresión corporal que cumple una función emotiva es aquella que entra en la categoría de las manifestaciones de afecto, con todas las reservas que impone la cultura y la sociedad.⁷

Muy relacionada con esta función de la lengua está la función sintomática (Avila, *Ibid*), la cual, a través de síntomas lingüísticos, permite manifestar de manera muy espontánea —y casi inconsciente— características emocionales, sociales y culturales de los hablantes. Tal es el caso de los diálogos mediante los cuales se aprecian el empleo de voces o expresiones idiomáticas regionales o extranjeras, el nivel de preparación académica, la posición social y el estado de ánimo de los hablantes sin que ellos tengan intención de manifestarlo. Expresiones tales como "¡Quién da hijo! ¿Quíai?", "Eureka" y "Pero, chico, é que no pasó la guagua", desde el momento que por sí solas nos dan información del status, estado de ánimo y país de origen, respectivamente, de quienes las emplean (sin que tengamos que verlos siquiera, y sin que explícitamente nos digan a qué se dedican o

dónde viven), son ejemplos de la función sintomática de la lengua. (Cf. pp. 60 y 61). Las posiciones o posturas reguladoras de una conversación, así como algunas manifestaciones de afecto son ejemplos de la función sintomática quinésica. Tal es el caso del gesto que consiste en tomarse la cabeza entre el pulgar y el índice, con variantes como el índice sobre la sien, sobre la aleta de la nariz o sobre el borde de la comisura de los labios; todos ellos signos de reflexión profunda y observables sólo en quienes tienen el hábito de reflexionar, evaluar y razonar⁸.

Por medio del canal oral el emisor y el receptor condicionan mutuamente su comunicación, expresan cómo desean que el otro reaccione ante el mensaje, qué desean obtener de él o cómo esperan que se comporte. Y esto es posible gracias a la función connotativa, conminativa —o apelativa, como la llama Avila —(Ibid)— de la lengua. Guiraud (Ibid) comenta que la reacción depende de que el mensaje se dirija a la inteligencia o a la afectividad del receptor, y que la función tiene una aplicación práctica notable en ambos casos. Se cumple la función, dirigida a la inteligencia, cuando se dan instrucciones o se dictan órdenes, ya sea en la familia, la escuela o el trabajo. Se cumple la función, dirigida a la afectividad, cuando se establecen normas sociales, de etiqueta o de supuesta estética, que conminan al receptor a comportarse de cierta manera para ser aceptado en determinados círculos. Por medio de esta función de la lengua se condiciona a los receptores a que actúen de manera específica. (Cf. p. 13). La expresión corporal, auxiliada del uso de accesorios, desempeña amplia y eficientemente esta función, tanto dirigida a la inteligencia, como a la afectividad de las personas.

Cuando la lengua se emplea como expresión literaria, se dice que el referente o la cosa de que se habla, deja de serlo y se convierte en su objeto, es decir que la expresión literaria crea mensajes-objetos con significación propia. En este caso, la función que cumple la lengua es estética o poética. La poesía es un ejemplo de ella. En el terreno de la expresión corporal, el movimiento cumple también la función estética. Artes como la danza y el ballet son los mejores ejemplos.

La lengua cumple una función más: la fática, cuando lo que se dice tiene el objetivo de mantener el contacto, de continuar la comunicación entre los participantes en ella. A través de esta función, emisor y receptor se aseguran de que el canal oral continúa abierto, de que los mensajes son recibidos y comprendidos de uno y otro lado. El canal lingüístico emplea exhaustivamente esta función cuando el medio es el teléfono o la radio; dado que el emisor no ve a su receptor y viceversa, ambos requieren preguntar si están siendo escuchados, comprendidos; requieren asegurar la retroalimentación. Cuando el circuito del habla (Guiraud, *Ibid*) se establece cara a cara, la función tiene una gran aplicación en la práctica de ritos y ceremonias, "donde el contenido de la comunicación tiene menos importancia que el hecho de asegurar o mantener el contacto" (Cf. p. 15). Durante el ritual amoroso, por ejemplo, la función fática se emplea al máximo pues el intercambio de mensajes orales tiene la finalidad de mantener y reafirmar el contacto y la presencia del otro. Algo similar ocurre en la celebración de ceremonias (religiosas, cívicas, etc.) donde los mensajes de emisores y receptores tienen la finalidad de continuar y llevar a buen término la ceremonia, pero también de conservar tradiciones y man-

tener instituciones. La expresión corporal desempeña aquí un papel importante. Tanto en el ritual amoroso como en el ceremonial los participantes realizan una gran cantidad de movimientos por medio de los variados recursos de que dispone la expresión corporal, no sólo la kinésica, sino también la proxémica y la paraquinésica. Así, quienes hablan y escuchan también realizan a intervalos una serie de gestos y mímicas con la cabeza, los músculos de la cara, el cuello, el tronco, los hombros, los brazos, las manos, la cadera, las piernas y los pies (todo lo cual se encarga de registrarla la kinésica). Quienes hablan y escuchan, además, orientan sus cuerpos y miden sus distancias en el espacio en el que se mueven, como una forma de enmarcar su interacción (de cuyo estudio se ocupa la proxemia); y todavía más, los interlocutores confieren a su expresión lingüística determinados ritmos y acentos acompañados de risas, suspiros, llanto, bostezos, etc. (elementos que analiza la paraquinésica).

Una última función, la metalingüística, es la que se emplea para aclarar, a través de la propia lengua, el significado de los signos que no son comprendidos en alguno de sus contextos. El canal lingüístico la emplea en todos los medios de los que dispone: la radio, la prensa, la televisión, la computación, incluso la literatura, pues no obstante el manejo adecuado del código, la inserción en el contexto correspondiente y la elección del medio más idóneo, el significado de algunos signos requiere aclaración. La expresión corporal cumple también una función metalingüística. Algunas veces, una primera expresión corporal puede no ser comprendida y requerir un segundo movimiento de la misma categoría pero más firme o, bien, un

gesto diferente que aclare la naturaleza del primero. Por ejemplo, una mirada puede solicitar o exigir la permanencia cercana de aquél a quien va dirigida, pero si el receptor intenta alejarse a pesar de dicha mirada, el emisor de la petición puede recurrir a una mirada más expresiva o a sujetar con la mano al otro. Y el empleo de una mano puede extenderse al de las dos e, incluso, a sujetar con todo el cuerpo.

Luis Cencillo, (1973) ha dicho que el ser humano es un animal hermenéutico; es decir, que a diferencia del animal zoológico, el hombre interpreta palabras, acciones y situaciones. El comentario, después de haber referido los elementos, contextos y funciones del canal lingüístico, nos parece valioso y acertado. Este carácter hermenéutico del hombre se debe en gran medida a su capacidad para desarrollarse lingüísticamente, a su capacidad para adquirir una lengua y comunicarse con ella. El hecho de que el hombre tenga el poder de nombrar los objetos del universo y poseer, de este modo, ese universo, implica que este mismo hombre tenga que interpretar todo lo que lo rodea, es decir, que tenga que conferir significados a los elementos de su mundo, de acuerdo con su experiencia individual y social, de acuerdo con el manejo de códigos, canales, elementos, contextos y funciones de su lengua, y que, por tanto, encuentre en ese mundo estratos de comunicación tan numerosos y densos que, muchas veces, escapan a su propia conciencia. Como animal hermenéutico, el ser humano tiene la tarea constante de vivir una versión polifocal de las realidades, de vivir ineludiblemente entre perspectivas diversas, de percibir simultáneamente el haz y el envés, la izquierda y la derecha, lo manifiesto y lo oculto de todas las cosas. (Cf. pp. 13-21). A este carácter herme-

néutico propio del ser humano se debe que su expresión —tanto lingüística como corporal— sea tan intensamente ambivalente. Es esto lo que confiere complejidad al proceso de la comunicación. La palabra, el gesto, la mímica, la postura y la voz del sujeto que se comunica, expresan —ya sea consciente o inconscientemente— significados tan diversos que a veces él mismo ignora⁹ (Cf. p. 302). Sin embargo, la capacidad lingüística del ser humano no podría desarrollarse de otra forma. Es así como se da y justamente por ello el lenguaje constituye la base dinámica desde la cual el hombre existe como humano; es así como cumple la función de canalizar y dar sentido totalizador a la información, expresión y acción del hombre. (Cf. p. 250).

Interacción entre una cultura y una lengua

El lenguaje es el hecho cultural por excelencia. La lengua, toda vez que ocupa el primer lugar entre los hechos del lenguaje —por ser la manifestación concreta de éste— es un elemento vital de la trama de la cultura. Hemos dicho que la cultura es creación, es herencia y es forma de ser. La lengua, entonces, como componente de este entramado cultural, es también creación, herencia y forma de ser del hombre. El desarrollo y el crecimiento tanto material como espiritual de los grupos humanos ha sido posible, en mucho, a partir de la constitución de las lenguas, por todo lo que ello ha incorporado a la interacción social, al proceso de la comunicación y a la trama de la cultura.

Refiriéndonos en términos generales al todo indisoluble que constituye la sociedad, el proceso comunicativo y la cultura, podemos decir que la convivencia y la interacción de los grupos humanos más primitivos y reducidos floreció al amparo de una lengua —aun cuando ésta haya sido distinta en cada una de esos grupos. Esta lengua permitió la comunicación de las ideas más elementales acerca del entorno y del hombre mismo. Las primeras lenguas fueron los vehículos a través de los cuales los humanos se comunicaron sentimientos y emociones, se transmitieron conocimientos y se plantearon los primeros enigmas; ellas les sirvieron para agruparse y protegerse, para negociar y expandirse, pero también para conocerse mutuamente y filosofar; viajaron, se diversificaron y se extendieron por todas partes donde haya habido manifestación de vida humana, por todas partes donde el hombre haya tenido conciencia de serlo y haya deseado comunicarlo a otro.

Refiriéndonos particularmente a la cuestión social, podemos afirmar que la lengua es un hecho social; y lo social pertenece a la sociedad. Entendemos por sociedad (Nicola Abbagnano, 1974) "El campo de las relaciones intersubjetivas, o sea, el campo de las relaciones humanas de comunicación —establecidas sobre ciertas estructuras o condiciones—, así como la totalidad de los individuos entre quienes existen estas relaciones" (Cf. p. 1087). Resulta difícil, entonces, imaginar la existencia y el desarrollo de una sociedad sin algún tipo de lengua. Aun cuando se desconoce el momento en que la primera lengua humana quedó constituida como tal y se incorporó al gran proceso de la comunicación, y aun cuando hay una considerable distancia entre los datos existentes sobre la aparición del *homo erectus*

tus —treientos mil años a. C.— y los datos de la lengua egipcia, la más antigua que se conoce —cuatro mil a. C.— resulta difícil imaginar la convivencia humana ¿durante doscientos noventa y seis mil años aproximadamente? sin la comunicación a través del ejercicio lingüístico. Por una parte, contamos con opiniones como la de la socióloga Schlieben-Lange (1958), quien considera que no cabe imaginarse ninguna sociedad sin una lengua y sin actuación común; que tampoco podemos suponer que haya existido primero la lengua y luego la sociedad. "Sólo puede existir sociedad gracias a la interacción, es decir, a la actuación común y a la comunicación, y exactamente a la inversa: la lengua está encauzada de modo esencialmente social y dentro de unos contextos de actuación comunes" (p. 12). Pero, por la otra, contamos con evidencias irrefutables: no tenemos información objetiva ni científica sobre los modos de comunicación lingüística que empleó la especie humana durante todos esos miles de años anteriores al surgimiento de la primera lengua. Si bien es cierto que cabe la posibilidad de que hayan existido lenguas anteriores a la egipcia y que el ser humano no haya sido capaz hasta ahora de descubrir sus vestigios —pero que pueda hacerlo en el futuro—¹⁰, también es cierto que hoy contamos sólo con una hipótesis respecto a la naturaleza de las primeras lenguas. Y nuestra hipótesis comparte aspectos de las teorías evolucionista y lingüística recién mencionadas: los primeros seres humanos desde que aparecieron sobre la tierra han venido desarrollando capacidades a lo largo de su existencia. El desarrollo de estas capacidades ha involucrado todos los aspectos del hombre: físico, psíquico e intelectual. Los cambios han ido ocurriendo según los

han ido dictando las necesidades vitales de las distintas generaciones. Los instrumentos técnicos, científicos, tecnológicos y de comunicación se han ido introduciendo en la vida humana según los han ido señalando las características de los diversos grupos sociales, a veces unos en sustitución de otros, pero casi siempre —al menos en principio—coexistiendo y complementándose unos con otros. Las lenguas, como parte de este desarrollo humano, deben de haberse construido tan pronto como lo haya permitido el ritmo de vida primitiva, como un instrumento necesario para aumentar la eficiencia del proceso de comunicación más rudimentario, el cual —independientemente de la forma en que hubiera venido ocurriendo— implicaba ya la expresión corporal.

Los estudios comparativos e interdisciplinarios sobre la sociología y la lingüística subrayan la interacción e interdependencia entre las sociedades y las lenguas, sus probables desarrollos paralelos y el soporte mutuo que se brindan. Schlieben-Lange (ibid) considera que estas ciencias están sostenidas sobre estructuras o sistemas semejantes: la primera, sobre la sociedad; la segunda, sobre la lengua. De esta forma resulta que ambas van estrechamente entrelazadas, están colocadas en el mismo plano analítico de los sistemas e instituciones y se condicionan de manera recíproca. (Cf. p.15). Siguiendo las reflexiones de Schlieben-Lange (ibid), la lengua, por el hecho de ser considerada herencia humana y hecho social, podría ser tomada consiguientemente como algo que se impone al hombre desde el primer momento de su existencia, como una obligación cuyo incumplimiento merece sanción. Sin embargo, partiendo del postulado de que el lenguaje —del cual

la lengua es manifestación concreta— es base y expresión primaria de lo social, del deseo del hombre del-estar-con el hombre, la lengua no es obligatoria como coacción, sino como obligación libremente aceptada. Toda vez que actúa en el campo de las relaciones humanas de comunicación, la lengua es también expresión de intersubjetividad, en el sentido de lo comunitario-contemporáneo que es también social. (Cf. p. 13).

Un comentario más sobre el aspecto social de la lengua. Se supone que los seres humanos, en sus primeras interrelaciones sociales y en su participación en el incipiente proceso de la comunicación, no tenían conciencia de ser entes sociales sino que fueron adquiriendo ésta de manera gradual hasta que la asumieron con plenitud. La alusión a la conciencia¹¹, tratándose de la lengua, remite a la reflexión (Schlieben-Lange, *Ibid*) que Hegel ha hecho respecto a estos dos elementos: "La conciencia existe a medida que se exterioriza en la lengua, a medida en que se comunica a y existe para otros". Marx complementa la reflexión cuando dice que "La lengua es tan antigua como la conciencia [...] y [...] surge de la misma necesidad de contacto con otros seres humanos (Cf. p. 13). Y esto nos lleva a retomar la idea ya mencionada de Auzias, que confirma tan acertadamente la relación entre estos dos elementos: "la lengua no es un discurso sobre el pensamiento, [...] es el discurso mismo de la estructura porque pone en relación los elementos simbólicos de la conciencia"¹². La relación de estos elementos, según el significado filosófico del término conciencia, implica, desde nuestro punto de vista, dos niveles de simbolización: uno que consiste en el proceso creativo a través del cual el ser humano

representa la realidad, es decir, comprende símbolos lingüísticos como entidades significativas y otro, el proceso de relación esencial que el individuo establece con su ser interior por medio del cual se conoce y se juzga.

Nos ocupamos ahora de los aspectos comunicativo y cultural de la lengua. Smith (1966) ha dicho que lo que diferencia a la gente es la forma en que se comunica "*and the way people communicate is the way they live. It is their culture [...]. When the elements of communication differ or change, the elements of culture differ or change. Communication and culture are inseparable*" (p. 1). Con base en lo que hemos expuesto hasta aquí, sabemos que el desarrollo de las lenguas ha ampliado cuantitativa y cualitativamente el proceso de la comunicación humana. Sí, pero ¿cómo?. Y ¿de qué manera ha influido esta ampliación en la cultura?, ¿cómo ha interactuado la comunicación y la cultura?, ¿cómo es que el ser humano al lograr comunicarse con una lengua ha enriquecido su expresión corporal?¹³. Situémonos en los tiempos de las lenguas primitivas. Cada una de las etapas del largo proceso evolutivo de la primeras lenguas, a la vez que fue ampliando la herencia lingüística fue modificando también las costumbres y las creencias que constituyen la herencia social y que determinan la forma de vida. El incremento y la variedad de expresiones lingüísticas o llamadas primitivas, a lo largo de los milenios, al mismo tiempo que permitió exponer los innumerables matices de los sentimientos y las emociones humanas, fue ahorrando esfuerzos, acortando distancias físicas y emocionales, y estimulando el ingenio creativo. Los hombres que ya disponían de una expresión lingüística para comunicar el hallazgo de comida, sin duda dejaron de

realizar una serie de movimientos corporales y de ruidos con instrumentos externos, y seguramente también dejaron de recorrer distancias que antes eran necesarias. Con ello no sólo dispusieron de mayor tiempo y energía para dedicarlos a otras actividades, sino que —como los artistas que a medida que se ejercitan se perfeccionan— fueron ensayando y combinando cada vez más y más llamadas. La fase de desarrollo lingüístico posterior que permitió nombrar personas, animales y objetos particulares tuvo que haber coincidido con el avance cultural que dio como resultado la elaboración de instrumentos de trabajo, utensilios y formas de vida más complejas. Paralelamente a la elaboración de un mazo, una flecha o una trampa de caza, surgió la necesidad de nombrarlos. Junto con la conquista de la naturaleza —por ejemplo, la canalización de corrientes de agua— y el aprovechamiento y control de las potencialidades humanas —como por ejemplo, el perfeccionamiento de los métodos de caza y de recolección— el ser humano se vio impulsado a identificar los elementos y fenómenos naturales: ríos, frutos, especies animales, chozas. El trabajo en grupo, los momentos de descanso, la forma de vivir y de morir, así como las relaciones peculiares que los grupos humanos establecieron entre sus formas de pensamiento y sus formas de sentimiento —incluyendo la forma de percibir su cuerpo físico— dieron lugar a ceremonias y rituales en los que la palabra empezó a cargarse de significados, a considerarse mágica o sagrada. Algunos fenómenos físicos inexplicables o algunas acciones humanas incomprensibles, al no poder ser nombrados, originaron la creación de una categoría especial de palabras en las que se fue incluyendo lo impronunciable.

Por otra parte, los grupos humanos, al ir multiplicándose, se fueron separando y dispersando. En su búsqueda de lugares más propicios para la supervivencia y en su incesante conquista de la naturaleza, fueron poblando vastos territorios. Y en esta marcha por múltiples y variados caminos, los grupos encontraron, cada uno, climas, tierras y geografías diferentes. La flora, la fauna y los paisajes les fueron deparando lo que era propio de la estación y de la zona. Los grupos humanos encontraron comida y refugios diferentes, según marcharon hacia los diferentes puntos del planeta. Las condiciones de los lugares y las actitudes ante ellas por parte de los grupos se combinaron para que los hombres fueran estructurando sus llamadas, expresiones lingüísticas y léxico. El hombre designó nombres sólo a lo que fue descubriendo, conociendo y haciendo suyo. Se vio en la necesidad de diferenciar las manifestaciones del agua: ríos, manantiales, arroyos, lagos, pozos, sólo cuando estas participaron en sus experiencias. Clasificó tipos de vegetación y de frutos con los que entró en contacto. Discriminó los animales salvajes de los domésticos cuando tuvo que luchar en su contra o bien servirse de ellos. Dio nombre a los fenómenos naturales y a los elementos del mundo mineral cuando estos le fueron familiares y entraron a formar parte de su mundo. Nombró sus instrumentos a medida que los produjo y les dio algún uso; su arte, a medida que lo creó. Le fue necesario mencionar las distintas partes de su cuerpo, cuando se fue haciendo consciente de ellas¹⁴. Señaló diferentes relaciones entre los miembros de los grupos y estableció nombres para autoridades cuando le hicieron falta. Asignó rangos y categorías tanto de poder como de trabajo según fue estructurando su primitivo

sistema político, religioso y laboral¹⁵. Fue encontrando palabras para sus dioses, ritos y mitos según su creencia en alguna religión o su grado de fanatismo¹⁶. Las prendas de sus vestidos, sus adornos, así como los olores y los sabores requirieron un nombre cuando fueron elaborados y percibidos. Asimismo, tuvo que buscar nombres para sus sentimientos, emociones y pasiones a medida que las fue experimentando. Fue capaz de convenir en términos para nombrar lo abstracto, lo intangible, lo mágico y lo enigmático cuando intuyó su existencia. La lengua permitió al ser humano trascender su cuerpo y su entorno, el aquí y el ahora. Una vez que el hombre dominó la palabra pudo contar y cantar; conservar y repetir experiencias y conocimientos; recrear y renovar vivencias; vivir el pasado y el futuro; ser en todas sus dimensiones. Y llegó el momento en que la población del mundo se dispersó de tal manera que a miles y miles de kilómetros de distancia del primer lugar común, y a miles y miles de años de la primera convivencia, las generaciones actuales de hombres se reencontraron en un sitio, en un tiempo y en unas circunstancias en las que ya no les fue posible reconocerse iguales. Para entonces, resultó que eran seres humanos de razas distintas (su naturaleza física difería notablemente en tamaño, color de piel, compleción y fisonomía), que se vestían de muy diversas y extrañas maneras y que habitaban en refugios muy desiguales, pero, sobre todo, que se comunicaban de manera distinta: hablaban lenguas diferentes. Así, los nuevos grupos humanos, disímiles unos de otros en muchos aspectos, diferían también en la forma de comunicarse. Y la lengua específica de cada grupo contenía y constituía los orígenes, la historia y el modo de vida de ese grupo. Esto

es lo que ocurre con las lenguas de los grupos humanos actuales. Los hablantes de las incontables lenguas o idiomas del siglo XX somos sólo continuadores del gran proceso de comunicación que se inició con unas cuantas llamadas o expresiones lingüísticas comunes en un tiempo tan lejano que no es posible registrar en la historia.

El antropólogo E. T. Hall, en su obra *Beyond Culture* (Max S. Kirch, 1979), señala esta estrecha relación que existe entre el aspecto comunicativo de una lengua y la cultura del grupo que la habla: "*Culture is a complex of communication systems [...] Man communicates in the way he works, plays, makes love, and defends himself*" (p. 416). El ser humano comunica también con su forma de vestir, caminar y hablar, y todo este modo de vivir se inscribe dentro de un marco histórico y cultural. La Triple Estructura Básica propuesta por Fernando Poyatos (*Ibidem.*), consta de lenguaje, paralenguaje y quinésica —todos ellos sistemas de comunicación pautados por una cultura—, por lo que para tener una idea completa de cualquier interacción humana no sólo debemos tomar en cuenta el intercambio verbal, sino también la conducta paralingüística y quinésica.

La comunicación a través de una lengua implica el uso de un sistema de símbolos, dado que hablar una lengua o un idioma determinados es justamente emplear un sistema de símbolos o ejecutar actos de simbolización. Y el sistema de simbolización (Dorothy Lee, 1959) —a través del cual el individuo señala, categoriza y conforma su realidad física, transformando ésta en su mundo de percepción sensitiva y de concepto— está implícito en la variedad de patrones conductuales

de una cultura. No se trata de un sistema de nombres o de palabras que se asignan a objetos que se perciben pasivamente y a relaciones que ya están dadas en el mundo exterior, ni tampoco se trata de colocar experiencias en moldes predeterminados. El individuo que simboliza por medio de una lengua, lleva a cabo un proceso creativo en el que él desempeña la función de agente. De esta forma, cada palabra, cada construcción gramatical que usa deja de ser una etiqueta en blanco que aplica a algo; la palabra tiene un significado, no porque éste le sea asignado de manera arbitraria, sino porque contiene el significado de las situaciones concretas en las que participa, ha participado y ha contribuido a crear. El significado de un símbolo se llena de contenido y transmite un valor sólo cuando participa en las distintas situaciones del habla. *"By language, I do not mean only oral or written expression, but the entire system of codification underlying all verbal expression"* (Cf. p. 79).

Si la utilización de una lengua por parte del sujeto exige la participación creativa de éste, quien al emplear un símbolo —y sólo al emplearlo— en las distintas situaciones del habla, le confiere significado, la lengua utilizada por un grupo social determinado está imbuida de las formas de crear y de ser de la cultura de ese grupo. La estructura sintáctica y semántica de las lenguas que se conocen —ya sea vivas o muertas— en sus inicios o en su ocaso, contiene elementos de las lenguas que las precedieron, son herederas de las culturas que desarrollaron esas lenguas. Sapir (1954) menciona que se puede precisar el papel que una cultura ha desempeñado para otra si se atiende a su lengua:

El hecho de que un japonés culto no puede construir una sola frase literaria sin emplear recursos provenientes del chino [y] de que todos nuestros argumentos en pro o en contra de la enseñanza del latín y del griego abundan en palabras que nos han venido de Roma y de Atenas (confirma) la importancia que han logrado tener en la historia del mundo la antigua cultura china [...] y la civilización mediterránea clásica (p. 221);

al mismo tiempo, estas lenguas actuales se conforman de los elementos culturales de las sociedades que las emplean, interactúan con las lenguas vecinas prestándose términos mutuamente, viajando y sobreviviendo mientras les es posible. El español hablado en México actualmente está salpicado de un buen número de términos de la lengua inglesa por la vecindad geográfica de nuestro país con los Estados Unidos, a las malas traducciones al español de esa lengua y a la influencia económica de ese país sobre el nuestro. Ninguna de las lenguas contemporáneas —a pesar del proceso de desintegración que ya viven— llegarán a extinguirse del todo. Habrá algo de ellas, aunque sea una sola palabra, que quede viva; esa palabra será el sustrato, parte de la herencia cultural a las lenguas nuevas.

El comentario de Demetrio Cojtí (1985), especialista en la cultura y lengua maya, nos permite enfatizar los señalamientos expuestos:

Ninguna comunidad cultural concibe y vive su lengua únicamente como medio de comunicación entre sus miembros. Todas la conciben como factor y portador de su identidad étnica, como instrumento de afirmación y expresión cultural, y como criterio de su existencia y especificidad de pueblo. La lengua es pues considerada, como símbolo de la etnia de sus hablantes. (p. 75).

Algunas teorías sobre las expresiones Idiomáticas

En la breve historia de la quinésica desarrollada en la primera parte de este trabajo, nos hemos referido a la *fisiognomía*, *patognomía* y *simbología*. Hemos dicho que éstas son ramas del conocimiento que anteceden a la quinésica, y que sus postulados continúan vigentes y han sido plataformas de estudios significativos en el área de la expresión corporal. Dichos postulados pueden apreciarse en la semántica y sintaxis de algunas lenguas actuales, según el desarrollo cultural de los grupos que las hablan. Un análisis cuidadoso, como sugiere Guiraud (1980), de la etimología, semántica y estilo de ciertas voces de una lengua revela, por un lado, el sustrato de la expresión corporal y, por el otro, las formas en que se complementan el lenguaje y el movimiento del cuerpo. (Cf. p. 44). Este tipo de análisis resulta aún más revelador y sumamente interesante si se efectúa en expresiones idiomáticas que hacen referencia a partes del cuerpo o funciones de órganos de los sentidos. Toda vez que la estructura lingüística de las expresiones idiomáticas no obedece a las leyes comunes de la gramática de la lengua en cuestión, tales expresiones ponen de manifiesto los elementos subyacentes más importantes de la cultura y la forma en que el genio de la lengua, al interactuar con la cultura, se concreta en una forma de hablar. De ahí que a continuación expongamos algunas teorías sobre el posible sustrato quinésico de ciertas expresiones idiomáticas.

Las lenguas, constituidas término a término para responder a las constantes e infinitas necesidades de los grupos humanos, confieren significado —independen-

dientemente del grado de desarrollo en que se encuentren— a todo lo que rodea la vida del hombre. Los hechos y las experiencias humanas —físicas y mentales— confieren, a su vez, contenido y revisten de significado a los elementos de las lenguas. Mediante este desarrollo simbiótico ser humano/lengua, el lenguaje permite referirse a hechos, sentimientos y emociones; permite concretar en palabras las ideas más abstractas. La lengua nos permite descubrir, construir y expresar los métodos y las técnicas de las ciencias y de las artes. Pero también nos permite penetrar y asir el misterio de la magia y de los sueños. Con el repertorio de voces, expresiones y reglas combinatorias aprendidas —también ensayadas— del sistema de una lengua, los seres podemos hablar a Dios, a nosotros mismos y a los demás. La lengua, al conceder que nombremos la materia y la esencia de las que estamos hechos, hace posible que cada uno de nosotros se dibuje, se defina y se sienta consigo mismo y con los demás. Por otra parte, la capacidad de sentir los órganos de nuestro cuerpo —sus funciones y relaciones mutuas—, así como de experimentar diversas sensaciones en esos órganos —ya sea en la individualidad o en la comunidad— aunadas a la capacidad de expresión lingüística, permiten que al hablar incorporemos a la lengua experiencias que hemos vivido —ya sea consciente o inconscientemente— con el cuerpo. La lengua posibilita expresar de una cierta forma y, a la vez, complementar otros tipos de expresiones, entre ellas la corporal. Brian Steel (1976), dice que se podría llamar metafóricamente al repertorio estructural de la lengua el cuerpo de un idioma, y que el alma estaría constituida, entonces, por la cultura que ha acumulado la sociedad que habla ese

idioma, pues el desarrollo del mismo está influido por una serie de factores culturales (históricos, sociales, religiosos, morales, etc.), los cuales producen diferencias en todos los niveles del idioma, pero especialmente en el léxico. Por ejemplo, el español de algunas culturas abunda en locuciones o expresiones idiomáticas que hacen referencia a partes del cuerpo o a sus funciones: salir a pedir de boca, a regañadientes, dormir a pierna suelta, mientras que las locuciones equivalentes —en forma aproximada— en el inglés de algunas culturas no presentan estas referencias: *tu turn out as desired, unwillingly, to sleep soundly*, respectivamente (Cf. pp. 16-19).

Las expresiones idiomáticas —a las que algunos lingüistas llaman también modismos, locuciones e, incluso, idiotismos— desde el punto de vista lingüístico, son construcciones o maneras de decir tan propias de una lengua que suelen traspasar las leyes comunes de la gramática o de la ordinaria construcción de la lengua de que se trata. Nacidas en el meollo del idioma (Pablo Caldwell, 1954), como un alarde de su propio genio, su origen se debe a la imaginación fecunda y particular de los hablantes de una lengua, quienes prescindiendo del recto sentido gramatical y de las normas que presiden a éste, buscan en el estilo figurado el modo de expresar los pensamientos con mayor viveza, concisión y donosura. (Cf. p. 5). Jean Dubols (y otros), en su *Diccionario de lingüística* (1983)¹⁷, destacan en ella la característica de que su "forma gramatical no puede deducirse de su estructura en morfemas [así como] que [dicha forma] no posee correspondiente sintáctico en otra lengua" (p. 339). Ejemplos de ellas son: hacer de tripas corazón, decir de dientes

para afuera, echar los bofes. Del amplio análisis que Werner Welte hace de las mismas en su *Lingüística moderna* (1985), mencionamos las características siguientes: a) el significado de una expresión idiomática se puede comparar con el significado de una unidad léxica simple. Por ejemplo, estirar la pata, equivale a decir "morirse"; b) la mayoría de las expresiones idiomáticas, por su estructura peculiar, no permiten ser transformadas; me comía con los ojos, por ejemplo, pierde gran parte o casi todo su sentido si se dice en otro tiempo gramatical: si él me hubiese comido con los ojos o para entonces habré sido comida por sus ojos; c) algunas expresiones idiomáticas presentan desviaciones gramaticales, es decir, no podrían ser generadas por un componente base proyectado para producir estructuras profundas bien formadas. Por ejemplo: hacerse de la boca chiquita; y d) a pesar de su estructura peculiar las expresiones idiomáticas son interpretadas —por los hablantes o conocedores de esa lengua— en el sentido adecuado, idiomático, y no en el literal. Creemos que un hablante hispano de la República Mexicana, aún analfabeto, no tiene ninguna dificultad en comprender el sentido de expresiones tales como ser lengua larga, dar el corazón, tomar el pelo, meter la pata, etc. (Cf. p. 298)¹⁹.

Expresiones tales como hacer de tripas corazón, de dientes para afuera y echar los bofes, propias de ciertas culturas de habla hispana, y sus equivalentes aproximados en otras lenguas¹⁹, nos dan una idea de la forma en que el cuerpo vive y participa en ciertas circunstancias y cómo esto se manifiesta en la lengua. En el caso de los hispanohablantes que emplean las expresiones anteriores diremos

que su cultura emplea profusamente la simbología, asociando dinámicamente funciones biológicas con aspectos emocionales, y que la importancia que confieren a la participación del cuerpo en la vida trasciende a éste y se incorpora al lenguaje. Retomando las reflexiones de Guiraud (Ibid), "Cualesquiera que sean las bases objetivas de semejantes expresiones, su lexicalización se ha formado deductivamente a partir de una estructura generadora de sentido. Dado que la lengua expresa la asociación de la función biológica con el aspecto emocional, la cultura se ha encargado de seleccionar y lexicalizar determinados movimientos y funciones del cuerpo, sistematizarlos y expresarlos a través del ejercicio del lenguaje". (Cf. p. 47). Revisemos el contenido de algunas otras expresiones idiomáticas que hacen referencia al cuerpo humano y encontraremos cómo algunas culturas incorporan al genio de su lengua —en uno o en otro grado— el sustrato fisiognómico, patognómico o simbólico del lenguaje, sobre todo este último que asocia funciones biológicas con aspectos emocionales.

Los ojos y la visión (Lowen, 1977), son tan importantes para el conocimiento que en ciertas lenguas los verbos ver y entender se emplean como sinónimos. Una persona con mucha visión es, más que aquélla que posee una óptima visión física, alguien que ve con el pensamiento más allá que los otros (Cf. p. 85). Los ojos desempeñan un papel tan significativo en la expresión corporal que ésta al incorporarse a la expresión lingüística las incluye en sus expresiones idiomáticas. Comer con los ojos, por ejemplo, asocia la función biológica de comer algo o a alguien —con todos los movimientos fisiológicos que ello implica: masticar, tragar,

digerir y asimilar— con la función también biológica de ver, pero, además, la asocia con la actitud de desear introducir ese algo o alguien en el interior, de guardarlo y hacerlo parte del propio yo. Quien come con los ojos asigna a los órganos de la visión la función de tragar que corresponde al estómago, y al llevar a cabo el proceso simbólico de tragar: gustar, saborear, masticar, etc., conoce lo que ha hecho suyo, ya sea que se trate de algo o de alguien. La lengua inglesa tiene la expresión equivalente *to have eyes bigger than one's stomach*, en la que se encuentra la idea de que la actitud que ha generado la expresión concede a los ojos tal importancia simbólica que estos adquieren mayor tamaño que el estómago; son esos órganos los que se encargan de llevar a cabo la función de comer. Los grupos que emplean este modismo revelan un simbolismo lingüístico similar al nuestro. La lengua francesa dice *couver quelqu'un des yeux*, donde resulta interesante el empleo del verbo *couver* (incubar). *Incubar* es un proceso que se lleva a cabo en el interior del cuerpo por largo tiempo, y no siempre de manera consciente; el ser humano incuba enfermedades o ideas. Por otro lado, es un verbo que se aplica también a funciones de órganos animales: los ovíparos incuban huevos, y también a funciones de microorganismos: las células incuban bacterias. Las culturas que emplean esta expresión confieren un significado simbólico todavía más profundo a la función de ver. Estudios sobre psicología del desarrollo revelan otro aspecto igualmente importante del papel que desempeña la visión en la adquisición del lenguaje, aspecto que influye en la estructuración por parte del niño en su lengua materna. Selma Fraiberg y Edna Adelson (1982), siguieron el desarrollo lingüístico

de un grupo mixto de 10 niños, desde su nacimiento hasta los cinco años²⁰. Estos niños mostraron serias dificultades —incluso incapacidad— para incorporar a su vocabulario el pronombre yo. Las investigadoras consideran que esta incapacidad revela que "la ceguera impone importantes barreras al desarrollo de una autoimagen y a la construcción de un sentido coherente del yo" (p. 447) y esto se refleja en la estructura de la lengua.

Al hablar de la boca, nuestra lengua tiene la expresión hacerse de la boca chiquita, con la que expresamos una actitud de retraimiento; se supone que una persona que se hace de la boca chiquita no acepta, se cierra a algo, o a alguien que en el fondo desea. Aquí aparece nuevamente el sustrato simbólico del lenguaje: se está asociando la función biológica de la boca con un aspecto emocional. La boca, biológicamente, es una entrada al interior del cuerpo; por ella se introducen los alimentos —vitales— al organismo; también es necesario abrirla para hablar y, cuando menos en cierto grado, para sonreír. Por otra parte, los órganos de la boca están conectados con canales que llevan y llegan al corazón²¹. La actitud de alguien que se hace de la boca chiquita dice que acepta, emocionalmente, poco o nada; que no está muy dispuesta a abrirse a los demás, al lenguaje, a la vida misma. Es una actitud que se expresa y se vive con el cuerpo, pero también se incorpora al lenguaje. En la lengua inglesa la expresión más aproximada a esta idea es *insincerely*²², la cual no hace referencia a ninguna función biológica, y no muestra relación simbólica entre la actitud de insinceridad con la función de algún órgano del cuerpo. Los franceses tienen también sólo una expresión aproximada: *du bout*

*des lèvres*²³, en la que aparece el simbolismo lingüístico de la participación corporal. Lo que se dice *du bout des lèvres*, dado que se dice de dientes para afuera, no está en la boca, no se dice con los órganos de la boca, ni está en contacto con los canales que conducen al interior del cuerpo. En lo que se dice *du bout des lèvres* participan apenas los labios, no hay implicación ni compromiso mayor; además, se dice para afuera, es algo de lo que no se conserva nada, palabras que más bien podrían escupirse.

Toda vez que estamos hablando de órganos que se localizan en la cara, resulta interesante mencionar algunas expresiones idiomáticas que se refieren al rostro e identificar el sustrato simbólico corporal de dichas expresiones. Erving Goffman, en su obra *Ritual de la Interacción* (1970), dice que en la sociedad anglo-norteamericana, como en algunas otras, la frase perder la cara significa estar con la cara no-correspondiente, sin cara o con la cara avergonzada. Salvar la cara, por el contrario, significa sostener ante otros la impresión de que no se ha perdido la cara. (Cf. p. 16). En español, nosotros contamos con la frase dar la cara para expresar la actitud de asumir una responsabilidad, de mirar a los ojos y de frente después de haber dicho o hecho algo. Dar la cara significa mostrarse uno tal cual es, con la cabeza en alto ante alguna circunstancia. El cuerpo participa de la actitud de asumir un compromiso o una responsabilidad²⁴. La lengua inglesa emplea las locuciones equivalentes *to take the responsibility* o *be willing to take the consequences*, las cuales no hacen ninguna referencia al cuerpo. Y algo similar ocurre con la lengua francesa, cuyos equivalentes son *prendre quelque chose sur soi* y

prendre la responsabilité d'une chose. En la primera de ellas se menciona *soi* (uno mismo), que hace alusión a que la actitud de responsabilizarse implica la participación total del ser, pero sin mencionar relación específica entre tal actitud y la función de algún órgano del cuerpo.

Al hablar en páginas anteriores del carácter hermenéutico del ser humano, hemos mencionado que dicho carácter se debe en mucho a la capacidad lingüística, y que el ejercicio del lenguaje, mediante una lengua, enfrenta al hombre a estratos de comunicación tan numerosos y densos que, muchas veces, escapan a su propia conciencia. Hemos dicho también que a ese carácter hermenéutico se debe que la expresión corporal sea tan ambivalente y, por tanto, tan compleja. Los estudios psicolingüísticos han hecho posible enfoques y observaciones del carácter hermenéutico del ser humano y del empleo de la lengua en circunstancias claves. Los resultados han proporcionado y siguen proporcionando luces en terrenos que las ciencias del lenguaje, por sí solas, no podrían iluminar. La terapia psicoanalítica, por ejemplo, ha permitido observar y relacionar ampliamente el lenguaje y la expresión corporal; ha permitido proponer técnicas nuevas para tratar ambos tipos de expresiones y, sobre todo, ha aportado datos valiosos que apoyan la teoría de que el lenguaje tiene raíces propioceptivas. Lowen (1988) refiere el caso de un paciente que tras haber contado una experiencia en la que había huído al verse amenazado con un cuchillo se sintió indisposto y con náuseas hasta tener que vomitar:

Al hacerlo, ambos quedamos sorprendidos al observar cómo aparecía una línea amarilla en el centro de su abdomen. La expresión <<cobarde>> (en inglés *yellow bellied*, literalmente: con el vientre amarillo) nos vino simultáneamente a la cabeza. Uno tiende a no tomar esas expresiones en un

sentido literal, pero allí teníamos una demostración visual imposible de pasar por alto. La coloración amarilla desapareció cuando su estómago se hubo vaciado. (p. 125-26).

Otro campo importante de interacción lingüístico-cultural lo proporciona la relación que el hombre establece entre su ser y el suelo/la tierra. La expresión poner los pies en la tierra, en nuestra cultura, es un llamado simbólico a ver con realismo una circunstancia determinada, a considerar objetivamente los hechos. El poner los pies en la tierra, equivale a afirmarse emocionalmente, a apoyarse en algo, lo cual representa el estar y sentirse seguro. "Decimos [Lowen, *ibid*] que una persona está con los pies en la tierra cuando está en contacto con la realidad. Por el contrario <<está en las nubes>> cuando su actitud denota una falta de contacto con ella" (p. 112). Esta relación del hombre con la tierra ha generado otras expresiones simbólicas en las que ya no se asocian aspectos emocionales y biológicos; la asociación se hace entre la actitud emocional y un aspecto mecánico,

en un mundo en que hay otros importantes puntos de referencia, [la lengua] incorpora [a ella] los términos de estos sistemas [...] Podríamos anticipar que al ir avanzando nuestra tecnología, incorporará a nuestro lenguaje nuevas palabras y frases que no tengan nada que ver con el del cuerpo. (*ibid*, p. 79).

Así, Goffman (1970), dice que para formarse una imagen del individuo turbado, se recurre a imágenes de la mecánica: se pierde el equilibrio o el dominio de sí. Un individuo aturdido es aquél que por el momento no puede movilizar sus recursos musculares e intelectuales para la tarea que le espera. (Cf. p. 93). Para expresar que se pierde el control emocional, se dice también que se pierden los estribos. Y una expresión relacionada con las anteriores muy típica de la lengua hispana es

meter la pata, la cual se emplea para expresar que uno se equivoca, que falla, que pierde, en parte o momentáneamente, el control o la lucidez. Quien mete la pata expresa lingüísticamente la actitud de que encuentra un hoyo (una situación de hundimiento) en el camino y cae en él. La lengua inglesa emplea la expresión equivalente *to put one's foot in it*, que también hace referencia a la participación corporal en la experiencia. La expresión francesa equivalente *faire un gaffe*, en cambio, no hace ninguna referencia a la participación del cuerpo. Según Werner Welte (1985), la lengua alemana cuenta con una expresión equivalente *elnen bock schieBen* (Cf. p. 297).

Lowen (1988) ha dicho que "No existen palabras más claras que el lenguaje de la expresión corporal una vez que se ha aprendido a entenderlo" (p. 112), y también ha dicho (1979) que el lenguaje del cuerpo se revela de dos maneras: una, en el conjunto de gestos y mímicas (quinésica) que proporcionan información sobre el individuo que los realiza; y la otra, en las expresiones lingüísticas que hacen referencia al cuerpo humano y sus funciones. (Cf. p. 78), pues ellas contienen la esencia de experiencias vitales previas. Son una prueba de que el cuerpo ha experimentado una vivencia y que el lenguaje la ha recogido y la mantiene viva.

NOTAS

1. Como ya lo hemos mencionado, los órganos de los sentidos podrían ser considerados canales de comunicación.
2. *Essais de Linguistique Générale*, 1963, p. 214.

3. La primera articulación del lenguaje consiste en la unión de palabras o morfemas para constituir enunciados inteligibles. La segunda articulación consiste en la unión de unidades o fonemas para constituir palabras.

4. La semántica ha sido adoptada por la psicología y la lógica, disciplinas que como la lingüística, estudian, cada en su campo, el problema de la significación y del sentido de los signos. (*Ibid.*, p. 10).

5. Entendiendo la convencionalidad en un sentido muy amplio, puesto que el valor de los signos no es natural, pero tampoco es solamente un mero producto social.

6. *Infra.* Tercera parte, pp. 123 y 125.

7. *Infra.* Tercera parte, pp. 125-129.

8. *Infra.* Tercera parte, pp. 125-131.

9. Por ello, la hermenéutica es la técnica y el único instrumento del terapeuta de orientación analítica, quien puede hallar en el discurso del sujeto la clave de perturbaciones emocionales que ponen en peligro el equilibrio y la conducta de éste.

10. Tengamos presente que la mayor parte de los grandes hallazgos lingüísticos se han hecho apenas a partir del siglo XVIII, por ejemplo, el descubrimiento y la comprobación del parentesco genético entre el sánscrito, el griego, el latín y otras lenguas de Europa (1786).

11. En su significación filosófica (N. Abbagnano, 1974), es decir, entendida como esa relación esencial que el ser humano establece con su interior, y mediante la cual él se puede conocer de modo inmediato y privilegiado y, por tanto, se puede juzgar a sí mismo de manera segura e infalible (*Cf.* p. 196).

12. *Supra.* Primera Parte, p.

13. Toda vez que en el subtítulo siguiente daremos ejemplos más específicos sobre las influencias mutuas entre la cultura y la lengua hablada, ahora mencionaremos de manera general las relaciones que se establecen entre el proceso de comunicación y la cultura de los grupos humanos.

14. Algunos órganos humanos y sus funciones se han "descubiertos" (el ser humano se ha hecho consciente de ellos) apenas en los últimos siglos. Tal es el caso del proceso de circulación de la sangre, cuyo descubrimiento se atribuye a Harvey, en 1629; y el de la tercera circunvolución izquierda frontal del cerebro, atribuida al médico francés Broca, en 1861.

15. Si una sociedad (Schlieben-Lange, 1958) está estructurada por un marcado sistema jerárquico, "ello se reflejará también en la formación de un diferenciado sistema de pronombres de cortesía. Este [...] supuesto es [...] un claro ejemplo de la determinación de estructuras lingüísticas como consecuencia de ciertas características sociales". (p. 16).

16. La lengua de las culturas hispanohablantes actuales, fuertemente imbuida por el catolicismo, dispone, por ejemplo, de múltiples expresiones que mencionan los nombres de Dios, Jesús y la Virgen María, tales como ¡Válgame Dios!, ¡Virgen Santísima!, ¡Ave María!, ¡Jesús me ampare!, ¡Jesús, María y José!. (Cf. p. 17).

17. En cuya obra aparece el término "idiotismo" como sinónimo de expresión idiomática. (p. 339).

18. Todos los ejemplos citados en esta referencia a Werner Welte son nuestros.

19. En inglés: *to pluck up courage, insincerely* y *to work oneself hard*; y en francés: *faire contre mauvaise, fortune bon coeur, du bout des lèvres*, y *souffler comme un boeuf*, respectivamente.

20. Se trata de niños ciegos cuya única limitación era la ceguera. Carecían de cualquier otro defecto sensorial o motor y no tenían ninguna lesión neurológica.

21. La riqueza de las expresiones en que entra la palabra "corazón" (Lowen, 1977) muestra la importancia que algunas culturas conceden a su relación simbólica con el lenguaje. He aquí algunas: *ir al corazón del asunto, me llega al corazón, de todo corazón*. En todas ellas el corazón se identifica con lo esencial de algo y se relaciona con el centro vital de uno mismo, con lo más profundo y recóndito de la persona. (Cf. p. 80).

22. Que más bien aparece en algunos diccionarios de modismos como equivalente a la expresión hispana *de dientes para afuera*.

23. Más bien equivalente a la expresión de la nota anterior: de dientes para afuera.

24. *Dar la cara* (Lowen, 1977) a determinadas situaciones proclama también un ego enérgico, en tanto que una persona de carácter débil *vuelve el rostro* para no enterarse de algo. La expresión de sí mismo se proyecta a través del rostro; y la cara que ponemos en reacción a determinadas situaciones denuncia en gran parte quiénes somos y qué sentimos. (Cf. p. 84).

TERCERA PARTE

SOBRE LA EXPRESION CORPORAL

Generalidades acerca del circuito de la comunicación humana desde el punto de vista de la expresión corporal

Los aportes que las diversas ramas de la lingüística y de la psicología han hecho al campo de la comunicación humana, permiten afirmar que ésta es un proceso en el que el lenguaje resulta ser uno de los canales más perfeccionados. Sin embargo, esos mismos aportes muestran que el lenguaje no es lo único que hace posible la comunicación y que, en determinadas circunstancias, aun estando presente no es el elemento más significativo del proceso. Birdwhistell (1979) sugiere la conveniencia de abordar la comunicación humana en términos de interacción no sólo de personas y canales —ya sea lingüístico, quínésico, proxémico, etc.— sino de tiempos, espacios y actitudes. Sugiere evaluarla en términos de participación de sujetos, objetos y circunstancias. La propuesta de considerar que dos o más personas interactúan o participan en el proceso de la comunicación, por una parte elimina la reducida fórmula bilateral de acción-reacción inmediata con la que se intenta resolver la mayoría de las veces todos los problemas de comunicación. Y, por la otra, amplía el esquema "Juan se comunica con María [por tanto], María se comunica con Juan", en favor de "Juan y María participan en un proceso de comunicación". Propone considerar que las personas interactúan dentro del "sistema prolongado y complejo mediante el cual los distintos miembros de una sociedad [se] interrelacionan con

mayor o menor eficacia y facilidad" (p. 21). Así, la comunicación depende no sólo de lo que los interlocutores se dicen en ese momento (mediante los distintos canales que emplean: la lengua, la quinésica, la parquinésica, etc.), sino de los medios disponibles para transmitirse información (la telefonía, la escritura, el silencio, las caricias, la computación, etc.), del lugar en que se lleva a cabo la interacción (con todos los elementos externos que implican las circunstancias: sonidos, olores, luces, disposición de objetos, presencia de otras personas), y de las actitudes que acompañan a esa interacción (alegría, llanto, solemnidad, violencia, intimidación, etc.). Si el proceso de la comunicación involucra amplia e intensamente características personales, pautadas por la sociedad y la cultura a la que se pertenece, tal proceso no puede estudiarse como si se tratara de un intercambio de mensajes que se lleva a cabo por casualidad, error o ensayo, entre uno o varios interlocutores, quienes, además, al cerrar el circuito de la comunicación, lo agotaran. La comunicación humana no es sólo la suma de mensajes que intercambian quienes se comunican; es también las demás operaciones: la resta, la multiplicación y la división de esos mensajes por medio de diversos canales, medios, espacios, tiempos y actitudes. "Sométida a investigación, la comunicación parece ser un sistema que utiliza los canales de todas las modalidades sensoriales [...] es un proceso constante que utiliza diversos canales y combinaciones de ellos adecuándose a la situación concreta" (Ibid. p. 67). Heyden (1980) coincide con la opinión de Birdwhistell y menciona el lenguaje y la expresión corporal como partes concretas del proceso de la comunicación: "la comunicación abarca más que

el lenguaje hablado, ya que éste está acompañado por otros sistemas de comunicación: los movimientos (la kinésica) y los sonidos extra-lingüísticos (vocalizaciones)". (p. 2).

Considerando por un lado, que el circuito del habla (propuesto por Saussure) y el circuito de la expresión corporal (propuesto por Birdwhistell) son canales del único complejo proceso de la comunicación humana y que, por tanto, comparten características comunes. Y tomando en cuenta, por otra parte, que los postulados lingüísticos han constituido una base importante para el desarrollo de la kinésica, nos proponemos ampliar las comparaciones y correspondencias entre uno y otro canal. Este procedimiento de comparación y correspondencia nos permitirá señalar las características propias del canal de la expresión corporal y delinear los factores que intervienen en su desarrollo, lo cual es el objetivo principal de este apartado. Al hacer la propuesta tenemos presente el hecho de que partimos de un procedimiento de adaptación y transformación y que los métodos lingüísticos —tan eficaces para describir y delimitar los hechos del lenguaje— pueden, en ciertos momentos, no ser útiles para aplicarlos a los hechos de la expresión corporal. Sin embargo, los elementos del movimiento del cuerpo han demostrado ser susceptibles de análisis científico, y, parafraseando a Birdwhistell, conforme se gana experiencia en la observación se adquiere confianza para afirmar que el cambio, la agitación, el retorcimiento, el ajuste y la recomposición que caracterizan al cuerpo humano constituyen un canal de comunicación cuyo estudio puede abordarse en principio exitosamente a partir de los métodos lingüísticos. (Cf. p. 72).

Partimos del postulado cierto de que la expresión corporal es un sistema de signos que permite expresar ideas, sentimientos y emociones —como lo permite la lengua— y que los elementos que participan en su canal son los mismos que propone Jakobson en el esquema clásico de la teoría de las comunicaciones: 1) emisor, 2) referente, 3) código, 4) medio, 5) mensaje y 6) receptor. Sin embargo, respecto a los elementos del canal de la expresión corporal, cabe señalar que el referente siempre es una cosa u objeto presente y cercano. Los movimientos del cuerpo, a diferencia de la palabra, no pueden evocar por sí solos el pasado, el futuro ni lo ausente. En cuanto al código, además del quinésico, puede ser también el paraquinésico, el proxémico, el táctil, olfativo, etc. Los medios o circuitos de la expresión corporal, en comparación con los de la lengua son mucho menores en número: podríamos hablar de a) la comunicación cara a cara o, bien de b) la comunicación en un mismo espacio y tiempo (la misma habitación, un elevador, un transporte público, una oficina) aun cuando los participantes no se vean uno al otro, y de c) expresiones artísticas como la danza, el ballet, los títeres, la mímica y el teatro. El hecho de que la expresión corporal disponga de menos circuitos o medios que la lengua no interfiere con la eficiencia de estos ni es motivo para disminuir la importancia de este canal frente al lingüístico. Al contrario, el empleo de la expresión corporal es y ha sido siempre mayor que el de la lingüística; en palabras de Morris (1979) "*Where communication of changing moods and emotional states is concerned, we would go so far as to claim that gestural information is even more important than verbal. Words are good for facts and for ideas, but without gestures, human social life*

would become a cold and mechanical process". (p. xi). No obstante que también está pautada por la cultura, su naturaleza más espontánea y menos consciente la libera de muchas restricciones que sí afectan al lenguaje.

El ejercicio de la expresión corporal (como el del lenguaje), a través de un código quinésico (como el de la lengua), da lugar a que se establezca el circuito de la comunicación mediante el movimiento del cuerpo (como a través del habla). Quiénes participan en dicho canal utilizan de manera individual su código o sistema quinésico, paraquinésico y proxémico. Aun cuando en esta esquematización estamos considerando sólo la transmisión de mensajes por el canal de la expresión corporal, como si estuviésemos viendo una película muda en cámara lenta¹, tenemos presente que los participantes —un mínimo de dos, como lo esquematiza el circuito del habla— se comunican de manera integral: lingüística y quinésicamente. También tenemos presente que la quinésica comprende el estudio de los gestos y la mímica de todo el cuerpo que se emplean para comunicar, ya sea por sí mismos o como acompañantes del lenguaje articulado. Kendon (1980) señala esta importante y casi ineludible interacción:

When a person speaks there is always some movement in the body besides the movements of the jaws and lips that are directly involved in speech production. [...] These movements may become complex and extensive and they are generally recognized as being intimately linked to the activity of speaking and often regarded as part of the speaker's total expression. (p. 207).

Durante el desarrollo de la expresión corporal ocurren una serie de fenómenos psíquicos, fisiológicos y físicos similares a los que ocurren durante la comunicación lingüística y que, tomando como modelo el circuito del habla propuesto por Saussure,

podemos explicar como sigue: en el cerebro de la persona que se expresa corporalmente (emisor) tiene lugar, primero, un fenómeno psíquico. Este consiste en que la persona asocia conceptos con representaciones de signos o señales quinésicas, es decir, con ciertos gestos y mímicas, cuando la expresión corporal se transmite a través de señales visuales. Pero el emisor puede asociar también conceptos con imágenes paraquinésicas, o sea con risas, llantos, suspiros o bostezos correspondientes, lo que ocurre cuando la expresión corporal se transmite por señales acústicas. Por ejemplo, quien realiza el gesto de golpearse la frente con la mano para expresar lamento por algo, está asociando esa señal con la imagen de otra igual que ya ha visto y, a la vez, está asociando las actitudes que percibió a través de ese gesto. En esta fase de la comunicación quinésica el origen del gesto desempeña un papel importante, es decir, interviene la forma en que dicho gesto fue incorporado al repertorio corporal de la persona. Ekman y Friesen (1976) señalan que el origen está íntimamente relacionado con la cultura: puede tratarse de un reflejo (programa neurológico heredado), de un acto propio de la especie humana (no heredado sino adquirido con la experiencia) o, bien, de un comportamiento aprendido (Cf. 56-57). En el cerebro del mismo emisor ocurre luego un fenómeno fisiológico. El cerebro transmite a los órganos físicos o partes del cuerpo el impulso correlativo a la señal. En nuestro ejemplo, el gesto de golpearse la frente con la mano, los músculos del brazo y de la cara reciben el impulso del sistema nervioso para realizar los movimientos correspondientes. El comentario siguiente de Darwin (1892) amplía la idea de este fenómeno fisiológico:

resulta que los sentidos, la imaginación y el propio pensamiento, por elevado y abstracto que se suponga, no pueden ejercerse sin despertar un sentimiento correlativo, y ese sentimiento se traduce directamente por simpatía, de forma simbólica o metafórica, en todo el ámbito de los órganos exteriores y todos ellos lo expresan siguiendo su propio modo de acción, como si cada uno de ellos hubiera sido afectado de modo directo (p. 39).

En el cerebro del emisor, posteriormente, ocurre un fenómeno físico, cuando la expresión corporal —que en nuestro ejemplo tiene elementos visuales y acústicos— es captada por la vista y el oído de la persona que recibe el mensaje (receptor). En el receptor ocurren los mismos fenómenos en un orden inverso: una vez que ha percibido físicamente la señal, experimenta el fenómeno fisiológico: su oído y su visión transmiten al cerebro estas imágenes visuales y acústicas; por último, vive el fenómeno psíquico: asocia la imagen con el concepto. Si este receptor responde mediante el mismo canal, asume de inmediato el papel de emisor y repite el circuito. Emisor y receptor intercambian papeles durante su comunicación corporal, hasta que ponen por medio la distancia física y emocional suficiente como para no emitir ni percibir sus mensajes mutuos.

Durante el ciclo de este circuito de la expresión corporal, el receptor resulta tan activo como el emisor. A diferencia de lo que ocurre durante el ciclo del circuito lingüístico, en el que uno calla mientras el otro habla, el canal corporal cara a cara permite la coparticipación sin menoscabo de la eficiencia en la comunicación. Más bien, tal coparticipación se hace necesaria, o mejor dicho, se presenta naturalmente; constituye una característica del canal. Mientras que la eficiencia de la comunicación por el canal lingüístico depende, en cierto grado, de la emisión/recepción ordenada y

alternada de los participantes, la que ocurre mediante el canal de la expresión corporal no resulta eficiente si uno de los participantes permanece totalmente pasivo —lo cual, además, no es posible. Toda vez que la expresión corporal de un receptor —llamada por algunos *lenguaje silencioso*²— no interfiere con la del emisor, los mensajes de uno y otro se transmiten en forma cruzada. Por muy quieto que permanezca el receptor de mensajes corporales, realiza una gran variedad de movimientos que si bien pueden pasar desapercibidos para el emisor neófito, no lo son para el observador quinésico, e involucran todas las partes del cuerpo. Por otro lado, si no perdemos de vista que la expresión corporal acompaña en gran medida a la lingüística, nos resulta sencillo comprender que tal expresión corporal está presente siempre durante la comunicación lingüística, apoyándola, enfatizándola, complementándola y viceversa. Howard M. Ronsenfeld y Margaret Hancks (1980) comentan que la expresión corporal de los receptores es tan activa quinésica como lingüísticamente y que *"include occasional shifts in posture, periodic changes in direction of orientation of the head and eyes, gesticulations of the hands and arm_s, and a variety of affective and emblematic reactions*³ *involving the face and head"* (p. 194).

La transmisión de mensajes por medio de la expresión corporal ocurre casi siempre sin que los interlocutores estén conscientes de ello. No ocurre lo mismo con la transmisión de mensajes por medio de la lengua. Sabemos que a veces el discurso revela procesos inconscientes —cuando de manera inexplicable se dicen unas palabras por otras— pero, por lo general, la palabra es sometida a un proceso de selección más consciente y racional que el movimiento del cuerpo, aun cuando

paradójicamente no tengamos conciencia de ello. El reconocimiento de estas características propias de uno y otro canal explica, por una parte, las situaciones que se generan con el uso de cada uno de ellos y, por la otra, una forma más de su interacción común. El nivel inconsciente en el que se generan los mensajes que se emiten a través de la expresión corporal (Kirch, 1979) es lo que ocasiona que a veces al captarlos el receptor experimente sentimientos de incomodidad y que la mayoría de las veces no sepa explicárselos. (Cf. p. 416). En una situación como ésta el discurso lingüístico del emisor puede no contener —o contener mínimamente— expresiones agresivas u ofensivas. Puede tratarse, incluso, de un discurso amable, grato al oído. Sin embargo, la expresión corporal que lo acompaña, al estar menos sometida a la conciencia y a la racionalización, puede revelar sentimientos auténticos de agresión, rechazo, ofensa, etc. y, por tanto, no coincidir con la amabilidad y gratitud de la palabra. Así, el receptor, más entrenado para captar el mensaje lingüístico, pone mayor atención en las palabras que en los movimientos, pero su cuerpo capta cuando menos una parte del mensaje del otro cuerpo, y detecta la incongruencia, experimenta desconcierto. Esto ocurre de manera más clara y frecuente entre personas de culturas distintas a causa de los orígenes —y, por tanto, de los significados— diferentes de los movimientos que acompañan a las palabras. Ekman y Friesen (1976), comentan que en principio la expresión corporal puede resultar más confiable que la lingüística,

sea porque quien habla se propone intencionalmente engañarnos o porque ha bloqueado o reprimido la información que deseamos conocer [...] Pero sabemos que el comportamiento no verbal (también) puede mentir, quizá no con tanta eficacia como la conducta verbal, pero tampoco es posible confiar en todo lo que se ve (p. 54).

Estos mismos investigadores (Ibid), respecto a la interacción entre la lengua y la expresión corporal, mencionan que existe una relación —que, a pesar de ser tan evidente, resulta compleja de comprender— entre la expresión lingüística y la corporal que tiene que ver con las secuencias y coincidencias de una y otra en el tiempo, y que influye, por supuesto, en el significado del mensaje total. "El acto no verbal puede repetir, aumentar, destacar, ilustrar o contradecir las palabras; puede ser simultáneo a ellas, sustituirlas, anticiparlas; puede ser un registro postergado, o bien, carecer de toda relación con la conducta verbal" (p. 56). Parafraseando a Guiraud (1960), diremos que la expresión de palabras enfrenta a los receptores a simples conceptos, imágenes esquemáticas y abstractas de cosas. Pero la palabra no es la cosa, y evoca a ésta sólo de manera indirecta, como mediante un velo, mientras que la cosa misma es la única que puede emocionar. "Por eso la comunicación conceptual se acompaña de gestos, de mímica, de inflexiones de voz, que la refuerzan al expresar naturalmente nuestras emociones, nuestros deseos, nuestras intenciones, etcétera". (p. 31).

Según lo expuesto, el circuito de la expresión corporal emplea elementos parecidos a los del circuito lingüístico aunque con las peculiaridades señaladas sobre el referente y los medios de transmitir la comunicación. Asimismo, la expresión corporal se da por medio de fenómenos psíquicos, fisiológicos y físicos muy similares a los de la lengua. Los del nivel psíquico son un proceso menos consciente que el que se genera durante el acto lingüístico. Los del nivel fisiológico involucran procesos de todo el cuerpo —a diferencia del fenómeno fisiológico lingüístico que involucra sólo

a los órganos de la fonación o del habla, localizadas en su mayor parte en el interior de la boca. Y los del nivel físico de la expresión corporal —como ocurre en los de la lengua— involucran ampliamente imágenes visuales y acústicas. Aun cuando la expresión corporal, en principio, es algo que se aprecia con la vista, hay una amplia diversidad de señales que se captan por el oído, sobre todo, las que corresponden al ámbito de la paraquinésica: variaciones y entonaciones de la voz, risas, suspiros, silbidos, etc. Y existe todavía otro tipo de expresiones que se captan mediante el resto de los sentidos humanos: como son los olores (por el olfato), las caricias (por el tacto) y la presencia cercana o lejana de la otra persona (por medio del código proxémico). La expresión corporal implica de manera significativa aspectos de este código proxémico: la distancia física que media entre los que se comunican, el manejo del espacio donde interactúan quienes participan en este canal de comunicación. En el circuito o canal lingüístico no hay un elemento correspondiente a la proxemia; ésta es característica de la expresión corporal. P. Guiraud (1980) la llama "semiología del espacio", y considera que el ser humano la emplea con un alto grado de inconsciencia, sin que por ello sea inmune a los factores culturales. "Origina convencionalismos explícitos tales como el lugar que debe ocuparse en un cortejo o alrededor de una mesa, pero es en parte, espontánea". (p. 86). También característica de la expresión corporal es la coparticipación o comunicación cruzada del emisor y receptor, dado que el movimiento de uno no obstaculiza ni impide los movimientos del otro. Esta coparticipación puede ser quinésica, paraquinésica y proxémica. Por último, en esta comparación de características conviene tomar en cuenta algo más: el potencial de los

hemisferios cerebrales respecto a la localización del lenguaje. Por una parte, los dos tipos de neuronas humanas que se conocen (Marcus Jacobson, 1975) participan en el desarrollo del lenguaje de manera interdependiente y funcionan como un conjunto integrado. Sin embargo, por otro lado, no podemos soslayar el fenómeno real de que alrededor de los tres años de edad se inicia la progresiva lateralización cerebral de la función del lenguaje y de que, alrededor de los catorce años, ésta queda restringida al hemisferio izquierdo. (Cf. pp. 108-112).

El conocer la naturaleza hermenéutica del ser humano, la cual se debe a la capacidad para desarrollar el lenguaje, y el conocer la esencia del proceso semántico de la lengua: asociación de dos imágenes mentales, permite abordar con un conocimiento nuevo la interrelación entre la expresión corporal y el lenguaje. Si una y otro constituyen sistemas de signos que permiten expresar ideas, emociones y sentimientos. Y si constituyen cada uno por separado —a la vez que se superponen y complementan— canales muy importantes de la comunicación humana, es válido proponer que cada uno desarrolla dentro de sí mismo su propia semiología: existe una semántica de la lengua; existe una semántica de la expresión corporal. R. E. Pittenger y H. Lee Smith (1966) consideran que las unidades del discurso corporal cotidiano son como las consonantes y vocales que constituyen las palabras:

They also show the importance of three kinds of nonverbal signals. [...] suprasegmentals [...] the stresses, pitches and junctures that form the intonation patterns of our speech. [...] Paralinguistic modifiers and qualifiers that we use, that is the transmission of information by tones of voice, like rasping, clipping, and squeezing. And [...] non vocal signals, such as a raised eyebrow or a raised fist. Speech transmits information not only through what we say but also through how we say it. (p. 167).

Por otra parte, el significado de las unidades lingüísticas: fonemas, morfemas, palabras y frases, como el significado de las unidades de la expresión corporal: quinemas, quinomorfeas, quinomorfeas complejas y construcciones quinomórficas complejas, no es universal. Así como en un contexto cultural lingüístico, la palabra burro significa asno para los españoles, pero, mantequilla, para los italianos; en un contexto cultural quinésico, una sonrisa significa amistad para unos, pero para otros, vergüenza y, para otros más, la advertencia de que puede ir seguida de agresión física. En una misma cultura, pero dentro del contexto semántico, la misma palabra burro puede tener varias acepciones. Tal es el caso de la nuestra en la que podemos emplearla para referirnos al asno, al mueble de planchar o al juego de naipes. Y nuestra sonrisa —expresión facial tan engañosa— puede servirnos para expresar complacencia, compromiso, vergüenza o incluso dolor. Es cierto que (Birdwhistell, 1979) el dibujo consistente en un óvalo grande, con un círculo pequeño en el centro, dos pequeños círculos paralelos encima del círculo central, y una línea curva debajo, puede ser reconocido en nuestra cultura occidental como representación de una cara sonriente, pero:

En otras culturas, que no utilizan esta figura global como rostro ni reconocen el símbolo de la línea curvada de la boca como boca, esta abstracción es confusa si no absolutamente sin sentido <...> la línea curvada es un símbolo que solo transporta significación en aquellas sociedades que tienen este convencionalismo (pp. 39-40).

Los movimientos, como las palabras, al ser reducidos a sus unidades mínimas (quinemas y fonemas) nos revelan que son segmentos de una estructura que pueden utilizarse según las reglas de un código, pero que no son significativas en sí mismas.

Así como la "i" de misa y de camisa es una pieza significativa de la estructura lingüística porque ha sido empleada de acuerdo con las reglas que rigen el código del español —pero de ningún modo significa que las dos palabras tengan una identidad subyacente común—, el movimiento de los labios que interviene en una sonrisa, interviene también en otras expresiones que aún con mucha imaginación no pueden llamarse sonrisas, y debe combinarse con otros movimientos específicos —de acuerdo con las reglas que rijan el código kinésico de la sociedad de que se trate— para que tengan el valor de una sonrisa.

El campo de la semiótica o semántica de la expresión corporal, está explorándose apenas (Birdwhistell, 1979); lo que se sabe hasta ahora es cómo estudiar algunos gestos o mímicas como actos sociales, pero no sabremos lo que un signo lingüístico o kinésico significa hasta que no comprendamos, en el interior de la sociedad y de la cultura que los emplean, su función en los distintos canales de la comunicación y en la variabilidad de sus contextos (Cf. pp. 38-39).

Interacción entre una cultura y la expresión corporal

Las implicaciones de la expresión corporal con los factores culturales son múltiples, de naturaleza diversa y de raíces profundas. Rebasan los estudios cuyas tendencias pretenden ser sólo psicológicas o comunicativas y, por lo tanto, rebasan la propuesta que atribuye un único significado a gestos tales como el de cruzar las piernas o rascarse la cabeza. Sin ignorar los significados psicodinámicos (A. Schefflen

con A. Schefflen, 1972) y los fines comunicativos de la expresión corporal, o quizá sería mejor decir que precisamente porque los implican, los elementos de ésta se desarrollan y tienen significados concretos sólo dentro de los contextos sociales, económicos y políticos de un grupo específico con rasgos culturales definidos. (Cf. p. 14). Los estudiosos de la expresión corporal, especialistas en diversas ciencias tales como la quinésica, psicología y lingüística —entre otras— señalan, desde los diferentes puntos de vista de su disciplina, tales implicaciones con la cultura.

La quinésica, no obstante ser una ciencia recientemente establecida —en 1950— y, a pesar de que se ocupa sólo de una parte de la expresión corporal⁴, es la rama mejor estructurada y más especializada sobre la materia y, por tanto, la que ha hecho los aportes más significativos. El hecho de que sus estudiosos se apoyen en investigaciones sobre lingüística descriptiva y se valgan del método estructuralista, confieren a la ciencia una gran validez, pues su desarrollo —paralelo en gran medida al proceso de la comunicación humana— se enriquece con todos los aportes hechos al estudio de las lenguas. Los especialistas en quinésica: con un amplio conocimiento sobre lenguas, antropología, historia, biología, sociología y psicología, coinciden en apuntar que las posiciones, movimientos y expresiones corporales constituyen un código adoptado por una cultura y, por lo tanto, con significación específica sólo dentro de un contexto cultural específico.

La bioenergética, ciencia todavía más joven que la quinésica —establecida en 1960— constituye un riquísimo campo de observación y experimentación de la expresión corporal. El método psicoterapéutico que emplean los analistas dedicados

a ella ha sido desarrollado a partir del método que estableció Reich, y se basa en la propuesta "usted es su cuerpo". Dicho método (Lowen, 1977), consiste en analizar y relacionar la forma en que la energía del cuerpo humano influye en los sentimientos, pensamientos y acciones de la persona. Un factor imprescindible para los estudios de esta relación cuerpo-mente es la cultura. Los especialistas —en su mayoría médicos y psicólogos— interesados en esta ciencia comentan: "En bioenergética estudiamos el efecto de la cultura en el cuerpo mismo" (p. 91).

La psicología del desarrollo (Humberto López, 1983), centrada en los estudios del lenguaje del niño, se ocupa también de la expresión corporal. Los estudiosos de esta disciplina se han interesado en las distintas fases de la adquisición del lenguaje infantil, sobre todo a partir de la publicación en 1957 de *Syntactic Structures*, de Noam Chomsky, obra que sostiene la existencia de un componente innato humano de las posibles formas y unidades en la gramática de cualquier lengua natural. (Cf. pp. 168-169)⁵. Los psicolingüistas del desarrollo constituyen un equipo multidisciplinario cuyas observaciones lingüísticas, psicológicas, sociológicas y médicas amplían la comprensión del fenómeno del movimiento del cuerpo. Ellos, con base en el conocimiento de diversas lenguas, visiones del mundo, estructuras sociales y singularidad del desarrollo físico de cada cuerpo humano, proporcionan estadísticas y modelos objetivos de comportamiento lingüístico y corporal. Estos resultados validan de maneras múltiples el papel que desempeña la cultura al pautar el desarrollo del lenguaje y de la expresión corporal, así como los lazos tan estrechos —a veces indisolubles— entre uno y otro canal del proceso de la comunicación.

La neurolingüística y la psicolingüística (H. López, *Ibid.*) se interesan también por la expresión corporal. La primera, orientada hacia la patología lingüística, aborda problemas de lateralización y dominación cerebral, así como del período crítico de adquisición del lenguaje. La segunda se ocupa de ciertos desórdenes que pueden apreciarse en el manejo del lenguaje (Cf. pp. 171 y 175), y que tienen influencia profunda en la expresión corporal. Los estudiosos de ambas disciplinas, con un amplio conocimiento de las funciones del cerebro, detectan y resuelven problemas ocasionados por el desacuerdo entre el ser físico y el mental, entre el actuar y el decir. Ponen de manifiesto el choque —en apariencia, cada vez mayor— que hay entre una cultura y el proyecto humano de los individuos que la integran.

Nos introducimos en el contexto cultural de la expresión corporal con algunos señalamientos sobre los posibles orígenes de ésta. Darwin, en su obra sobre la expresión de las emociones (1892) —"*often cited (Ted Polhemus, 1978), as the seminal work for present-day kinesics*" (p. 273)—, propone el hábito como uno de los tres principios del origen o desarrollo de las acciones expresivas del hombre⁹. Según él (*Ibid.*), la repetición frecuente de movimientos útiles para satisfacer algún deseo o aliviar alguna sensación, llega a ser tan habitual que se sigue ejecutando —aun cuando no sea útil— cada vez que el ser humano siente el mismo deseo o la misma sensación, incluso en un grado muy débil (Cf. p. 348). Opina (*Ibid.*) que este principio, al que Ekman y Friesen (1976) llamaron después "acto propio de la especie humana", explica, por ejemplo, el brillo y centelleo de los ojos humanos que es característico de un estado de ánimo placentero y divertido, así como la retracción de los

ángulos de la boca y del labio superior con las arrugas que en tal caso se originan. Y apoya su opinión observando que incluso los ojos de los idiotas microcefálicos, quienes están tan degradados que nunca aprenden a hablar, brillan un poco cuando están satisfechos. (Cf. p. 221).

El hábito humano de ejecutar movimientos con los músculos de todo el cuerpo es en parte el resultado de un programa neurológico heredado, pero, también, el resultado de un programa cultural. El hábito de manifestar alegría por medio de una expresión facial tiene que ver con la capacidad humana de reaccionar en determinados medios y circunstancias para sobrevivir física y emocionalmente; tiene que ver con su repertorio de comportamientos básicos para satisfacer necesidades fisiológicas y psicológicas. Así como el ser humano ha heredado —adaptado y acrecentado— bienes materiales, tradiciones y creencias, ha heredado —adaptado e innovado— formas de vestir, hablar, caminar y sonreír. Esta herencia le ha sido transmitida a través de múltiples generaciones. La comparten todos los hombres, aun cuando desde el momento de nacer presenten limitaciones físicas o emocionales (como es el caso de los microcefálicos o mongoloides). Y no la pierden si en el transcurso de su vida sufren algún accidente físico o mental que lesiones seriamente dichas capacidades (por ejemplo, parálisis cerebral o psicosis aguda). Así, James E. Dublin (1972), dice: *"And if there is doubt that the body is experienced physiognomically when a person is in the throes of acute psychosis, let the doubter administer the Rorschach Inkblots to such persons, observing the many bony, anatomical, and bodily-organ responses"* (p. 148). Y Birdwhistell (1979), comenta:

Lo que he aprendido es que los emocionalmente perturbados no hacen gestos ni expresiones faciales, ni asumen posturas que no formen parte del repertorio del resto de la comunidad. En todo caso, muestran su comportamiento durante espacios de tiempos, con intensidades o en situaciones que no son las adecuadas para tal comportamiento. (p. 31).

La expresión corporal, desarrollada por hábito o a través de la experiencia humana, recibe la influencia de la cultura. Es importante señalar que la cultura pauta incluso las acciones expresivas de las emociones que se consideran primarias o universales⁷. Parfraseando a Darwin (1892), estas expresiones requieren práctica o ensayo por parte del individuo en el contexto específico antes de que puedan ser ejecutadas de un modo adecuado. Es lo que ocurre con expresiones tales como el llanto y la risa (Cf. p. 352). A ello se debe que en los contextos de algunas culturas la risa intensa a punto de llanto de las mujeres se interprete como señal de un estado de ánimo divertido, como ocurre en algunos grupos occidentales, y como ocurre también en "una tribu salvaje de malayos en la Península de Malaca y entre los dyaks de Borneo, quílenes, a propósito, cuentan con la expresión lingüística llorar de risa". (Ibid. p. 223). Mientras que el estallido de risa de algunos negros de África (Kirch, 1979) se interpreta como expresión de sorpresa, desconcierto e incluso decepción. (Cf. p. 417). A ello mismo se debe (Guiraud, 1980) que el gesto de una mujer que sonrío a un transeúnte, en una calle de San Francisco o de La Fayette (en la India), sea considerado banal o de cortesía, pero dé lugar a malos entendidos en París, y a graves problemas en Palermo o en Argelia. (Cf. p. 92).

Algunos estudios sostienen la idea de que es en la infancia —como en el caso del lenguaje— cuando se adoptan los patrones de conducta quinésica que van a

predominar en la edad adulta. Según Birdwhistell (1979), el niño empieza a aprender y comprender en bloque el comportamiento quínésico y lingüístico de su grupo social. Las expresiones paralingüísticas o paraquínésicas —que implican la carcajada, el gruñido, la exclamación, el eructo y el bostezo— se adquieren en forma paralela; "todo esto estructurado por cada sociedad, es decir, a través de un código que debe aprenderse". (Cf. p. 20). A esto se debe que un recién nacido y su madre puedan comunicarse sin que ninguno de los dos pronuncie palabras. El infante comprende los mensajes que la madre le transmite mediante caricias, miradas y sonrisas. La madre entiende lo que siente su hijo por los suspiros, balbuceos, gruñidos y pataleos de éste. El filtro cultural en la expresión corporal es también lo que explica la temprana diferenciación de los papeles sexuales que adoptan los infantes. En una película tomada por Birdwhistell (Ibid.) se aprecia, por ejemplo, que una niña de quince meses de edad ya ha incorporado a su sistema diquínésico (similar al sistema dialectal) el que corresponde a la hembra de clase media alta de su vecindad, "el adelantamiento de la pelvis y el contacto intrafemoral para la postura, en tajante contraste con las piernas extendidas y la pelvis retrasada de un varón de veintidos meses filmado junto con ella". (p. 50). Walburga Von Raffler-Engel (1981) menciona que existe una tribu africana en la que, a diferencia de la mayoría de las sociedades occidentales, se enseña explícitamente a los niños, como parte de su instrucción, la forma de ejecutar algunas expresiones corporales:

Given that nonverbal behavior requires motor coordination and intent in performing those movements which have meaning in a given culture, the

acquisition of kinesics has to be described in relation to a biological maturation curve, a curve of cognitive development, and the exposure to a given culture.
(p. 92)

Dado que la cultura no es estática, el repertorio individual de expresiones corporales —como ocurre con el de las expresiones lingüísticas— se modifica y renueva incesantemente. "Es interesante señalar aquí (Fast, 1971) que cuando una persona bilingüe cambia de idioma, también cambia su lenguaje corporal, sus gestos y sus movimientos de párpados". (p. 152). Y los cambios individuales forman parte de los cambios de grupos. La expresión corporal (Kirch, 1979) también sufre cambios históricos, y estos crean diferentes dialectos: variaciones que conservan un elemento común de la expresión que en otro tiempo fue más universalmente significativa. "*Americans wave good-bye by holding the hand, palm out and fingers up [...] The Italians hold the palm toward the other party, [...] The French and the Germans hold the hand horizontally, palm down, and move the fingers toward the departing person*" (p. 418).

La expresión corporal de todos los grupos sociales contiene la esencia de su cultura. Las acciones expresivas, ya sea que hayan sido heredadas por una larga tradición y conservadas porque así siguen siendo útiles, o que hayan sido adaptadas, o bien, que estén recién incorporadas al repertorio porque así lo hayan exigido las condiciones y necesidades actuales de quienes se comunican, requieren —como una lengua— un contexto cultural para ser comprendidas. De ahí que (Kirch, 1979):

Sticking out the tongue may be a form of mockery in the West, but in Polynesia it serves as a greeting and a sign of reverence. Clapping is our way of applauding, but in Spain and the Orient it is a means of summoning the waiter.

[...] Americans point with the forefinger, but in many parts of the world such pointing is taboo. The Kiowa Indian, for example, points with the lips. (p. 417).

La transmisión de mensajes por medio del canal de la expresión corporal tiene un fin comunicativo: favorecer la participación de los individuos de un grupo social en el proceso de la comunicación. Tiene también un fin psicodinámico, estrechamente relacionado con el aspecto biológico del lenguaje que considera a éste como soporte del pensamiento. Desde este punto de vista (Cuatrecasas, 1940) que considera a la palabra como un lenguaje exterior y a la expresión corporal como el lenguaje interior o verdadero (Cf p. 81), el fin psicodinámico de la expresión corporal significa la exteriorización del complicado ser interior en forma de sentimientos y emociones individuales que, independientemente de que contribuyan o no a la comunicación, favorecen el desarrollo psíquico de las personas. El hecho de que los mismo elementos de la cultura sean transmitidos por medio de la quinésica, proxemia y paraquinésica, hace que la expresión corporal —y por supuesto, la lingüística— tenga también un propósito más: conservar un orden existente. Schefflen y Schefflen (1972), señalan al respecto: "Cualquier pretensión absoluta de que la comunicación tiene el *objeto* de expresión individual [...] debe considerarse como mito idealizado (o si no como gambito político para darnos la ilusión de una libertad que rara vez logramos)". (pp. 158 y 159). Su señalamiento se aplica a nuestros modos de comunicar. En nuestra cultura occidental la expresión corporal se emplea exhaustivamente para mantener instituciones políticas. Los resultados son tan exitosos que, a pesar de la incongruencia entre el mensaje de los discursos: democracia, solidaridad y libertad, entre otros,

y el mensaje de los movimientos corporales: miradas de reojo, puños en alto e, incluso, golpes de pecho, las instituciones políticas adquieren cada día mayor fuerza. J. Fast (1971) dice al respecto: "la esfera pública [...] del político o del actor [...] contiene algunas declaraciones de lenguaje corporal que se utilizan para impresionar a la audiencia, y no necesariamente para decir la verdad". (p. 34). Y esto es un hecho; forma parte de nuestra cultura.

Los movimientos expresivos de todo el cuerpo son la manifestación final de una serie de procesos psíquicos, fisiológicos y físicos que, independientemente de su fuente, son pautados por la cultura de un grupo social. Implican desde las expresiones más deliberadas hasta las totalmente inconscientes; desde las que corresponden a una cultura particular hasta las que trascienden todas las barreras culturales⁹. Requieren de una observación y valoración cuidadosa para no falsear su contenido. Conviene que sus estudiosos partan de la idea de que la expresión corporal se vale de un sistema de signos y que estos —como los de la lengua— son significativos sólo dentro de un contexto. El contacto de manos puede significar un saludo, una despedida o el sello de un pacto. Con palabras de Birdwhistell (1979), "no hay posición, expresión ni movimiento que lleve consigo una significación en sí y de por sí". (p. 47). No es fácil determinar el número de sus movimientos o el grado en que estos son heredados o aprendidos ni en qué medida pueden ser modificados por la influencia de otras culturas. Podemos decir que la expresión corporal es en parte instintiva, en parte aprendida y en parte imitada, pero también podemos decir que, básicamente, es innata y que la cultura determina su forma y su uso. Respecto a su naturaleza innata, hemos

mencionado ya la obra de Darwin (1892) que sustenta esa teoría, así como los estudios posteriores de Ekman, Friesen y Sorensen que, alrededor de setenta años después —se realizaron en 1964— la validan. Fast (1971), quien ha recogido estos estudios, menciona que "la universalidad de las emociones primarias se relaciona sólo de manera indirecta con la herencia, pues el ser humano cuenta con programas subcorticales innatos que vinculan ciertos elementos evocativos a expresiones faciales universalmente perceptibles correspondientes a tales emociones primarias" (Cf. pp. 21 y 22). En última instancia, como lo señala Guiraud (1980) es este carácter convencional de los movimientos del cuerpo lo que los hace un canal de comunicación tan eficiente. Toda vez que pone de relieve la importancia de comprender las diferencias culturales en la interacción de los grupos humanos, permite entender y comprender que en múltiples ocasiones la comunicación deficiente no es el resultado de naturalezas o caracteres distintos de los participantes en el proceso, sino el resultado de una expresión corporal mal entendida o descifrada, "que la 'frialdad' nórdica o la 'indiscreción' latina son más bien una forma de decir, que una forma de ser" (p. 83).

Basas para una posible codificación de la expresión corporal

La expresión corporal ha construido, como la lengua, un sistema de signos propio que requiere un contexto determinado y que cumple funciones específicas. Su sistema de signos es una especie de alfabeto de movimientos: señales, gestos y

mímicas que los integrantes de un grupo social combinan e insertan en diversos contextos, de los cuales el semántico y el cultural son los que tienen mayor peso. Expresarse corporalmente es comportarse de cierta manera, y el comportamiento humano es el resultado de una herencia, una instrucción y una convención. El movimiento de cualquiera de las partes del cuerpo tiene significado dentro de un grupo porque sus integrantes han aprendido tal significación y la comparten. Los usuarios del código confieren fuerza al movimiento y lo perpetúan con cada uso del mismo, como una forma de conservar el sistema de comunicación, pero también como una forma de mantener un orden social y una estructura institucional. Así como cada canal emplea un código específico de interacción, el de la expresión corporal emplea el código de los movimientos del cuerpo. Dicho código es quinésico cuando los movimientos consisten sólo en la producción de gestos y mímicas —de cualquier parte del cuerpo— en los que no interviene ningún sonido vocal: inclinaciones de cabeza, parpadeos, gesticulaciones faciales, señalamientos con las manos y los dedos, torsiones del tronco, etc. Es paraquinésico cuando se trata sólo de señales que implican ciertos sonidos vocales —que no son lingüísticos— tales como risas, llantos, suspiros, gruñidos, bostezos, etc.; este código implica los tonos y ritmos de la voz. Es proxémico cuando implica la adopción de posturas: de pie, sentado, con las piernas o los brazos cruzados, el índice en la sien, la cabeza entre las manos, en cuclillas, etc., y cuando interviene el manejo del espacio físico: una persona junto a otra, tomadas de la mano, del brazo, por los hombros, frente a frente, separados por un escritorio, o hablándose al oído. Así como hablamos con palabras, nos expresamos

con nuestro cuerpo (Guiraud, 1980), "por medio de un sistema de signos que se constituyó a partir de combinaciones lógicas y puramente formales de un pequeño número de elementos, de acuerdo a reglas derivadas de la realidad o, en todo caso, de la realidad tal como pudo ser observada e imaginada en un momento dado". (Cf. p. 29).

La expresión corporal, en tanto código, es arbitraria y convencional. Ekman y Friesen (1976), proponen bases para clasificar sus unidades o elementos en cinco categorías. De acuerdo con ellos y ampliando su propuesta con la de otros investigadores que coinciden en esta línea de pensamiento, la expresión corporal puede clasificarse en 1. *Emblemas*, 2. *Ilustradores*, 3. *Manifestaciones de afecto* y 4) *Reguladores*.

Los *emblemas* son los movimientos de alguna parte del cuerpo que, en un contexto cultural, pueden traducirse en una o dos palabras o en una frase, sin modificar la información transmitida por medio del gesto. El hecho de que sean fácilmente reconocibles indica que son expresiones ampliamente practicadas dentro de un grupo; que son muy frecuentes, casi rituales; y que, quienes las realizan son conscientes de su uso y su intencionalidad. El mensaje que se transmite mediante un emblema puede ir dirigido a la inteligencia o a la afectividad del receptor. Los mensajes entre los sordos (código quinésico) se transmiten con emblemas: los dedos de las manos y los brazos dibujan aproximadamente las letras del alfabeto. El gesto que consiste en levantar las cejas y arrugar horizontalmente la frente (código quinésico) y que en algunas culturas significa sorpresa, está dirigido a la afectividad del receptor.

(Cf. pp. 59-63). Otros ejemplos de emblemas los constituyen las muy diversas formas de saludar, ya sea informal o formalmente, en los distintos tipos de ceremonias: religiosa, sectaria, cívica, militar, familiar, etc. Los veinte gestos claves que constituyen la obra de Morris (1979), y que el autor llama gestos simbólicos, son ejemplos de emblemas. Morris da a conocer que tales gestos fueron reconocidos por cerca de un mil doscientos informantes a lo largo de cuarenta localidades europeas. Y si bien cada gesto puede tener diversos orígenes y varias derivaciones, el significado más difundido es uno solo y fácilmente reconocible. (Cf. pp.xvii-xxvii).

Los *ilustradores* (*Ibid*) son expresiones corporales cuyo significado está íntimamente relacionado con el significado de la expresión lingüística. Se llevan a cabo no en lugar de la palabra sino acompañando a ésta, siguiéndola momento a momento. Van unidos tan estrechamente a ella que solos pierden casi toda su significación. Están subclasificados en seis tipos: batutas, ideógrafos, delcticos, espaciales, kinetógrafos y pictográficos. Las batutas son movimientos que destacan, acentúan o enfatizan una palabra o frase particular. Un señalamiento con el índice, la repetición de asentimientos con la cabeza o un golpe con el puño cerrado sobre la superficie cercana para acompañar un te lo dije verbal, por ejemplo, son batutas. Los ideógrafos son expresiones corporales que indican el sendero o la dirección de la idea expresada lingüísticamente. Los movimientos con las manos, brazos o cabeza —a veces acompañados también por movimientos del pie o pierna del mismo lado— que simulan adelantamientos, retrocesos, curvas, brincos o piroetas, y que se hacen cuando se emiten juicios verbales sobre dirección espacial o temporal son ejemplos

de ideógrafos. Los defécticos se emplean para señalar objetos presentes; y los espaciales, para describir relaciones de espacio. (Cf. pp. 63-65). Birdwhistell, en un estudio sobre las relaciones entre la quinésica de los norteamericanos y su inglés hablado (1966), se refiere a estos dos tipos de ilustradores —defécticos y espaciales— con el término *señaladores*. Y los ha subclasificado, a su vez, en 1) Pronominales: cuando dichos movimientos van asociados o pueden sustituirse con pronominales lingüísticos. Por ejemplo, yo, tú, él, ése, allí, entonces, ahora. En este caso, la cabeza, un dedo, la mano o la mirada se mueven de tal manera que las demás personas del grupo interpretan la distancia próxima o lejana. 2) De pluralización: cuando el movimiento hace alusión a términos como ellos, aquéllos, nuestros, todos, algunos, varios, etc.,. Aquí, el movimiento que acompaña a una frase como todos ellos, consta de un giro de cabeza o un cierre de ojos muy particulares. 3) Verboides. Se emplean casi siempre enseguida de un deféctico o señalador pronominal; se diría que reciben la influencia de éste. Sin embargo, se diferencian de él con claridad y señalan incluso tiempos mediante referencias quinésicas de distancia próxima o lejana. El quinesiólogo puede identificar la diferencia de movimientos que acompañan a un Me lo dio y a un Me lo dará mañana. En el primer caso los movimientos del tronco, brazo, manos y dedos están orientados hacia atrás. En la frase futura, están orientados hacia adelante. 4) Espaciales: hacen referencia a campos tales como en, sobre, bajo, al lado de, a través, enfrente, antes de, etc. Se tiene evidencia de que expresiones lingüísticas tales como "Llegó en punto", y "Llegó antes de tiempo", que contienen estos términos de espacio temporal, no van acompañadas de señaladores espaciales; estos se emplean

sólo cuando se refieren a espacio de lugar. 5) De Modo: cuando el comportamiento quinésico va asociado a expresiones tales como lenta, rápida, aproximadamente, a tirones, con suavidad, etc.⁹ Continuando con la subclasificación de los ilustradores (Ekman y Friesen, 1976), los kinetógrafos son la serie de expresiones corporales que reproducen funciones fisiológicas, tales como comer, dormir, roncar, etc. y su significación tiene muy pocas variantes. El kinetógrafo correspondiente a la función de dormir (Meo-Zilio y Mejía, 1980), por ejemplo, tiene en España e Hispanoamérica los varios significados de ir a la cama, acostarse, sueño, siesta y descanso. En Argentina significa, además, aburrimiento; mientras que en Bolivia y Colombia es un gesto más propio del sexo femenino y se dirige comúnmente a los niños. (Cf. 160, Vol. II). Y, por último, los pictográficos, que reproducen cuadros completos de situaciones, por ejemplo, el trazo en el aire de figuras cuadradas, circulares, triangulares, etc., Los ilustradores emplean los diferentes códigos quinésico, paraquinésico y proxémico; se realizan, en general, con un grado de conciencia e intencionalidad menor al que corresponde a los emblemas, y en su mayoría se aprenden por imitación. (Cf. p. 64).

Las *manifestaciones de afecto* son una categoría que merece mayor atención. Toda vez que se refiere a expresiones corporales que implican aspectos tan complejos como la historia y experiencia personales del emisor, su posición social, edad y sexo —y esto depende de la forma en que dicho emisor ha interiorizado las normas o patrones culturales de su grupo para manifestar el afecto— la codificación de la misma enfrenta retos considerables. Por otra parte, si los estudios que den el perfil de

las manifestaciones de afecto de una sola cultura, ofrecen este panorama, ¿qué decir de los estudios transculturales que permitan establecer un marco de referencia válido más general?. Se requerirá todavía mucho tiempo y esfuerzos para sentar bases sólidas y objetivas al respecto. La información actual, mientras tanto (Ekman y Friesen, 1976) señala que la cara es la parte del cuerpo que tiene mayor participación en las manifestaciones de afecto. Si bien es verdad que algunos afectos se expresan por medio de temblor, sobresalto o tensión en todo el cuerpo, y que las manos (entrelazadas o tronando los dedos), y las piernas (cruzadas o abiertas) desempeñan un papel bastante activo, la cara es la que muestra con mayor amplitud los afectos. A diferencia de los emblemas e ilustradores, que utilizan de preferencia los brazos y las manos, esta categoría de expresiones emplea básicamente la cara. Los investigadores actuales opinan —y con ello validan la teoría de Darwin— que ello se debe a que la cara está programada neurológicamente para reflejar con mayor propiedad y prontitud la manifestación de los estados afectivos primarios. "Creemos que cada uno de estos estados afectivos puede ser distinguido por los observadores o diferenciado mediante la medición de rasgos faciales, aunque aún falta demostrar esto último en forma concluyente". (p. 66).

La codificación —ya sea quinésica, paraquinésica o proxémica— de las manifestaciones de afecto enfrenta su mayor reto en el hecho de que tales manifestaciones se aprenden socialmente. Todas las culturas del mundo pueden coincidir en una expresión facial de enojo, de alegría o de dolor, pero todas ellas pueden tener estímulos diferentes para despertar esos afectos; pueden relacionar uno y otro de

maneras muy distintas, y también pueden expresarlos con acciones diversas. "Aunque un hombre de Nueva Guinea y un norteamericano puedan parecerse cuando están enojados, en términos de rasgos faciales [...] el primero quizás me díspare una flecha, mientras que el segundo probablemente me hará una broma acerca de la forma en que he engordado". (p. 68). Y uno y otro gesticularán —no sólo con la cara sino con todo el cuerpo— de manera diferente para expresar activamente su enojo. Un reto igualmente significativo en este terreno lo constituyen los patrones de expresión corporal fijados en el interior de los grupos familiares, pues estos grupos, no obstante que pertenezcan a una misma cultura, pueden diferir notablemente en la forma de manifestar sus afectos y de asociarlos unos con otros. En occidente, por ejemplo, hay un buen número de culturas que se interesan mucho en promover la inhibición —casi por completo— de expresiones afectivas. Los estudiosos del comportamiento humano han probado ampliamente que ciertas perturbaciones emocionales serías que afectan al hombre occidental son el resultado de la negación, inhibición o represión de las emociones y los afectos. Es en este campo donde ciencias como la bioenergética justifican su desarrollo y aportación a la lingüística y a la quinésica. Los innumerables y frecuentes casos de pacientes —de diversos países, clase social, edad y sexo— que durante las terapias bioenergéticas muestran la incongruencia entre lo que dicen, lo que sienten y lo que hacen, constituyen las pruebas más fehacientes de este reto. Fast (1970) cita la teoría de que el hábito de reprimir o negar afectos se traduce, a la larga, en un endurecimiento del cuerpo según patrones fijos. Así, el hombre obligado constantemente a reprimir su genuina expresión de enojo

acaba por desarrollar un ceño como parte de su ser físico, y éste difícilmente desaparecerá aun cuando dicho hombre sienta alegría. Al quien que es obligado a enmascarar su dolor con una sonrisa, congelará ésta en una expresión facial particular, que al ir en contra del afecto genuino, creará problemas serios de personalidad. (Cf. p. 78). Lowen llama a este fenómeno, traición al cuerpo¹⁰. En su obra sobre bioenergética (1977), al abordar la forma en que el ser humano orienta su búsqueda de placer, Lowen comenta que los occidentales, sumamente preocupados por ajustarse a una autoimagen que no corresponde a la realidad sino a la fantasía, se imponen e imponen a los demás, patrones de conducta lingüística y corporal que, por una parte, niegan la realidad y, por la otra, chocan entre sí. Estas incongruencias entre el sentimiento de afectos genuinos y la manifestación de los mismos —que da lugar a una actitud psíquica y a una estructuración física particulares— ha sido la base para elaborar una clasificación interesante de caracteres físico-psíquicos¹¹. La terapia bioenergética asume el cometido de hacer consciente al individuo de su carácter y de confrontar la realidad con el cuerpo a fin de lograr un mayor equilibrio del ser. (Cf. pp. 128-164). Un reto más que se enfrenta al codificar las manifestaciones de afecto, y que está relacionado con los estudios sobre bioenergética, consiste en la mezcla de sentimientos que las personas suelen hacer y que, por supuesto, manifiestan en su expresión corporal. Independientemente de que la mezcla sea originada por circunstancias y estímulos particulares, o por hábitos aprendidos, es un fenómeno real y ocasiona trastornos de personalidad. Varía de cultura a cultura, de una clase social a otra, y también, según las familias y los individuos. Así, una persona puede

experimentar miedo en cuanto se da cuenta de que está sintiendo una gran ira; otra, en cambio, puede experimentar rechazo; y, una tercera, euforia. Según esta experiencia, la persona puede ser consciente de que su expresión corporal coincide con su ira, pero otra no lo será, y mostrará una expresión de tranquilidad, a pesar de estar sintiendo una gran ira¹².

Retomando la codificación general de Ekman y Friesen (1976), continuamos con la categoría de los *reguladores*. En ella entran aquellas acciones expresivas tan arraigadas en el proceso de la comunicación que el individuo no tiene conciencia de que las emplea. Sin embargo, difícilmente puede prescindir de ellas; "los reguladores no son deliberados, sino hábitos casi involuntarios y muy sobreaprendidos. No tenemos idea de cuándo ni por qué medios se aprenden, pero se aprenden tan bien que por lo común nadie tiene conciencia de ellos". (p. 72). Los reguladores son expresiones corporales tan integradas a un contexto cultural que llega a darse por sentado que son universales, en el sentido de que todos deben conocerlos y saber emplearlos. La omisión o interpretación equivocada de ellos ocasiona serios problemas de comunicación e, incluso, la interrupción total de la misma, pues se atribuyen a faltas de educación o intenciones deliberadas de ofender (a groserías). No siempre son fáciles de identificar, y los principios de su codificación están altamente influidos por el contexto cultural. Ekman y Friesen (*ibid*) mencionan que la función de estas expresiones corporales es regular el flujo de la conversación, es decir, "determinar el ritmo o gobernar la naturaleza transaccional de la comunicación" (p. 73), y que hay tres tipos de reguladores: puntos, posiciones y presentaciones. Respecto a los puntos,

se trata de movimientos de cabeza, cuello y ojos que señalan el fin de una unidad estructural o el establecimiento de algo en la conversación. "Un punto se utiliza para explicar, interpretar, interrumpir o mantener un diálogo" (*Ibidem.*). Birdwhistell (1979), por su parte, los llama acentos y los describe como una serie de comportamientos regulares y ordenados que incluyen ligeros asentimientos y giros de la cabeza, guiños, leves movimientos de los labios, adelantamientos del mentón, encogimientos y rotaciones de los hombros, movimientos de la mano y de los dedos, y oscilaciones de las piernas y los pies. Estos puntos o acentos quinésicos desempeñan un papel significativo en el proceso de la comunicación, pues, por una parte, auxilian la función fática de la lengua y, por la otra, cumplen por sí mismos la función sintáctica de la expresión corporal. Respecto a los gestos que desempeñan esta función sintáctica, Teun A. Van Dijk (1985) dice que, por una parte, ayudan a ordenar la secuencia y la ocurrencia, tanto de la conducta verbal como de la no verbal, pero que su función principal consiste en segmentar el flujo del comportamiento. "*This is true for both macroscopic segments of conversations, such as beginnings and endings [...] or topic changes [...] as well as microscopic segments, such as shifts of attention during a speaker's utterance or signals indicating a paraphrase*" Van Dijk agrega que, por otra parte, la función sintáctica consiste en sincronizar: "*This type of synchronization may serve two functions: the coordinated production of a wide variety of motor movements and the impression produced on the interaction partner, for example, in giving emphasis to a particular point*". (p. 201). Birdwhistell (1979), hace todavía una subclasificación de estos puntos o acentos, en: 1) Primarios. Se presentan simul-

táneamente con el mayor acento lingüístico y, una vez en cada frase; 2) Secundarios. Movimientos débiles que ocurren asociados con el acento primario; 3) Terciarios o no acentuación. Se presentan durante el flujo normal lingüístico, antes o después del acento primario o del secundario, y 4) Desacentuación. Acompaña a la actividad lingüística por debajo del tono y acentuación normales. (Cf. pp. 91-93). Volviendo a la clasificación de Ekman y Friesen (1976), un segundo tipo de reguladores son las posiciones o posturas que se asumen en el curso de la conversación. La proxemia interviene aquí en el sentido de que el acercamiento de los cuerpos puede indicar una mayor intimidad —y, por tanto, la continuidad— o bien, un alejamiento —y con ello, el término— de la conversación. El tercero y último tipo de reguladores son las presentaciones. Una presentación se define como la totalidad de las posiciones en una interacción. El conjunto de puntos o acentos y de posiciones determina toda una presentación, así como el tipo de interacción de los participantes: informativa, íntima, casual, etc. (Cf. p. 73).

Por último, nos referimos a la categoría de los *adaptadores*, los cuales han sido subclasificados (Ekman y Friesen, *ibid*), en adaptadores del yo, interpersonales y objetales. Los primeros, los adaptadores del yo, son expresiones corporales que en su mayoría se aprenden en la infancia y, por tanto, son cuidadosamente moldeados por los procesos de socialización. A ello se debe que por lo general no se les encuentre relación directa con la expresión lingüística que los acompaña; sin embargo, tienen relación directa con los afectos que ésta desencadena. A su posible origen se debe también que quienes participan en el proceso de la comunicación hacen muy poca o

nninguna referencia a ellos; quienes los perciben suelen reaccionar con una gran discreción al respecto. Ejemplos de ellos son el gesto de limpiarse los labios con la lengua o con la mano (por lo general, aprendido para eliminar residuos de comida), y el de frotarse los ángulos de los ojos con las manos (aprendido para limpiar las lágrimas). Uno y otro gesto pueden aparecer durante la conversación del adulto aunque éste no esté comiendo ni llorando, evocados por algún sentimiento de satisfacción o de tristeza, respectivamente. En cuanto a los adaptadores interpersonales, se cree que son expresiones corporales aprendidas en la interacción necesaria con otros durante los primeros años, es decir, son el hábito de movimientos que se realizaban para dar algo a otro o bien para recibir de él. Incluyen los gestos de protección o de huida, y también los de búsqueda de contacto físico y emocional. Ejemplos de ellos son ciertos movimientos de las piernas y de los brazos que invitan al interlocutor a acercarse, alejarse o a detenerse; en otros casos son una forma de huir, de cerrarse al contacto con otro. El tercer tipo de adaptadores es el de los objetales, y se refiere a expresiones corporales que se aprendieron en algún momento posterior a la infancia para manejar algunos instrumentos. Se repiten en la edad adulta cuando la expresión lingüística evoca algún sentimiento relacionado con la experiencia anterior. Ejemplos de adaptadores objetales son las expresiones corporales que se realizan al fumar, manejar un auto, manipular el teléfono, etc. Se diferencian de los otros adaptadores porque, toda vez que no se aprendieron durante la infancia, no reflejan experiencias fundamentalmente infantiles y, porque, generalmente no son reprimidos por el entorno social. (Cf. pp. 74-81).

La aplicación del método estructuralista al estudio de la expresión corporal —que establece analogías con la expresión lingüística— se aprecia con mayor claridad a partir de los estudios de Birdwhistell. Sus aportaciones y las de algunos de sus seguidores, como las de Van Dijk (1985) se orientan cada vez con mayor rigor a establecer una analogía entre la quinésica y la fonética. Los avances más recientes de la quinésica (Guiraud, 1980), con base en la observación detallada de la intensidad, duración y frecuencia de las expresiones corporales, medidas en un laboratorio con un equipo muy preciso y complicado, señalan que es posible no sólo diferenciar quinemas y quinemorfemas (correspondientes a los fonemas y morfemas), sino también alóquinos (análogos a los alófonos) como variantes de los quinemas. (Cf. p. 80-82). Estos mismos estudios proponen un esquema general de funciones que desempeña la expresión corporal —en analogía con algunas de las funciones que cumple la expresión lingüística. Así como en el subtítulo de las generalidades sobre el circuito de la comunicación desde el punto de vista lingüístico¹³, hemos mencionado que algunas expresiones corporales desempeñan claramente funciones similares a las de la lengua: referencial, emotiva, sintomática, connotativa, estética y fática; aquí, en este subtítulo, como lo propone Van Dijk (1985), acabamos de mencionar que la expresión corporal desempeña también una función sintáctica. Y Guiraud (1980) habla de una función corporal descriptiva y otra expresiva, las cuales reproducen con eficacia las funciones referencial y emotiva de la lengua. Su propuesta, con las adaptaciones que hemos creído pertinentes, queda como sigue: la quinésica referencial —que en la lengua corresponde a los juicios objetivos y reales sobre las cosas—

permite dibujar con gestos o mímicas esas mismas características. Por ejemplo, así como decimos con palabras que algo es largo, también podemos describirlo quinésicamente: separando en el plano horizontal las palmas de las manos, una frente a la otra. Esta función emplea los gestos más universales que se conocen, los cuales se emplean profusamente no sólo para auxiliar la comunicación entre hablantes de una misma lengua, sino para auxiliarla entre hablantes de diversas lenguas. Cumplen esta función las expresiones corporales clasificadas en las categorías de los ilustradores, y dentro de esta categoría, más específicamente, los defticos, espaciales, kinetógrafos y pictográficos. Así, los defticos se emplean para indicar los pronombres: señalando con el índice a la persona deseada. Los espaciales se emplean para indicar las posiciones en el espacio: se mueve el brazo y se señala con algunos dedos el sitio exacto. Hay todavía una especie de subcategorías dentro de ésta. Se trata de los defticos cuantitativos que permiten expresar conceptos tales como poco (cerrando o abriendo el espacio entre el índice y el pulgar de la mano), y nada (moviendo la mano de derecha a izquierda, con la palma hacia afuera). Con los kinetógrafos se expresan, por ejemplo, la idea de comer: juntando las puntas de los dedos de una mano y llevándolas varias veces a la boca, y la idea de dormir: recostando una mejilla sobre las dos manos unidas por las palmas. Entre los pictográficos están los gestos que permiten referirse a medidas, formas y tamaños, tales como el largo —ya mencionado—, la altura: colocando a cierta distancia del suelo la palma de la mano vuelta hacia abajo, y la forma de esfera: haciendo un círculo con las palmas de las manos opuestas y redondeadas. Los gestos y mímicas que cumplen la función referen-

cial describen, señalan o expresan ideas de manera objetiva y son casi invariables en todas las culturas. Lo largo y lo ancho, por ejemplo, no tienen otras interpretaciones; en todas partes se refieren a medidas concretas.

Mediante la función quinésica emotiva podemos manifestar con algún gesto lo que en la lengua equivale a decir lo que sentimos o pensamos de alguna cosa o circunstancia. Podemos encoger los hombros para expresar nuestra indiferencia, tal como decimos verbalmente me da igual. Entre los gestos o mímicas más universales que se emplean para cumplir esta función mencionamos algunos en los que intervienen las manos, los brazos y la cabeza. Por ejemplo, el frotarse la palma de las manos rápida y vigorosamente es un gesto que expresa entusiasmo y contento. Se realiza cuando se recibe una buena noticia, o bien ante la perspectiva de un acontecimiento muy grato, en cuyo caso viene siendo como el anticipo o el principio de un goce mayor. El cerrar los puños con fuerza, ya sea manteniendo rígidos los brazos a lo largo de los costados, o flexionándolos un poco, expresa la acumulación de tensión y el impedimento de liberarla de inmediato. El gesto se acompaña de un ligero levantamiento de los hombros, y de tensión en las mandíbulas. Es signo de impotencia ante una situación que no permite descargar una gran dosis de enojo o coraje. El golpearse la frente con la palma de la mano es un gesto que expresa lamento ante un olvido o una equivocación de cierta importancia. Se acompaña casi siempre de alguna exclamación o interjección. La quinésica emotiva implica cierta arbitrariedad, pero comunica muy espontáneamente ciertas emociones y sentimientos. Podríamos decir que es instintiva e inconsciente en un grado alto. (Cf. pp. 68-74).

La amplitud del panorama de la expresión corporal nos parece infinita. Los contextos y las funciones mencionadas son sólo una tentativa de aproximación y acercamiento a sus elementos y fenómenos. Unos y otros, además —como ocurre con los contextos y funciones lingüísticas— se dan de manera simultánea o superpuesta. Mientras que en el campo de la lingüística, cada lengua cuenta con un código manejado conscientemente por un buen número de usuarios, y es posible hacer, en muchos casos, la transcripción o traducción de ideas a otras lenguas, los avances más recientes y precisos sobre la codificación de la expresión corporal están tratando, apenas, de reconocer quinemas. Así, Birdwhistell (1979), menciona que de las veinticinco mil expresiones, aproximadamente, que es capaz de manifestar el rostro humano, se ha podido aislar un promedio de treinta y dos quinemas (Cf. p. 88), y que, respecto a los quinemas de todo el cuerpo, es muy probable que basten menos de cien signos para constituir un código completo. (Cf. p. 19). Si bien es cierto que la quinésica se ha desarrollado notablemente en la última década, y que el surgimiento y desarrollo de otras ciencias está aportando hallazgos muy valiosos, parafraseando a Raffler-Engel (1981), tenemos sólo un irregular conocimiento del sistema de la expresión corporal de los adultos. A la fecha no poseemos un inventario quinésico ni síquica para una sola cultura. (Cf. p. 86).

NOTAS

1. Es éste el método que han empleado los quinesiólogos para registrar los diversos movimientos de todo el cuerpo, así como la frecuencia y la secuencia con que ocurren.
2. *Supra*. Primera Parte, p. 33.
3. Más adelante, al hablar de las bases para la posible codificación de la expresión corporal, nos referiremos a *emblematic reactions* <emblemas>. *Infra*, pp. 122 y 123.
4. *Supra*. Primera Parte, p. 36.
5. *Supra*, Primera Parte, pp. 41 y 42.
6. Los otros dos principios que él mismo propone son la antítesis, y la acción directa del sistema nervioso sobre el cuerpo.
7. Según Fast (1971): interés, alegría, sorpresa, miedo, enojo, angustia, desagrado, desprecio y vergüenza. (p. 22).
8. Las películas mudas de Chaplin (*Ibid*) fueron lo bastante universales como para provocar la risa de grupos humanos de muy diversas culturas, incluyendo las africanas que no poseían ninguna sofisticación tecnológica. (*Cf.* p. 35).
9. Aun cuando esta clasificación permita, de entrada, suponer que los señaladores quinesicos son adjetivos, adverbios, pronombres o verbos hechos con el movimiento y que, por lo tanto, proceden del lenguaje, Birdwhistell (*Ibid*) advierte que resulta prematuro y riesgoso considerarla como una demostración, pues la quinesica está apenas dando sus primeros pasos. (*Cf.* p. 188).
10. Su obra con este título, *The Betrayal of the Body* (1969), es un amplio estudio al respecto.
11. Esquizoide, oral, sicopático, masoquista y rígido.
12. Es importante señalar que el hecho de que la persona no sea consciente de su conducta ambivalente, no significa que los demás tampoco lo sean. El observador quinesico está entrenado para detectar las manifestaciones de afecto genuinas.
13. *Supra*. Segunda Parte, pp. 66 y 69.

CONCLUSIONES

Los estudios científicos sobre la expresión corporal, toda vez que tienen un poco menos de cincuenta años de haberse iniciado, constituyen las bases de ciencias en desarrollo. Es evidente el rigor científico con el que han venido trabajando en ellas sus estudiosos, entre ellos Ray L. Birdwhistell, a quien se le reconoce el mérito de haber establecido las bases de la quinésica. Pero también es evidente que ésta, la quinésica, y otras ramas afines, como son la paraquinésica y la proxemia, se apoyan todavía en gran medida en postulados de las ciencias del lenguaje y que, por tanto, conviene esperar la comprobación de diversas propuestas antes de emitir juicios categóricos riesgosos. Es mucho lo que hay que seguir aprendiendo y comprendiendo sobre ciencias generales —como la biología, sociología, antropología y psicología— relacionadas directamente con la expresión corporal. También habrá que continuar avanzando en el desarrollo de disciplinas especializadas —como la neurología, psicolingüística, psiquiatría y bioenergética— que se relacionan indirecta o parcialmente con ella. Habrá incluso que explorar con mayor amplitud y profundidad los campos de artes como la danza y el teatro donde el cuerpo humano encuentra sus mejores escenarios de expresión estética. Así como las disciplinas anteriores han hecho grandes aportes al estudio del lenguaje y han derivado en ciencias especializadas como la filología, la fonética y la fonología, tienen la posibilidades de hacer aportes significativos a la expresión corporal. Las bases de la paraquinésica y la

proxemia son las mejores pruebas de ello.

Por otra parte, el estudio científico de la expresión corporal, además de ser apasionante y relevante como mero conocimiento sobre el ser humano, constituye en nuestro ahora y aquí una valiosa herramienta, un fino instrumento, un caro recurso para mirar a la humanidad —mejor dicho, para volver a mirarla— como si estuviéramos otra vez al principio de la historia, frente a y entre hombres nuevos: sin lenguaje; con ideas, sentimientos y emociones nacientes; con cinco sentidos, una piel y un cuerpo recién estrenados; con pocas o casi ninguna máscara. Y revalorar a partir de aquí el potencial infinito del hombre. Con base, tanto en los procesos que dan lugar a este canal de la comunicación, como en la forma en que interactúa dicho canal con el del lenguaje, sabemos que en la historia de la evolución humana se desarrolló primero la expresión corporal y que el lenguaje ha incorporado a su estructura experiencias propioceptivas. Sabemos también que las expresiones corporales poseen un alto grado de espontaneidad y que por ello dependen poco de la voluntad, no están sujetas del todo al control mental, y no son siempre susceptibles de ser ensayadas o pronosticadas. Y, asimismo, sabemos que, si bien la herencia y la cultura pautan sus manifestaciones, la expresión corporal es parte del comportamiento del ser humano que puede revelar con mayor fidelidad que el lenguaje la verdadera naturaleza interior, el negativo del hombre. En un tiempo en que la palabra —excepto en su expresión literaria— parece haber dicho todas las verdades, hecho todas las confesiones y expresado todos los ideales y, por tanto, parece estar al servicio de la mentira, del ocultamiento y de la deformación, la expresión corporal se revela como un medio por

el cual es posible reconocer una parte del hombre auténtico, recuperar algunos de los pensamientos y sentimientos genuinos de éste y confrontar su realidad para armonizar su *ego* y su cuerpo.

Si, como han dicho algunos poetas, la libertad y la palabra son sólo medios que permiten obtener bienes, y lo importante no es disponer de los medios sino saber qué bienes vamos a adquirir con ellos, lo mismo podría aplicarse a la expresión corporal. Lo importante no es disponer de ella —que al fin y al cabo, como ocurre con el lenguaje, nacemos en parte con la capacidad de desarrollarla— y tampoco es tan significativo conocer sus procesos —aun desconociéndolos, por intuición, nos movemos y gesticulamos eficientemente; nos damos cuenta o no de ello, caminamos, sonreímos, fruncimos el ceño y crispamos los puños. Lo importante es tener conciencia, en el sentido filosófico, de que disponemos de la expresión corporal, tener claro que es un medio y saber qué bienes deseamos obtener con él.

La expresión corporal y la palabra son dos de los canales que conforman el gran proceso de la comunicación humana; son dos formas que permiten la expresión del ser. Una y otra pueden servir indiscriminadamente para decir la verdad o mentir; para ser honestos o simular; para construir o destruir; para desenmascarar o disfrazar; en fin, para ser o para no ser. Su utilidad y su valía no dependen de que se utilicen con uno u otro fin, sino de que se tenga convicción de ese fin. Ambas constituyen un gran tesoro cuando se manejan con sabiduría, es decir, no sólo con erudición —cuando se conocen sus códigos y se orientan hacia un objetivo— sino cuando se asume la

responsabilidad de su acción y consecuencias, cuando se asume el compromiso de incorporarse con y por su medio a la trama de la cultura y la vida.

*"El lenguaje ha nacido de la vida,
que después de haberlo creado lo alimenta"*

J. Vendryes

BIBLIOGRAFIA

- ABBAGNANO, Nicola, 1974, Diccionario de filosofía [2a. ed.], [Trad. de Alfredo N. Galleti]. México-Buenos Aires: FCE, 1206 pp.
- ALVEAR ACEVEDO, 1983, Carlos, Manual de historia de la cultura, 15a. ed., México: Ed. Jus, 410 pp.
- AVILA, Raúl, 1977, La lengua y los hablantes. México: Ed. Trillas, 135 pp.
- AUZIAS, Jean-Marie, [1970], El estructuralismo, [Trad. de Santiago González Noriega], [2a. ed.], Madrid: Alianza Editorial, (El Libro de Bolsillo, 176, Sec. Humanidades), 186 pp.
- BIRDWHISTELL, Ray L., 1970, Kinesics and Context. Essays on Body-Motion Communication, Great Britain: Penguin Books, 1970, 338 pp.
- _____, 1979, El lenguaje de la expresión corporal, [Trad. por Antonio J. Desmots], Barcelona: Gustavo Gili, 298 pp. (Comunicación Visual).
- _____, 1966, "Some Relations of American Kinesics and Spoken American English", en Communication and Culture. Readings in the Codes of Human Interaction, Pref. del autor, USA: Holt, Rinehart and Winston, 626 pp.
- BLAKE, Reed, H. y Edwin, O. HAROLDSEN, 1975, A taxonomy of concepts in communication. New York: Hasting House, Publ., 158 pp. (Humanistics Studies in the Communication Arts).
- BLOOMFIELD, Leonard, [s.a.], Lenguaje, Trad. de Alma Flor Ada de Zubizarreta, Pról. y Bibl. complementaria por Alberto Escobar. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Depto. de Publicaciones, (Serie: TRADUCCIONES), 684 pp.
- CALDWELL, Pablo, 1954, Diccionario de modismos ingleses, (2a. ed.). Argentina: Ed. Sopena. 373 pp.
- CENCILLO, Luis, 1973, Terapia, lenguaje y sueño, Madrid: Ediciones Marova, 400 pp. (Biblioteca Marova de estudios del hombre).
- COJTI CUXIL, Demetrio, 1985, "La radiofonía y los maya-hablantes en Guatemala", Winak, Boletín Intercultural, Vol. 2, Núm. 2, pp. 70-85.

- CONDON William, S. y L. W. Sander, 1974, "Neonate Movement is Synchronized with Adult Speech: Interactional Participation and Language Acquisition", *Science*, American Association for the Advancement of Science, semanal, Pres. Leonard M. Rieser, Vol. 183, Núm. 4120, (Washington, D. C., Jan., 11), 130 pp.
- CUATRECASAS, Juan, 1940, *Psicobiología del lenguaje*. México: Compañía General Editora, 171 pp.
- CHOMSKY, Noam, 1981, *Problemas actuales en teoría lingüística. Temas teóricos de gramática generativa*, [3a. ed.] [Trad. de Gladys Anfora de Ford], México [et. al.]: Siglo Veintiuno, 216 pp.
- DARWIN, Charles, 1892, *The Expression of the Emotions in Man and Animals*. (Para este trabajo se consultó *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre*, 1984, [Consideraciones preliminares de Tomás. R. Fernández Rodríguez], Trad. de T.F.R., Madrid: Alianza Editorial, 390 pp. [El libro de Bolsillo. Sección Clásicos, 1011]).
- DUBLIN, JAMES E., 1972, "Language as expression of upright man: Toward a phenomenology of language and the lived-body", *Journal of Phenomenological Psychology*, Vol. 2, Núm. 2 (Copenhagen, Denmark), pp. 141-160.
- DUBOIS, Jean, Mathée Giacomo, Louis Guespin (y otros), 1983, *Diccionario de lingüística*, 2a. ed. Versión española de Inés Ortega y Antonio Domínguez. Dir. y adaptación de Alicia Yllera. Madrid: Alianza Editorial, 636 pp.
- EAGLETON, Terry, 1983, *Una Introducción a la teoría literaria*, [Trad. de José Estéban Calderón], México: FCE, 267 pp. (Sección de Obras de Lengua y Estudios Literarios).
- EKMAN, Paul y Wallace V. FRIESEN, 1976, "Origen, uso y codificación: Bases para cinco categorías de conducta no verbal", *Lenguaje y comunicación social*, Eliseo Verón, Luis J. Prieto, Paul Ekman (y otros). Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, pp. 51-105, (Lenguaje y Comunicación).
- FAST, Julius, 1971, *El lenguaje del cuerpo*, Trad. de Valentin Bastos. México: Kairós, 179 pp.
- FRAIBERG, Selma y Edna Adelson, 1982, "Representación del yo en el lenguaje y el juego: observaciones en niños ciegos", en *Fundamentos del desarrollo del lenguaje* (Lenneberg, Erich, H., Comp. de Erich Lennebergh y Elizabeth Lennebergh). Trad. de Pilar Solo, Ma. Eugenia Sebastián y C. del Barrio. Madrid: Alianza, 612 pp.

- FRIDMAN, Ruth, 1980, "Proto-Rhythms: Nonverbal to Language and Musical Acquisition", in *The Relationship of Verbal and Nonverbal Communication* (Key Mary Ritchie, Ed.). The Hague, Paris, New York: Mouton Publishers, 388 pp.
- GENNYKEN, Jacques van, 1939, *La reconstruction typologique des langues achaïques de l'humanité*, Amsterdam.
- GOFFMAN, Erving, 1970, *Ritual de la interacción*, Trad. de Floreal Mazia, Buenos Aires: Tiempo contemporáneo, 237 pp. (Biblioteca de Ciencias Sociales). (Col. Análisis y Perspectivas).
- GUIRAUD, Pierre, 1980, *El lenguaje del cuerpo*, 1a. ed. en español, Trad. de Beatriz Padilla Salas, México: F.C.E., 117 pp. (Breviarios, 367).
- _____, 1960, *La semántica*, Trad. de Juan Hasler. México: F.C.E., 114 pp. (Breviarios, 153).
- _____, 1985, *La semiología*, 12a. ed. [Trad. de María Teresa Poyrazian], México: Siglo XXI editores, 133 pp.
- HEYDEN, Doris, 1980, *La comunicación no verbal en el ritual prehispánico*, Departamento de Etnología y Antropología Social del I.N.A.H., (México, En.), 52 pp. (Cuadernos de Trabajo No. 25).
- HJEMSLEV, Louis, [1971], *El lenguaje*, 2a. ed. aumentada, versión española de María Victoria Catalina, Observaciones prel. del autor. Madrid: Ed. Gredos, 193 pp. (Biblioteca Románica Hispánica, III. Manuales).
- JACOBSON, Marcus, 1975, "Desarrollo del cerebro en relación con el lenguaje", en *Fundamentos biológicos del lenguaje*. Eric Lenneberg. (Trad. de Natividad Sánchez Sáinz). Madrid: Alianza Editorial, pp. 105-121
- JAKOBSON, Roman, 1963, *Essais de Linguistique Générale*, (Trad. Nicolas Ruwet), Paris: Les Editions de Minuit, 254 pp. (Arguments, 14).
- KENDON, Adam, 1980, "Gesticulation and Speech: Two aspects of the Process of Utterance", in *The Relationship of Verbal and Nonverbal Communication* (Key Mary Ritchie, Ed.). The Hague, Paris, New York: Mouton Publishers, 388 pp.
- KIRCH, Max S., 1979, "Non-verbal communication across cultures", *The Modern Language Journal*. Vol. 63, No. 8 (Delaware), pp. 416-423.

- LEE, Dorothy, 1959, *Freedom and Culture*. Prentice Hall, Inc. (A Spectrum Book), 179 pp.
- LEWANDOWSKI, Theodor, 1982, *Diccionario de lingüística*, [Trad. de Ma. Luz García-Denche Navarro, Enrique Bernárdez]. Madrid: Ediciones Cátedra, xiv + 447 pp.
- LOPEZ MORALES, Humberto (Coord), 1983, *Introducción a la lingüística actual*. Madrid: Playor, 225 pp.
- LOPEZ RODRIGUEZ, Luis, 1982, "El lenguaje humano: su origen y diversidad", en *El origen de la palabra*. México: Comisión para la Defensa del Idioma Español, SEP. 83 pp. (Nuestro idioma, 1).
- LOWEN, Alexander, 1969, *The Betrayal of the Body*. Canada: Collier MacMillan, 275 pp.
- , 1977, *Bioenergética. Terapia revolucionaria que utiliza el lenguaje del cuerpo para curar los problemas de la mente*, Trad. de Andrés Ma. Mateo. México: Diana, 339 pp.
- , 1973, *Depression and the body: the biological basis of faith and reality*. Baltimore: Penguin Books, Inc. 318 pp.
- , 1988, *El lenguaje del cuerpo. Dinámica física de la estructura del carácter*, [Trad. de Diorky], [Pref. del autor. Barcelona: Ed. Herder, 402 pp. (Biblioteca de Psicología, 126).
- , 1982, *El miedo a la vida*. México: Lasser Press Mexicana, 275 pp.
- MANRIQUE CASTAÑEDA, Leonardo, 1982, "El origen del lenguaje", en *El origen de la palabra*. México: Comisión para la Defensa del Idioma Español, SEP. 83 pp. (Nuestro idioma, 1).
- MEO-ZILIO, Giovanni y Silvia Mejía, 1980, *Diccionario de gestos. España e Hispanoamérica*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo. 2 volúmenes 190 pp. y 235 pp.
- MORRIS, Desmond [et al], 1979, *Gestures. Their origins and distribution*. New York: Stein and Day/Publishers/. xxxii + 296 pp.
- PALMADE, Guy, [1972], *La caracterología*, [4a. ed.], [Trad. de Alberto Sond], [Supervisión de la ed. castellana Jaime Bernstein]. Buenos Aires: Ed. Paidós, 130 pp. (Biblioteca del Hombre Contemporáneo, Vol. 23).

- PARKER, Beulah, 1962, *My Language is Me. Psychotherapy with a Disturbed Adolescent*, Pref. de Theodore Lidz. New York: Basic Books Publishing, 397 pp.
- PITTENGER, Robert E. and Henry Lee Smith, 1966, "A Basis for Some Contributions of Linguistics to Psychiatry", in *Communication and Culture. Readings in the Codes of Human Interaction*, Pref. del autor, USA: Holt, Rinchart and Winston, 626 pp.
- POLHEMUS, Ted (ed.), 1978, in association with the Institute of Contemporary Arts, London, *The body reader. Social aspects of the human body*. New York: Pantheon Books, 336 pp.
- RAFFLER-ENGEL, Walburga Von, 1981, "Developmental kinesiks: how children acquire communicative and non-communicative non-verbal behavior", *Infant Mental Health Journal*. Human Sciences Press, Vol. 2, Núm. 2, (pp. 84-94).
- REICH, Wilhelm, 1974, *La función del orgasmo. El descubrimiento del orgon. Problemas económico-sexuales de la energía biológica*, 4a. ed. México-Buenos Aires-Barcelona: Paidós, 295 pp.
- _____, 1975, *Análisis del carácter*, 5a. ed. Trad. de Luis Fabricant. Argentina: Paidós, 501 pp.
- RIPER, Charles Van, 1972, *Speech correction: principles and methods*, 5a. ed. New Jersey: Prentice-Hall Inc., iii + 456 pp.
- ROGERS, William T., 1978, "The contribution of kinesic illustrators toward the comprehension of verbal behavior within utterances", *Human Communications Research*, vol. 5, No. 1 (New York, Fall), pp. 54-62.
- ROSENFELD M., Howard y Margaret Hancks, 1980, "The Nonverbal Context of Verbal Listener Responses", en *The Relationship of Verbal and Nonverbal Communication* (Key Mary Ritchie, Ed.). The Hague, Paris, New York: Mouton Publishers, 388 pp.
- ROUSSEAU, Jean-Jacques, [1984], *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, [Trad. de Adolfo Castañón]. México: FCE, 84 pp.
- RUESCH, Jurgen, 1966, "Nonverbal Language and Therapy", en *Communication and Culture. Readings in the Codes of Human Interaction*, (Alfred G. Smith) Pref. del autor, USA: Holt, Rinchart and Winston, 626 pp.

- SAPIR, Edward, 1964, *Culture, language and personality. Selected essays*, David G. Mandelbaum (Ed.), Berkely and Los Angeles: University of California Press, 207 pp. (Breviarios, 96).
- _____, 1954, *El lenguaje. Introducción al estudio del habla*, Trad. de Margit Frenk y Antonio Alatorre. México: FCE, 280 pp.
- SAUSSURE, Ferdinand de, 1916, *Cours de linguistique générale*. (Para este trabajo se consultó el *Curso de lingüística general*, 1982, Trad. y notas de Mauro Armíño, 2a. ed. México: Nuevomar, 319 pp.).
- SCHEFLEN, Albert E. con Alice Schefflen, 1972, *El lenguaje del cuerpo y el orden social. La comunicación como control del comportamiento*, Trad. de Samuel A. Hoyos. México: Ed. Diana, 243 pp.
- SCHLIEBEN-LANGE, Brigitte, [1958], *Iniciación a la sociolingüística*, Trad. de José Rubio Sáenz. Madrid: Editorial Gredos, 200 pp, (Biblioteca Románica Hispánica, II Estudios y Ensayos, 262), 200 pp.
- SMITH, Alfred G, 1966, *Communication and Culture. Readings in the Codes of Human Interaction*, Pref. del autor. USA: Holt, Rinchart and Winston, 626 pp.
- STEEL, Brian, 1976, "Indicios culturales del idioma español", *Yelmo*, Trim. (Madrid: Ene.-Feb., y Mar.), pp. 16-21.
- VAN DIJK, Teun A. (ed.), 1985, *Handbook of Discourse Analysis. Dimensions of Discourse*, Vol. 2. London: Academic Press, Inc., 279 pp.
- VENDRYES, J., 1943, *El lenguaje. Introducción lingüística a la historia*. Trad. de Manuel de Montoliu y José M. Casas. Barcelona: Ed. Cervantes, 511 pp.
- WELTE, Werner, (1985), *Lingüística moderna. Terminología y bibliografía*. Versión española de Francisco Meno Blanco. Madrid: Ed. Gredos, 750 pp. (Biblioteca Románica Española, V Diccionario, 1).
- WHITTAKER, James O. (con colab. de S. M. Luria y Daireff Huff), 1983, *Psicología*, Trad. por Vicente Agut Armer, 3a. ed. México: Nueva Editorial Interamericana, xvi + 816 pp.